

HEMEROTECA
Biblioteca Fac Ciencias Económicas
Universidad de El Salvador

La Universidad

Revista Bimestral de la Universidad de El Salvador
Fundada el año 1875

12 SET. 1968

Año XCII

Número
1

ENERO
FEBRERO 1967



EDITORIAL UNIVERSITARIA
San Salvador, El Salvador, C. A.

H 684 p. 1



© 2001, DERECHOS RESERVADOS

Prohibida la reproducción total o parcial de este documento,
sin la autorización escrita de la Universidad de El Salvador

SISTEMA BIBLIOTECARIO, UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

RECTOR :
Dr. Fabio Castillo

RECTOR EN FUNCIONES:
Dr. Rafael A. Vásquez

SECRETARIO GENERAL:
Dr. Mario Flores Macal

FISCAL :
Dr. José María Méndez

Dr. Roberto Lara Velado,
Decano de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales

Dr. Juan José Fernández,
Decano de la Facultad de Medicina

Ing. León E. Cuéllar,
Decano de la Facultad de Ingeniería y Arquitectura

Dr. Víctor Alejandro Beidugo,
Decano de la Facultad de Ciencias Químicas

Dr. Ricardo Acevedo,
Decano de la Facultad de Odontología

Dr. Rafael Menjivar Ch.,
Decano de la Facultad de Ciencias Económicas

Dr. Alejandro Dagoberto Mairoquín,
Decano de la Facultad de Humanidades

Ing. Salvador Enrique Jovel,
Decano de la Facultad de Ciencias Agrícolas

Enviar el Canje a Biblioteca Central Universitaria Para colaboraciones dirigir la correspondencia a Revista «LA UNIVERSIDAD»
5ª Calle Oriente 220 — San Salvador, El Salvador, C A

La Universidad

REVISTA BIMESTRAL DE LA
UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

DIRECTOR
ITALO LOPEZ VALLECILLOS

SUMARIO

	PÁGINA
La Explosión Demográfica en América Latina <i>Por Alberto Lleras Camargo .</i>	74
La Salud Pública y el Rápido Crecimiento de la Población en Centroamérica <i>Por Juan Allwood Paredes</i>	194
Kwashiorkor, el Oculto Asesino de los Niños Centroamericanos <i>Por Murray Morgan</i>	29
Bosquejo Socioeconómico de El Salvador y Control de la Natalidad <i>Por Melitón Barba</i>	43

H 6 84 6j 1

	PÁGINA
Aspecto Socioeconómico del Control de la Natalidad <i>Por Roberto Lara Velado</i>	57 ✓
¿Es Necesario el Control de la Natalidad en los Países “Sub-Desarrollados”? <i>Por José Vicente Arévalo</i>	71 ✓
El Problema Médico en el Control de la Natalidad <i>Por Jorge Bustamante</i>	85 ✓
El Problema del Aborto y de la Superpoblación <i>Por Joaquín Segura</i>	95 ✓
Contracepción y Sentido Profundo de la Maternidad <i>Por R P Alfonso Orozco</i>	107 ✓

Leandro Ballester

LA EXPLOSION DEMOGRAFICA EN AMERICA LATINA*

ALBERTO LLERAS CAMARGO

INTRODUCCION

Entiendo que es esta una de las primeras, tal vez la primera vez que se discute en la América Latina públicamente, en una asamblea como esta, el problema más grave de nuestro tiempo y, tal vez, el primero de todos, en nuestra zona geográfica: la explosión de la población.

¿Por qué sólo hasta ahora, y por qué con tanto desasosiego? Es, ciertamente, tan urgente examinar esta materia ahora mismo, como si fuese cosa nueva? ¿No ha venido la humanidad, desde sus remotísimos orígenes, adaptándose a su propia circunstancia y creciendo de acuerdo con leyes no bien conocidas, pero al parecer eficaces contra todo desbordamiento?

Tales preguntas ya no suelen hacerse entre demógrafos, sociólogos y economistas, casi que ni aún entre historiadores. Pero nuestra reunión,

* Texto del discurso pronunciado en la inauguración de la Primera Asamblea Panamericana de Población, celebrada en Colombia en agosto de 1965

a la cual confluyen de todo el hemisferio gentes expertas en los diversos aspectos de la misma cuestión, no tiene, de seguro, por objeto mantener viva la alarma entre los equipos técnicos o suscitaría de nuevo con las últimas cifras disponibles, sino, principalmente, el propósito de remover las pesadísimas aguas de la opinión pública. Porque aquí, como en todo el mundo, esa opinión se niega a inquietarse con los clamores que elevan los científicos ante la casi súbita aparición de uno de los más grandes peligros para la vida organizada y decente de la especie, tal vez el mayor en su existencia.

No tengo más título ni otra autoridad para estar aquí que el de haber dedicado mi vida, de diversas maneras al servicio público. Tal vez por eso me he dado cuenta, tardíamente, de que he estado luchando buena parte de mi tiempo contra dificultades cuyas auténticas causas no logré precisar oportunamente con exactitud y que ahora reconozco mejor en las tremendas fricciones sociales de nuestra época, principalmente en los países subdesarrollados. De ahí nace mi empeño de ser oído de mis compatriotas, —tal vez de algunos otros americanos— simplemente para pedirles atención y estudio de los hechos, las estadísticas, las proyecciones que se están haciendo sobre este proceso de fertilidad incontrolada, inconsciente desde el punto de vista de la comunidad, y por eso mismo irresponsable.

NOVEDAD DEL PROBLEMA

Nos estamos ocupando ahora en este problema, ante todo, porque es nuevo. Hay muchos factores en él que no tienen nada que ver con lo ocurrido sobre el planeta. Hasta el comienzo mismo de nuestro Siglo XX la humanidad venía creciendo en progresión notable, pero de ninguna manera explosiva. Desde los primeros días de la prehistoria hasta el borde de nuestra edad las enfermedades, las hambrunas periódicas, el genocidio, las grandes pestes, las epidemias aplicaban un drenaje metódico al crecimiento demográfico. Estaba, además, al servicio de la mortalidad, la guerra. Que contra todo lo que puede pensarse, con el progreso de las armas no aumentó, sino que descendió en importancia como colaboración letal, desde los días en que se practicaba feralmente entre las tribus vecinas arrasadas por el vencedor y pasadas a cuchillo.

CAMPAÑA CONTRA LA MORTALIDAD

Pero en la segunda década de este siglo las cosas comenzaron a cambiar, y muy rápidamente. Se empezó a combatir la muerte, hasta

entonces dueña y señora de la humanidad, con paciencia y con ingenio ilimitados. Es cierto que ya venía en la Europa Occidental y en el Norte de América reduciendo su imperio sobre los hombres, a medida que se purificaban las aguas, se mejoraba el ambiente sanitario, había más alimentación y se eliminaba, en general, parte de la miseria

Pero la introducción de eficacísimos químicos para combatir las enfermedades o sus vectores, creó una novísima situación. Estos medios eran baratos y la técnica internacional se encargaba de extenderlos a aquellos sitios donde si hubiera sido sólo por los indígenas, no hubiera llegado jamás.

Fue así posible combatir en la gran faja tropical de la tierra y en todos los países atrasados una galaxia de enfermedades que solas, o combinadas entre sí, mantenían muy baja la expectativa de vida de los pueblos subdesarrollados. Algunas de ellas, típicamente infantiles, eran activamente mortales. Fueron así desapareciendo o reduciendo su gravedad, las gastritis, enteritis, influencias, neumonías, el tétanos, el sarampión, la malaria, la tuberculosis, la disentería, la tosferina, la viruela, la fiebre amarilla, la enfermedad de Chagas, el cólera, el tifus, la peste bubónica y qué se yo qué más nombres que formaban el pálido cosmos patológico de nuestra infancia y nos mantenían en constante luto o sobresalto. La quimioterapia y los antibióticos produjeron un cambio radical, ese sí revolucionario en la condición de la humanidad, principalmente de la más pobre, inculta y sufrida hasta entonces. El DDT, y el agua potable, las sulfas y la penicilina que redujeron verticalmente las enfermedades respiratorias, gástricas y venéreas más extendidas, todos inventos de este siglo, más los progresos asombrosos, pero menos comunes o populares, de la cirugía son los instrumentos de esta revuelta contra la muerte que prolongó con el más humanitario de los propósitos las probabilidades de vivir de quienes acababan antes su jornada, antes de iniciarse o de concluirse su período de fecundidad

Al disminuir la mortalidad infantil se abrió otro inmenso boquete hacia el crecimiento de la especie porque los hábitos de fertilidad no se alteraron con la misma rapidez o no se alteraron en absoluto. No es, pues, sorprendente que nos encontremos ante un fenómeno social totalmente nuevo, al reducirse bruscamente la mortalidad y al continuar inalterada, la natalidad. El problema de nuestro tiempo reside, simplificado, en que se ha interferido audaz y eficazmente la fuente de mortalidad y no hay ninguna capacidad para controlar la de la vida.

Tal vez aceptando las más comunes teorías sobre el equilibrio natural de la población, si ese proceso hubiera ocurrido en los países sub-

desarrollados gradualmente, la situación sería diferente. Al menos eso es lo que se sostiene de Europa Occidental y en general de los países que hicieron la revolución industrial en el siglo XIX. Allí las nuevas drogas no cayeron sobre un ambiente sanitario de absoluto abandono del ser humano a las pestes y desastres ni saltaron bruscamente a la eliminación de tantas causas de muerte pre-natura. La gravedad de la crisis es, por eso mismo, menor. Pero existe. El crecimiento de la población en las zonas industriales no indica que vayan a tener en ellas condiciones muy confortables, aparte de que estarán cada vez más asediadas por una horda ansiosa y semibárbara de pueblos superpoblados, que, fatalmente amenazará su seguridad.

POBLACION DEL MUNDO

Durante esta reunión tendremos ocasión de familiarizarnos con algunas de las dramáticas cifras que sirven para plantear este tema, sin mucha literatura. Pero ahora, y solo para ilustrar brevemente el caso global diremos que lo más probable es que cuatro mil años antes de Cristo, cuando el hombre llevaba ya sobre la tierra entre quinientos y ochocientos mil años, la población del mundo fuera alrededor de diez millones de habitantes. Un poco más tienen hoy solamente las ciudades de Méjico y Buenos Aires, reunidas. Ya en los días de Cristo se calcula que había llegado a la cifra de 250 millones. Pero no llegó a doblarse sino diez y seis siglos más tarde. Creciendo a una tasa de 0.3 y 0.5 por ciento pasa la cifra de mil millones al comenzar el siglo XIX. Pero en el XX, con un crecimiento acelerado, la curva comienza a subir casi verticalmente hasta llegar a los 3.000 millones de nuestros días y una tasa de 2.1 por ciento. Coinciden en afirmar aún los más optimistas observadores en que al finalizar este siglo, nada más que dentro de 35 años, se habrá doblado otra vez la población del mundo, es decir, que habrá cerca de los 6.000 millones de seres.

UN PROFETA CALUMNIADO, T. R. MALTHUS

Al llegar a los mil millones de habitantes, es decir una situación plenamente satisfactoria, si la vemos retrospectivamente, un clérigo protestante, Thomas Robert Malthus, publicó un libro titulado "Un Ensayo sobre el Principio de la Población en cuanto afecta al Futuro Mejoramiento de la Sociedad". Dichó estudio fue tan clarividente como calumniado por la controversia de su tiempo, 1793. Como a la teoría de Darwin que en cierta forma se originó en las sugerencias de Malthus sobre la "lucha por la existencia", a la malthusiana se la deformó y

simplificó de mala fe, y por eso todavía causa estragos e inhibe a las gentes modernas para el examen de la situación presente. Como se ha visto, nada hay de común entre lo que podía ser Malthus y lo que está ocurriendo, pero algunos de sus principios comienzan a ser ciertos. Malthus escribió principalmente para oponerse a las “leyes de los pobres”, una manera como los ingleses pretendían solucionar el problema del desempleo y tranquilizar sus conciencias por la responsabilidad que sentía su clase dirigente en la infinita miseria circundante. Malthus pensaba que la producción de alimentos no correría a paso igual con el crecimiento de la población y que una grande hambruna amenazaba a la civilización de su tiempo. Destruída su hipótesis por el formidable aumento de la productividad en los dos siglos siguientes las gentes se despreocuparon del problema de la población. Siempre había comida, —se dijeron— para cualquier tipo de humanidad, aún avanzándola al mar, si fuese necesario, o inventándola sintéticamente.

Así, mientras tanto, la humanidad, en vez de crecer sin límite, iría limitando prudentemente su fecundidad a medida que el progreso técnico, el trabajo de la mujer, la circunstancia entera del nuevo tipo de vida en una sociedad industrializada fuera imponiendo consciente o inconscientemente trabas a la fertilidad Así parecía hasta hace unos años que había ocurrido en los países industrializados. Pero comenzó la revolución de los agentes químicos y antibióticos y ella se operó con mayor eficacia en las regiones atrasadas del planeta, con el resultado radicalmente opuesto a lo que se preveía. Puesto que el efecto inmediato es inhibitor de la evolución de esos pueblos hacia la civilización industrial y su completo desarrollo

NO EL NUMERO, SINO LA VELOCIDAD DEL CRECIMIENTO

Como lo puntualiza muy bien Carmen Mitó, la nota dominante de la evolución de la población de América Latina es “la velocidad del ritmo de crecimiento que dicha población ha alcanzado”. Y de allí surgen las dificultades que estamos contemplando. Al iniciarse la presente centuria se estimaba la población latinoamericana en 60 millones y ya en 1960 sobrepasa los 207 millones. Es decir, que había crecido casi tres veces y medio en sesenta años. La población de 1.900 tardó 40 años en doblarse, pero la de 1950 se duplicará en 25 años.

EL CASO LATINOAMERICANO

El caso latinoamericano, que es el que nos ocupa preferencialmen-

te, es el de una región subdesarrollada, descapitalizada, con tremendos problemas de desarrollo, que necesita industrializarse y alterar esencialmente su modo de vivir para dar trabajo a toda su población y para entrar en el nivel en que deben operar, —si es que todavía operan— las limitaciones a la natalidad, y el inconsciente proceso de la humanidad para adaptarse a las condiciones existentes. Pero ocurre que a la velocidad del actual ritmo de crecimiento a América Latina está abocada a una gravísima crisis cuyos elementos esenciales son previsibles, desde luego, porque ya están presentes.

EL DESARROLLO ECONOMICO

Lo que se llama una política de desarrollo económico no es otra cosa que un esfuerzo acelerado para crear condiciones en las cuales la población de cada país atrasado pueda satisfacer ciertas necesidades mínimas o alimentar ciertas aspiraciones legítimas. En términos generales podríamos decir que ambas cosas, necesidades y aspiraciones, están incluidas en alguno de estos renglones: vivienda, educación para los niños en edad escolar, educación general para el adulto, educación técnica, alimentación nutritiva para la familia, salud, una vida más larga y mejor defendida contra la enfermedad, descanso suficiente y atractivo. Este programa que Stevenson llamó la revolución de las aspiraciones insatisfechas, después de contemplar el caso latinoamericano de cerca, requiere, en primer término, que haya empleo suficiente y bien remunerado. Exige, también una alteración de la organización social y de la estructura económica de la región. Quien más elementalmente describió nuestro problema, fue un novelista y biólogo, Aldous Huxley: “En algunos sectores de Asia y en la mayoría de América Central y Sur América —dijo Huxley— la población está creciendo tan aprisa que se doblará en poco más de veinte años. Si la producción de alimentos y artículos manufacturados, de casas, escuelas y de maestros pudiera hacerse a la misma velocidad del crecimiento de la población, sería posible mejorar el desastroso lote que ha correspondido a estos países subdesarrollados y superpoblados. Pero infortunadamente no sólo les faltan maquinaria agrícola y una planta industrial capaz de producirla, sino el capital requerido para crearla.

Capital, —agrega— es lo que sobra después de que las necesidades primordiales de la población han sido satisfechas. Pero al final de cada año casi nada sobra y por consiguiente no hay capital disponible para crear las plantas industrial y agrícola por medio de las cuales podrían satisfacerse las necesidades de los pueblos. Además en todos estos países hay insuficiencia de trabajadores entrenados, sin los cuales una

planta industrial y agrícola no puede operar. Las presentes facilidades educacionales son inadecuadas, lo mismo los recursos financieros y culturales que podrían aplicarse para mejorarlas tan de prisa como la situación lo demanda. Mientras tanto, concluye desoladamente, la población de algunos de esos países subdesarrollados crece a una tasa del 3 por ciento por año". Que es, exactamente, nuestro caso

LA POBLACION DEPENDIENTE E INACTIVA

La reducción de la tasa de mortalidad no es un proceso concluido en la América Latina, y, al contrario, los países de la zona están cada día más empeñados en programas de previsión sanitaria que aceleran las transformaciones descritas. El descenso muy grande, y todavía insuficiente de la mortalidad infantil, está creando, —combinado con la alta tasa de natalidad—, un rejuvenecimiento gradual de la población en toda el área. Hay muchos países especialmente en la zona tropical, cuya población es de tal manera joven que el 55% de ella tiene menos de 20 años. Normalmente debería ser dependiente e inactiva, y estar dedicada al estudio y al entrenamiento cada vez más arduo para trabajos técnicos. No ocurre siempre así, y la carga económica nacional aparentemente puede disminuir un poco. Pero si desde los diez y ocho años, o mucho antes, millones de hombres y mujeres latinoamericanos ingresan técnicamente a la fuerza del trabajo, y no encuentran empleo, otra situación típica de nuestra zona subdesarrollada, tampoco encontramos en ella nada que anuncie un mejoramiento, ni en el orden económico, ni en el social, ni menos aún, en el político.

EL EXODO

Acusados por la superpoblación y el desempleo creciente de las zonas rurales, que la mecanización incipiente de la agricultura acentúa, millones de hombre y mujeres de los más bajos estratos económicos y culturales —analfabetos en su mayor parte, incapaces para oficios que requieren cierta destreza técnica o ligera especialización, familias con gran número de niños sin escuela— han venido emigrando del campo a las ciudades y principalmente a las más populosas, con la esperanza de encontrar trabajo. En la ciudad hay desempleo y exceso de población, como en el campo. Se amontonan los migrantes más allá de los suburbios obreros y crean en pocas horas ese casi fabuloso orbe de los tugurios que ha arruinado y ensombrecido la imagen de las ciudades latinoamericanas que hace apenas treinta o cuarenta años era la de un mundo próspero, generoso, de infinitas posibilidades abierto a todas

las razas y clases y libre de la mayor parte de las dolencias y apuros que ya padecía la oprimida sociedad del antiguo, estrecha dentro de su diminuto espacio vital.

Esta ciudad, Cali, conoce muy bien ese aspecto atroz de nuestra época y de nuestro desorden social, originado inmediatamente en la miseria, la violencia y el desempleo campesinos; mediatamente, en la velocidad del crecimiento demográfico. Pero todas las ciudades latinoamericanas mayores tienen esas lacras abominables; las favelas del Río de Janeiro y Sao Paulo, que comienzan a brotar en Brasilia, la capital más nueva del mundo; las poblaciones callampas de fungosa aparición, las villas miserias argentinas, los ranchos que coronan de vergüenza a Caracas, los tugurios de Bogotá, Medellín, Barranquilla, esas formas antes desconocidas de resistencia colectiva al dolor y a la privación, esos milagros de supervivencia que recuerdan en nuestro joven hemisferio las atrocidades del hacinamiento forzado en los campos de concentración de prisioneros y exiliados en la Europa posterior a la guerra española o, aún mejor, a la sucia plebe medieval apretada contra los castillos.

EL TUGURIO COMO AMBIENTE POLITICO

De las luchas entre esta población migratoria de cultura típicamente campesina y atascada con las clases trabajadoras urbanas, ya organizadas, y de su contacto con el hampa que la prostituye o educa para sus tareas criminales, han surgido fenómenos sociales intrincados y no pocos de los movimientos políticos que destrozaron o pretenden destrozar incipientes regímenes democráticos con dictaduras de inaudita violencia y de rapacidad incontenible. Todo el tiempo los salarios han estado amenazados por la oferta de brazos y la demagogia desvergonzada ha rondado esos tugurios con voracidad inverosímil. La América Latina tiene en ese trozo de sociedad erosionada y desesperada su más grave riesgo. Es cierto que los partidos extremistas rígidos y sistemáticos, como el comunismo, tienen poco arraigo en ese lumpen proletariado, pero hay sectores de la franja lunática de la política, dentro de la cual se mueve a gusto el castrismo, que cuentan con la formidable contribución al caos que sería el asalto del tugurio a una ciudad desprevenida, para entregarla al pillaje con el modelo de la revuelta bogotana de 1948.

¿SITUACION INMANEJABLE?

Dominar este fenómeno de la superpoblación con todos sus aspectos y secuelas, —anulación de la capitalización; frustración del desa-

rollo, exceso de carga sobre la economía por el predominio de los grupos dependientes, niñez y juventud, en el bloque de la población total; migraciones campesinas desesperadas, desempleo urbano y rural—, parece una tarea superior a las fuerzas de los sistemas políticos tradicionales de la América Latina y va requiriendo cada día mayor organización y consumiendo a cada minuto más libertad, sacrificada a la necesidad de conjurar una emergencia cuyo fin es imprevisible. Ya hay muchas personas que perdieron totalmente la fe en que esta situación sea manejable, y que ponen de presente que aún una drástica reducción de la natalidad por medios anticoncepcionistas es ineficaz para evitar la prolongación de la crisis hasta que las generaciones infantiles de hoy dejen de ser dependientes. Pero quienes así piensan no han tenido nunca mucha fe en la inteligencia y en la energía de pueblos como los nuestros, cuya admirable ductibilidad les permite, de seguro hacer una vuelta de ciento ochenta grados en la dirección centenaria de estímulo y premio económico, social aún religioso a la fertilidad desbordada.

No estoy, ciertamente, empeñado en pintar un desolado panorama de sombras y desgracias inevitables. Cuando esta conferencia termine, uno a uno los expertos, venidos de todas partes y de todos los territorios del espíritu, habrán puesto de presente ante la opinión americana que no estamos ante una teoría controvertible, sino ante un hecho de aterradora exactitud matemática.

POSICION ANTE EL PROBLEMA

La indolencia para entrar a examinarlo es una de las más graves características de este proceso. La sombra desventurada de Malthus todavía se yergue, tal como la deformaron sus difamadores, para impedir que los políticos entien a buscar las soluciones probables, venciendo cualquier género de prejuicios. Lo primeros que hay que dominar es la ignorancia, y la consecuente petulancia con que muchas gentes con gran responsabilidad en las determinaciones que deban tomarse, dictaminan sobre al materia, o la archivan para que se resuelva como hasta ahora, según dicen. Es decir, para que siga acumulando todos sus efectos milenarios hasta producir la explosión.

No me corresponde a mi decir cuáles son los procedimientos más adecuados para promover la única solución a la vista, es decir, la restricción ordenada y dirigida de la natalidad hasta que se restablezca el equilibrio. Sé que todos ellos son deficientes, y requieren ante todo una educación popular y una disciplina social que no abundan en nuestra

zona. Pero no se me escapa que si alguien tiene que iniciar este esfuerzo y empeñarse en una política restrictiva, son los países subdesarrollados, que viven atribuyendo periódica y alternativamente sus males a una serie de causas concomitantes, pero no decisivas en la conformación de sus desventuras económicas y sociales.

Es cierto que falta capital para emprender la campaña inaplazable del desarrollo económico, pero el capital está faltando principalmente porque cada día sostenemos una mayor población y una proporción mayor de población inactiva, y devoramos nuestras débiles reservas. Necesitamos, desde luego, más escuelas, más colegios, más universidades, y nuestras urgencias de hospitales, servicios higiénicos, mejora de la nutrición, vivienda, empleo remunerativo, más el complemento y adecuación, de una fragilísima infraestructura económica, son totalmente desproporcionadas con la capacidad de pagarlas. Es cierto también que tenemos que realizar una reforma agraria y aldeana que descentralice y reparta en el campo un poco del bienestar que hemos logrado en las ciudades, y lleve técnicas de producción y modos de vivir más amables y justos para contener en parte, no la migración incontenible, sino este éxodo cruel y desesperado. Pero ni esa reforma, ni la tributaria que eleve la capacidad del estado para participar en las inversiones netas que son la base del desarrollo, son soluciones, si olas y olas de seres humanos, analfabetos y medio bárbaros, medio enfermos, mal comidos, mal vestidos, mal calzados, sin techo, siguen contribuyendo a la distribución de la miseria, sin participar en la producción y casi sin intervenir en el consumo. Ya es tan grande su número y tan estrecho su hacinamiento que están entrando en conciencia de su capacidad de disturbio, y por eso andan detrás de ellos los agentes profesionales internacionales de la revuelta, vendedores activos de específicos dogmáticos para curar todos los males de la desesperación.

ES NUESTRO PROBLEMA

La acción tiene que ser más intensa donde la crisis es más grave. Y en esta faja tropical de América, que comienza en México y limita con el cono meridional del hemisferio, no puede posponerse por más tiempo. Hasta ahora lo que se ha hecho es eludir el problema sobre el cual los políticos y aún los economistas más ortodoxos, pasan volando, con alusiones fugitivas que no los obligan a nada. Así también se ha dicho que la Iglesia Católica, a la cual están teóricamente afiliadas las inmensas mayorías latinoamericanas, es responsable de lo que está ocurriendo por su posición tradicional contra el anticoncepcionismo, por medios mecánicos. Es esa otra manera de

no ocupase de la gravedad de la cuestión. La Iglesia Católica no ha podido impedir, con toda la rigidez de su adusta moral, que millones de latinoamericanos vivan en familias irregulares, no bendecidas por sus sacramentos, y que millones de niños nazcan en la ilegitimidad, y sería, por consiguiente excesivo atribuirse que por su culpa o por su posición se haya conformado esta crisis

La verdad es que nadie la advirtió a tiempo, y que nos ha cogido a todos, eclesiásticos y militares, políticos y sociólogos, psicólogos y demográficos, en ropas de dormir. Ahora, cuando nos estamos preguntando por qué nuestro mundo amable de hace apenas veinte o treinta años se ha vuelto inmanejable y violento, y cuando se nos destruyen a diario las esperanzas sucesivas del despegue hacia el desarrollo económico y el bienestar social, al fin, hemos comenzado a poner el dedo en la llaga.

No. No se puede crecer a esa velocidad, a ese desordenado ritmo casi salvaje, sin que la humanidad comience muy pronto a regresar a sus más oscuras épocas. Si al final del siglo vamos a ser seis mil millones de seres humanos, y si seguimos multiplicándonos en períodos cada vez más cortos se esperan a nuestros hijos y a nuestros nietos, y a muchas generaciones sucesivas días muy amargos. Pero claro que quienes llevaremos la peor parte seremos, siempre, los países subdesarrollados.

Para compensar esta visión pesimista y realista del futuro se viven haciendo cálculos de los formidables progresos tecnológicos que permitirán a la humanidad expandirse aún más y al ritmo actual, y sobre las tierras todavía desiertas de la América Latina, como habitáculo probable de una especie en fuga. El mundo, como observa uno de nuestros técnicos, no es una unidad y los progresos tecnológicos no estarán al alcance de nosotros más de lo que están hoy los de los agricultores norteamericanos. Más bien vale preguntar si no será cada día más cruel la diferencia entre los pueblos industrializados y ricos los que tienen cerrado el camino a la industrialización y a la riqueza, por su incontenible e incontenida fertilidad?

OTRA POSICION LA DEL COMUNISMO

Conviene, por último, que tratemos de entender por qué hay otro sector de la opinión mundial que hasta ahora permanece impassible al desarrollo de la crisis: el comunismo internacional. Ya hemos visto cómo media en ciertas situaciones creadas por este desorden biológico y cómo explota la miseria atribuyéndosela sistemáticamente a cualquier

ria de sus enemigos así cambien ellos de acuerdo con su fantástico don de oportunismo. Pero es que para este partido internacional no existe el problema porque su presencia puede precipitar su acceso al poder en las regiones más afectadas, que está codiciando largamente, a medida que se comience a pedir mayor organización estatal y dureza de acción contra la turbulencia. Y una vez en el poder todo puede solucionarse de una manera que las gentes cristianas y civilizadas del occidente jamás lo intentarían. El profesor Donn nos dice que se calcula que ocurrieron, además de los que normalmente eran de esperarse, de 25 a 30 millones de muertes en Rusia durante un período de doce años, de 1914 a 1926, como resultado de guerras, hambrunas y enfermedades. De ese período le corresponden al régimen soviético ocho años y con excepción de los muertos de la Primera Guerra Mundial, todos los demás fueron sacrificados a la implantación de la política económica y social del comunismo. Los muertos de la Primera Guerra Mundial están, por otra parte, compensados por las bajas que causó la hambruna del año 1928, que fueron cinco millones de rusos. Los soviéticos y los chinos que han procedido ruda e implacablemente en la destrucción de todo lo que se oponga a su poder, no vacilarían en regresar a los métodos nazis de esterilización y aborto obligatoriamente implantados, o a cualquier otro sistema de eliminación de la causa del desorden. Para ellos no hay problema. Cuando haya necesidad de reducir drásticamente la población siempre habrá alguna nueva teoría del partido y un ejecutivo sombrío y eficaz de lo que se disponga.

Pero para quienes no pensamos de esa manera y no queremos que la humanidad, o al menos la que habita nuestra región, menos aún, la de nuestra Patria, se ahogue en este abismo por indiferencia y por imprevisión, la solución humana, la solución cristiana, la solución económica, la solución política es el control de la natalidad. Y cuanto antes, mejor.

CATALOGADO

LA SALUD PUBLICA Y EL RAPIDO CRECIMIENTO DE LA POBLACION EN CENTROAMERICA*

JUAN ALLWOOD PAREDES**

Si la presentación de un tema con este nombre hubiese sido anunciada ante un seminario parecido hace 40 años, el distinguido auditorio habría esperado, casi seguramente, una apología de la Salud Pública y un ufano y optimista mensaje para los pueblos de Centroamérica.

En efecto, durante los primeros cinco lustros de este siglo las tasas de mortalidad general variaban entre 30 y 40 por 1 000 en Centroamérica, frecuentes epidemias de viruela, tifus exantemático, influenza, fiebre amarilla y aun de cólera diezaban la población de extensas áreas y el paludismo y la tuberculosis minaban la población y agos-

* Trabajo presentado ante el Seminario Centroamericano y de Panamá sobre Planeamiento Familiar Tegucigalpa, Honduras, Junio 12 19, 1966

** Profesor y Director del Departamento de Medicina Preventiva y Salud Pública, Facultad de Medicina, Universidad de El Salvador

taban los vientres de las madres centroamericanas. Hubo años en que la población no aumentó sino que, más bien, disminuyó apreciablemente. Un fenómeno de esta índole, en el que a las condiciones naturales y circunstanciales se sumó la mano del hombre —y similar al observado en Panamá a principios del siglo— ocurrió en El Salvador por última vez en el año de 1932.

Mas ahora que lo presentamos a discusión ante este Seminario, el nombre del tema indudablemente sugiere —como lo hacen los grandes titulares de los diarios de hoy en día— una situación de conflicto, un problema, algo que requiere deliberado estudio y oportuno tratamiento.

El crecimiento desmesurado de la población es un asunto que se discute ahora en todos los campos y niveles del interés humano. Este fenómeno del mundo contemporáneo, llamado también “explosión demográfica”, puede equipararse en significado y trascendencia con la explosión atómica, y ambos eventos habrán de servir como marcas históricas distintivas del Siglo XX. Sobre la explosión demográfica y sobre los medios propuestos para controlarla se expresan opiniones contrarias que en ciertos casos se traban en disputas de un humor al rojo vivo.

Para una minoría respetable y bien articulada, la explosión demográfica es sólo un infundio diabólico tendiente a obstaculizar el desarrollo de los pueblos morenos, negros y amarillos. Es insensato afirmar, dicen los voceros de esta minoría, que exista una explosión demográfica en países con extensas áreas potencialmente productivas pero actualmente deshabitadas. En todo caso, arguyen, el crecimiento rápido de la población es un don y agüero de un futuro mejor para los países así favorecidos.

La población de Centroamérica crece rápidamente. Este fenómeno —para una gran mayoría, un hecho real, indeseable y de mal augurio— es relativamente reciente.

Si bien no se tienen datos precisos sobre el número de habitantes de Centroamérica desde la conquista hace relativamente pocos años, podemos hacer estimaciones razonables sobre el crecimiento de su población, desde 1500 hasta principios del siglo actual, ateniéndonos a la valiosa documentación y al ponderado razonamiento de Barón Castro ¹.

Con base en dicho estudio, podemos estimar en 800 000 habitantes la población de los territorios que hoy forman Centroamérica, a la llegada de los conquistadores.

La conquista produjo un considerable decrecimiento demográfico

de la población indígena, no compensado por la inmigración extranjera. Transcurrieron 250 años para que, en 1750, la población total de Centroamérica —incluyendo esta vez indios, blancos, negros, mestizos y mulatos— volviese a su nivel anterior.

Se inició desde entonces un crecimiento casi ininterumpido y a la fecha de la Independencia, 70 años después, la población se había duplicado para llegar a 1 600 000 habitantes. Se duplica otra vez en los siguientes 70 años y vuelve a duplicarse 50 años más tarde para alcanzar en 1940, un total aproximado de 6 400 000 habitantes ².

Lo que ha ocurrido después, sobre todo durante el período intercensal 1950-1960, es motivo de honda preocupación para muchos líderes centroamericanos. El ritmo de crecimiento observado durante ese período hace prever que la población, hoy estimada en 13 millones de habitantes, se duplicará en los próximos 25 años.

La tasa promedio de crecimiento anual entre 1950 y 1960 fue de 3.4 por ciento, tasa considerada la más alta del mundo ³.

Durante ese mismo período las tasas de natalidad oscilaron alrededor de 45 por 1000, y las de mortalidad general fluctuaron entre 7 y 17 por 1000 habitantes.

Es muy significativo el hecho de que el incremento demográfico se haya debido a la disminución de la natalidad, sin que las tasas de natalidad, siempre altas, hayan experimentado modificación apreciable alguna. En efecto, los conocimientos de la medicina y las técnicas de la salud pública se aplicaron con éxito al control y tratamiento de muchas enfermedades que antes diezaban la población, con lo cual disminuyó el número de muertes y aumentó la sobrevivencia de los grupos en edad reproductiva. Por el contrario, ni los conocimientos ya adquiridos por la ciencia en el campo de la reproducción humana, ni la aplicación masiva de dichos conocimientos, que la técnica sanitaria podía realizar, han sido utilizados en el control de la natalidad en Centroamérica.

La dinámica del fenómeno demográfico se traduce en una importante característica: la población centroamericana es muy joven ya que alrededor de 45 por ciento es menor de 15 años y solamente 3 por ciento es mayor de 65 años. Este hecho, más que ningún otro, condiciona y hasta cierto punto determina los principales problemas de la salud en Centroamérica ⁴.

Forman mayoría los médicos que ven en el crecimiento desmesu-

rado de la población un trastorno patológico que se manifiesta en términos de angustia, desesperación y, quizá también, de trastornos de la conducta. Fueron los médicos los primeros en comprobar que la familia —la madre, sobre todo— factor original del crecimiento acelerado de la población, no ve dicho rápido aumento como una bendición sino como un infortunio y, lo que es más grave aún, como un “daño” contra el cual la ignorancia está oponiendo medidas desesperadas.

El incremento mismo de la población en las circunstancias de los países de Centroamérica es un problema de salud pública de igual magnitud y trascendencia en el bienestar del pueblo, como antes lo fueron el paludismo y la tuberculosis. Esto es así no sólo por el impacto psicológico que está ocasionando en los padres de familia —en las madres sobre todo— sino también porque volverá cada vez más difícil la gigantesca tarea de elevar las condiciones de vida de una población ya agobiada por la pobreza y la ignorancia. Es bien sabido y ampliamente demostrado que la pobreza y la ignorancia son factores del bajo nivel de salud del pueblo centroamericano.

La información disponible acerca de las condiciones de salud en Centroamérica en los últimos años, señala como causas principales de enfermedad y muerte las infecciones respiratorias agudas, la gastroenteritis, otras enfermedades infecciosas —sarampión, tosferina y tétanos— y, hecho significativo, el homicidio y los accidentes. Sólo en Costa Rica y Honduras ocupan lugar de importancia las enfermedades del corazón y en el primero de dichos países, los tumores malignos.

En todos los países se observa una alta mortalidad en niños menores de un año, que en años recientes ha fluctuado entre 91 y 50 por mil nacidos vivos. La tasa promedio para los cinco países centroamericanos —68.5 por mil— es casi 3 veces más elevada que la de los Estados Unidos de América, durante el período correspondiente.

Más notable aún es la mortalidad en niños de 1 a 4 años. Las tasas correspondientes a 1962, oscilan entre 7.1 y 33.2 por mil niños del mismo grupo etario. La tasa en Estados Unidos para ese período fue de 1.0 por mil, lo cual revela una diferencia mucho mayor que la indicada respecto a la mortalidad en niños menores de 1 año.

En 1962 murieron en Centroamérica 139 666 personas, de las cuales 67 869 —casi el 50 por ciento— eran niños menores de 5 años.

Un hecho no revelado por las estadísticas de mortalidad por causas y encubierto también en los datos de morbilidad, es la malnutri-

ción, el problema específico de salud de mayor trascendencia en la vida centroamericana

— La malnutrición ⁵ es la causa subyacente, al parecer de mayor significación, en la alta mortalidad de niños de 1 a 5 años, según han demostrado los estudios del Instituto de Nutrición de Centroamérica y Panamá ⁶. Es la causa evidente del retraso en el crecimiento y desarrollo de los niños centroamericanos pertenecientes a familias de bajo nivel económico:

Estudios realizados por el INCAP han demostrado también que la desnutrición y la infección actúan sinérgicamente para elevar en forma desmesurada la mortalidad específica de ciertas enfermedades como la varicela, el sarampión y aún la gastroenteritis —consideradas como muy benignas en otros países. Esta asociación patógena sinérgica entre la malnutrición y la infección explicaría la altísima mortalidad en niños de 1 a 5 años en Centroamérica. En efecto, el niño de esa edad está sujeto no sólo al mayor riesgo de infecciones, sino también a una mala alimentación, causada en gran medida por factores culturales

Durante la lactancia, el niño ha estado protegido por la leche materna, después del destete se le alimenta con atoles y otros productos hidratos de carbono. Esta dieta pobre en proteínas de alto valor biológico y en vitaminas es a menudo insuficiente también en valor calórico y muchos niños centroamericanos mueren, literalmente, de hambre.

Diversas encuestas clínicas y dietéticas e investigaciones de laboratorio realizadas en los cinco países, demuestran que las deficiencias específicas más importantes en la dieta centroamericana son la baja cantidad de proteínas animales, de vitamina A y de yodo ⁷.

Estas deficiencias inciden con mayor o menor intensidad en la mayoría de la población pero sus estragos más severos se observan en la infancia, cuando las demandas del crecimiento exacerban el déficit, acrecentado, como ya se dijo, por las infecciones tan frecuentes en ese período de la vida

Son los niños las víctimas de los graves cuadros de desnutrición severa causados por el déficit de proteínas de alto valor biológico y

(6) En este trabajo no se identificaron en citas bibliográficas las referencias a los trabajos publicados por el INCAP. El lector podrá consultar con provecho la extensa bibliografía compilada en cuatro suplementos del Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana dedicados a la difusión de la obra científica de dicho Instituto

que se conoce bajo el nombre de síndrome plucarencial infantil (SPI); de los trastornos oculares que con relativa frecuencia terminan en la ceguera, por falta de vitamina A; de las alteraciones de las membranas mucosas de la ariboflavinosis; y del bocio endémico, debido a falta de yodo, que compromete de diversas maneras el desarrollo normal.

Las lesiones violentas —accidentes e intentos homicidas y suicidas— no sólo han ocupado un lugar eminente entre las causas de consulta en dispensarios y hospitales durante los últimos 8 años, sino que muestran tendencia a aumentar.

En 1962, el homicidio aparece en cuarto lugar como causa de muerte en El Salvador; en Honduras, el grupo de causas violentas, accidentes, homicidios y suicidios ocupan el segundo lugar; y en Nicaragua, sólo los accidentes constituyen la tercera causa de muerte ⁸. La mayoría de accidentes reportados como causa de muerte en Centroamérica son los accidentes de tránsito.

Esta breve descripción y el somero análisis de la situación sanitaria en Centroamérica demuestran la importancia que tiene como factor determinante de ella el rápido crecimiento demográfico.

La elevada proporción de niños coloca a la población de Centroamérica en una situación de extremada vulnerabilidad a las enfermedades infecciosas y parasitarias.

El niño y la mujer embarazada son los seres más susceptibles a los estragos de la malnutrición. En Centroamérica es un hecho científico, puesto de relieve por las investigaciones del INCAP, que la rápida sucesión de nuevos hijos en las familias de bajo nivel económico, coloca al niño destetado ante un tremendo riesgo de desnutrición severa y de muerte por causas intercurrentes.

Esta comprobación científica tiene tal relevancia que el Comité Técnico Consultivo del INCAP, en su 16ª Reunión, recientemente celebrada, acordó hacer una recomendación al Director de la Oficina Sanitaria Panamericana, a efecto de que el INCAP advierta a los gobiernos centroamericanos de la relación que existe entre el estado nutricional de las madres y los niños y la frecuencia de los embarazos ⁹.

Un estudio realizado por nuestro Departamento de Medicina Preventiva en 1963, indica que el rápido crecimiento de la familia tiene una relación directa con las altas cifras de abortos provocados y tal vez también con muchos infanticidios ¹⁰.

Però existe otra razón por la cual el rápido crecimiento demográfico plantea un problema en el planeamiento, la organización y la prestación de los servicios de salud en el área centroamericana.

En efecto, el aumento explosivo de la población es en realidad una explosión de la pobreza. Son las clases de más baja capacidad económica las que se están reproduciendo aceleradamente y las que determinan, porque ellas constituyen la inmensa mayoría de la población, las altas tasas de crecimiento de la población centroamericana en su conjunto.

La explosión de la pobreza es evidente. Se aprecia en los cinturones de tugurios miserables en las principales ciudades, en los excedentes de la población campesina que se desplaza en busca de trabajo de un lugar a otro, en la elevada proporción de mujeres en las ciudades; y en el crecido número de niños y tamaño promedio de las familias pobres —6 a 7 miembros— a pesar de la alta mortalidad entre ellas.

Este tremendo crecimiento demográfico ha venido acompañado de otro fenómeno social de primera magnitud, la revolución de las expectativas, lo cual agrava las cuestiones no sólo socio-económicas y políticas, sino también las de índole administrativo-sanitaria. El pueblo pide hoy más y mejores servicios de salud pública y siendo que éstos los provee el Estado y que ya antes de la explosión demográfica se encontraban en situación deficitaria, el enorme incremento en la demanda de ellos sobrepasa en mucho las disponibilidades financieras del erario para atenderla adecuadamente.

En el caso de El Salvador, donde se ha puesto en marcha un plan nacional de salud desde 1963, el aumento en la demanda de consultas médicas fue de 22 por ciento el año pasado, cuando el aumento de la población fue de 34 por ciento.

Las cifras siguientes dan una idea de lo que ese incremento en la demanda significa, en términos presupuestarios: el número de las consultas médicas en los dispensarios del Ministerio de Salud subió de 1 122 000, en 1964, a 1 486 000, en 1965. El aumento presupuestario requerido por sólo este rubro fue de 1 200 000 colones aproximadamente. Dicha cantidad representó el 5 por ciento del presupuesto total del Ministerio, en 1965.

El cuadro de la salud en Centroamérica ha sido en verdad ensombrecido por el rápido crecimiento de la población. Mas en este

cuadro sombrío empiezan a brillar algunas esperanzas. El proceso de urbanización se acelera en Centroamérica

El progreso económico originado en la revolución industrial del Siglo XIX, no habría podido desarrollarse sin que a la par ocurriese la revolución demográfica que se manifestó en el crecimiento de las ciudades. Este desarrollo urbano, sostén fundamental de la industria, fue posible sólo hasta cuando la medicina logró erradicar las grandes pestilencias que asolaban a Europa periódicamente, diezmando los núcleos de población más importantes. En Centroamérica, la medicina, por medio de la Salud Pública, ha logrado también esa conquista: no existen en esta región enfermedades pestilenciales, ni se dan epidemias masivas capaces de inhibir el crecimiento de las ciudades.

El proceso contemporáneo de la urbanización ha traído consigo la revolución de las expectativas la cual se manifiesta en el anhelo de las masas populares de poseer y disfrutar aquellos productos de la civilización que la ciudad exhibe, en un vigoroso impulso de superación económica y educativa, determinado por la altamente competitiva lucha por la vida en la ciudad; y, en fin, la aspiración del pobre por una vida mejor para sus hijos

Este último fenómeno es el que más relevancia tiene en las discusiones del tema central de este seminario. Muchas de las madres que acuden a los consultorios gratuitos de las principales ciudades, piden al médico su ayuda para limitar el número de hijos. Son madres de las clases bajas que se han vuelto conscientes no sólo de su responsabilidad en el futuro de sus hijos, sino también de que hay medios anticonceptivos que ya usan las mujeres de las clases medias y altas. La ignorancia acerca de estos medios o la incapacidad de emplear los que ya conocen, por varias causas, son las circunstancias que obligan a las mujeres a recurrir al aborto para limitar el número de hijos. Los abortos provocados en madres que tienen 2, 3, ó 4 hijos constituyen un importante problema de salud en Centroamérica

Es bien cierto que las madres que acuden actualmente a los dispensarios públicos en busca de consejo y de ayuda para controlar el número de sus embarazos pertenecen a la clase obrera o sea, a un sector relativamente poco numeroso y en condiciones sociales ventajosas, si se les compara con la gran mayoría de mujeres analfabetas y paupérrimas que viven en el campo. Por desgracia, estas mujeres campesinas todavía creen que el número de hijos lo determina el destino sin que por ello estén exentas de la ansiedad y el sufrimiento, cuando conciben hijos no deseados ¹¹.

La medicina actual y las administraciones de salud pública de Centroamérica están en condiciones de darle ayuda efectiva a las madres obreras y campesinas, brindándoles el conocimiento de lo que otras madres de mejor condición socio-económica ya saben y practican. El médico está en libertad de dar esa ayuda, de conformidad con los dictados de su conciencia profesional y religiosa. El Estado estará obligado a dárla, si no en función preventiva, al menos cuando el reclamo popular o la tormenta social que el crecimiento demográfico exagerado está por producir, transformen esto que hoy es sólo una sabia prescripción de medicina social, en un ineludible imperativo político para todos los Gobiernos centroamericanos.

RESUMEN

En este trabajo se trae a cuentas la similitud que existe, en trascendencia y significado para la vida de los pueblos, entre la explosión demográfica y la explosión atómica, señalándose que ambos eventos servirán como marcas históricas distintivas del Siglo XX.

La población de los territorios que hoy forman Centroamérica, estimada en 800 000 habitantes a la llegada de los conquistadores, tardó casi 400 años en cuadruplicarse; pero ya se cuadruplicó otra vez en el curso de los últimos 76 años, sin que haya mediado apreciablemente la inmigración extranjera.

El rápido crecimiento de la población de Centroamérica determina los más importantes problemas de la salud de la población de esta área: vulnerabilidad a las enfermedades infecciosas y a la malnutrición

A la par del fenómeno demográfico y como consecuencia del proceso de urbanización y del enorme desarrollo de las comunicaciones, la cuestión médico-social centroamericana se ve complicada por la revolución de las expectativas. Este fenómeno que no puede ser sino benéfico para el futuro de Centroamérica, le imprime carácter de apremio a las medidas tendientes a difundir los conocimientos para el control de la natalidad.

Afortunadamente, la revolución de las expectativas ha traído consigo una poderosa motivación de la mujer centroamericana a favor del control del número y frecuencia de sus embarazos. Por ello existe ya una notable demanda de consejo y ayuda para ese objeto, sobre

todo en las ciudades. Los gobiernos de Centroamérica deben atender esa demanda y aun promoverla entre la población rural, por medio de sus servicios de salud pública, como una medida oportuna de medicina social.

REFERENCIAS

- 1 Barón Castro, R La Población de El Salvador Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1942
- 2 Naciones Unidas. CEPAL Los recursos humanos de Centroamérica, Panamá y México. 1960, p. 4
- 3 Secretaría Permanente del tratado de integración Centroamericana, Centroamérica y su Mercado Común Vol 2, p 13, abril 1964
- 4 Allwood Paredes, J La Salud en Centroamérica Actas del Grupo de Estudio sobre Conservación Humana (en prensa)
- 5 . Editoriales de EPACTA, Facultad de Medicina. Universidad de El Salvador, III: 32, VII: 81, VII: 83, (1960, 1964).
6. INCAP, Publicaciones Científicas (Véase nota en pág. 7) .
7. OSP/OMS Publicaciones Científicas Nos. 64 y 104.
8. . . . Loc. cit.
- 9 Comité Técnico Consultivo, INCAP. Informe al Director de la Organización Panamericana de la Salud 16ª Reunión (marzo 14-18, 1966) (mimeo) p. 11
- 10 Burleson, N. D., Vásquez Amoy, E y Rodríguez, A Estudio del aborto provocado y confesado. Memoria del X Congreso Médico Centroamericano (en prensa).
- 11 Allwood Paredes, J. El Control de la Natalidad en El Salvador, EPACTA. IX: 101 (mayo, 1966).

KWASHIORKOR, EL OCULTO ASESINO DE LOS NIÑOS CENTROAMERICANOS

MURRAY MORGAN*

La niña tenía cuatro años y pesaba algo más de ocho kilos; yacía en una camita aislada por un biombo en un hospital de niños, en las afueras de la ciudad de Guatemala, inerte como un vegetal, con sus grandes ojos castaños, que miraban vacantes desde su cara consumida, a los extranjeros que al pie de su lecho hablaban de ella en un idioma que no entendía: Su vientre estaba hinchado, pero el resto de su cuerpo era frágil como un dibujo al lápiz; sus muñecas no eran mayores que mi pulgar, su negro cabello indio estaba decolorado por mechones de color rosado amarillento, y en la piel morena de sus piernas había manchas de un blanco amarillento.

“Esto”, dijo el joven médico guatemalteco, “es *kwashiorkor*”.

* Cronista de la Organización Mundial de la Salud (OMS)

La palabra *kwashiorkor* proviene de la Costa de Oro, algunos dicen que significa "muchacho rojo" y que se refiere al cabello decolorado de la víctima, otros sostienen que el término quiere decir "la enfermedad que ataca a un niño cuando nace el próximo hijo", alusivo al hecho de que la enfermedad se inicia a menudo cuando el niño es reemplazado en el pecho de la madre por una criatura menor. Los científicos la llaman enfermedad por policaemia, pelagra infantil o desnutrición maligna. Cualquiera que sea su nombre, el *kwashiorkor* es probablemente la enfermedad de la nutrición más suave y más extendida por la ciencia médica y dietética conoce, la mayor exterminadora de niños en América Central.

"Impide el crecimiento de todo un pueblo", dijo el doctor. "Nuestra gente, con alimentos adecuados crece tan alta como ustedes los norteamericanos, pero debido a la mala nutrición, muchos de ellos no miden más de un metro cincuenta y algo más, y pesan menos de cuarenta y cinco kilos"

Hizo una pausa, mientras que un robusto muchachito, sólido como un leño, pistoneaba entusiástamente por el pasillo del Hospital en un triciclo demasiado grande para él.

—"El *kwashiorkor* puede curarse", continuó el doctor. "Ese chico llegó aquí hace tres meses en situación muy parecida a la de esa niña y nosotros lo levantamos: Es una cuestión de proteínas y aminoácidos. Asimismo, pensamos que pronto seremos capaces de evitar que ocurra el *kwashiorkor*, pero lo increíble acerca de esta dolencia es que la misma existencia de la enfermedad, que ha estado matando miles y miles de nuestros niños durante generaciones, ni siquiera había sido reconocida en gran parte de América Latina hace apenas diez años. Los fallecimientos de esos niños eran catalogados como causados por diarrea o parásitos. Fue la obra de la Organización Mundial de la Salud en África la que nos abrió los ojos aquí, en Centroamérica".

2

En Octubre de 1949 dos agencias de las Naciones Unidas, la OMS y la FAO, se unieron para llevar a Ginebra una cantidad de peritos en nutrición, para debatir los problemas de dieta y de abastecimiento de alimentos en todo el mundo. Un aspecto que impresionó particularmente a los especialistas, mientras conferenciaban en las salas empaneladas del Palacio de las Naciones, fue la existencia de una forma o formas de desnutrición en África, que atacaba principalmente a los niños, pero acerca de la cual no se sabía mucho. Se recomendó que la OMS investi-

gala para determinar la relación entre esas perturbaciones de la salud, definir las características clínicas y estudiar los hábitos alimentarios de las poblaciones en cuestión.

El Dr. J. F. Block, un profesor sudafricano que actúa como consultor de la OMS en nutrición, fue elegido para realizar el estudio; a su pedido, el Dr. M. Autret de la División de Nutrición de la FAO lo acompañó en una gira aérea por África, al sur del Sahara. En dos meses los hombres de ciencia visitaron Kenia, Uganda, Ruanda-Urundi, el Congo Belga, el África Ecuatorial Francesa, Nigeria, la Costa de Marfil, Liberia, Gambia y el África Occidental Francesa.

Encontraron que en todas esas partes de África existían severas enfermedades de la nutrición. Las perturbaciones eran básicamente similares y podían ser englobadas bajo el nombre de *kwashiorkor*. A medida que se desarrolla la afección, el vientre del niño se hincha por el edema, su piel cambia de color y pueden hacer erupción pústulas abiertas, su cabello se decolora y afina; pierde todo interés en lo que lo rodea, hasta en el alimento, y se pone tan débil que yace postrado. También tienen lugar cambios internos, pues el hígado se llena de grasas, no se segregan ya las enzimas digestivas y todos los órganos del cuerpo empiezan a consumirse. Las víctimas tienen generalmente de uno a cuatro años de edad.

Block y Autret razonaron que el *kwashiorkor* atacaba a los menores, porque los niños de uno a cuatro años necesitan una dieta rica en proteínas, pero en la mayor parte de África, en cambio, son destetados y se les dan papillas ricas en almidón. Especularon que las papillas eran particularmente deficientes en ciertos aminoácidos y que esto podía ser un factor en la aparición de *kwashiorkor*, y descubrieron que el agregado de leche desnatada a la dieta de los niños aquejados de *kwashiorkor* salvaba muchas vidas.

Era imperativo, dijeron Block y Autret, que se ayudara a los niños de África a comer mejor, sugirieron que se aumentara la producción de alimentos ricos en proteínas, y subrayaron especialmente la posibilidad de acrecentar la pesca y de cultivar más maní. Apremiaron la realización de campañas educacionales para enseñar a las madres mejores métodos para alimentar a los niños, especialmente durante el período del destete. Les pidieron a los gobiernos que se aseguraran de que su personal médico conocía la existencia del *kwashiorkor*, y de los efectos benéficos de las proteínas en sus víctimas. Sugirieron que el UNICEF pusiera a disposición grandes cantidades de leche desgrasada

en polvo, para los hospitales y los centros maternos e infantiles. Finalmente acentuaron la necesidad de un programa de investigación coordinado clínico y bioquímico sobre los problemas asociados con el *kwashiorkor*.

3

El mismo mes en que Brock y Autret empezaron su viaje por Africa, se inauguró en América Central una organización única, cuya misión era estudiar los problemas de nutrición en esa zona subalimentada, idear formas en las que pudieran ser resueltos los problemas y ayudar a los países miembros a aplicar esas soluciones: se denominaba el Instituto de Nutrición de Centroamérica y Panamá (INCAP).

El *kwashiorkor* resultó estar en el plan dietético del INCAP. Cuando los dirigentes del Instituto leyeron la monografía publicada por la OMS, sobre los descubrimientos de Block y Autret, comenzaron a seguir el rastro al asesino oculto en su propia zona. Las estadísticas sobre las causas de mortalidad en Centroamérica merecen notoria poca confianza, pues los decesos no son certificados por médicos, sino registrados por empleados comunales no especializados, sobre la base de la información proporcionada por los miembros de la familia del fallecido.

Durante nueve meses, un equipo de investigadores especializados de la INCAP visitó la familia de todos los niños que habían muerto en algunas aldeas típicas de la montaña, y trató de determinar la causa real de su muerte. Descubrieron el hecho aterrador de que los dos tercios de todos los niños, entre uno y cinco años, que según se había informado habían muerto de afecciones intestinales, murieron en realidad de *kwashiorkor* o de otros trastornos graves de la nutrición. Durante los nueve meses, sin embargo, no hubo una sola muerte que fuera catalogada como causada por la nutrición, a pesar del hecho de que en muchos casos los empleados municipales admitieron que los padres habían hablado de la presencia de vientres hinchados, lesiones cutáneas, cambios en el cabello y todo el resto de los síntomas del *kwashiorkor* en el niño agonizante.

Uno de los primeros descubrimientos de los investigadores, que apretaba el corazón, fue que en muchos casos de *kwashiorkor* los padres, utilizando remedios caseros para tratar la enfermedad, condenaron inconscientemente a su hijo a una muerte casi segura. Habitualmente atribuían la enfermedad a las lombrices, que en realidad estaban casi siempre presentes, y trataban el *kwashiorkor* suprimiendo las pequeñas

cantidades de alimentos sólidos que el niño podía haber estado recibiendo. En vez de proteínas le daban cocimientos harinosos tales como agua de arroz, agua de cebada o agua azucarada, dieta groseramente insuficiente en todos los elementos nutritivos esenciales, y a veces le administraban purgantes drásticos. Como resultado de ese tipo de tratamiento, el niño con *kwashiorkor* frecuentemente ni siquiera alcanzaba a llegar al Hospital; moría, en cambio, asesinado con amoroso cuidado.

Los que sobrevivían quedaban afectados para toda la vida: el desarrollo mental se podía retrasar o interrumpir el crecimiento. Algunas personas argumentan que los niños de las zonas subdesarrolladas son de corta estatura porque sus padres también lo son, pero la investigación de la INCAP demostró que esto era falso: sus padres son bajos porque ellos también tuvieron una deficiencia de proteínas cuando niños. Los investigadores descubrieron que los niños de Centroamérica crecen tan rápidamente como los de Estados Unidos, hasta la última parte de su primer año, cuando son destetados. Durante sus años escolares tienden también a ganar en peso y en madurez ósea, en una proporción comparable con los niños norteamericanos, pero para esa época ya están atrasados varios años en esas medidas, dado que han permanecido estacionarios durante el período que media entre la primera infancia y la escuela, y jamás se ponen a la par.

¿Qué es lo que comen los niños durante ese período de escaso crecimiento? Marina Flores, dietista guatemalteca del personal de la INCAP, y Emma Reh, de la FAO, llevaron a cabo una serie de estudios dietéticos y descubrieron, como podía esperarse, que la alimentación de las familias rurales y de bajos ingresos tendía a ser monótona: en su mayor parte maíz y frijoles, predominando el primero.

Analizados en el laboratorio, el maíz y los frijoles resultaron ser deficientes en buenas proteínas, vitamina A y riboflavina. En Costa Rica, donde se utiliza ceniza de leña más frecuentemente que cal al preparar el maíz para las "totillas", muchas familias ingerían demasiado poco calcio; en Panamá, donde el procedimiento de la cal no se usa en absoluto, la dieta tenía un promedio de menos de un cuarto de la cantidad recomendada de calcio; en muchas zonas una deficiencia de yodo llevaba al bocio endémico.

Las señoritas Flores y Reh se enteraron también de que a los lactantes rara vez se les daban alimentos suplementados, y cuando eran destetados, los niños recibían comidas para adultos, tales como "totillas", frijoles y atoles, que tienen un valor nutritivo relativamente bajo.

En un estudio especial sobre los infantes de un año en la ciudad de Turrialba, en Costa Rica, por ejemplo, se descubrió que de cada tres niños, uno no había probado nunca fruta o jugo de frutas; menos de la mitad de las criaturas de un año habían probado la leche después del destete, sólo una de cada cinco habían comido alguna vez huevos, y solamente una de cada cien carne. Las dietas adolecían también de falta de vegetales verdes y amarillos.

Lo que los niños comían era maíz y frijoles y la dieta interrumpía el crecimiento o los mataba.

4

Los investigadores de la INCAP, después de desenmascarar al *kwashiorkor* como el oculto asesino de niños, buscaban la forma de terminar con su amenaza.

La UNICEF envió miles y miles de barriles de leche desgrasada en polvo a Centroamérica y Panamá. No era difícil para un país conseguir ese abastecimiento, apenas implicaba algo más que pedirlo. Tampoco tuvieron dificultades los gobiernos en poner la leche a disposición de los Hospitales. Lo que resultó dificultoso fue hacer llegar la leche en polvo a los niños de las zonas rurales.

El transporte era inadecuado, pues Centroamérica es una tierra de aldeas diminutas, al final de sendas de montaña capaces de asustar a una cabra. Aun después que los barriles fueron izados hasta una aldea por jeep, camión o a lomo de mula subsistía el problema de ocuparse de que los niños tomaran leche. La mayoría de las víctimas del *kwashiorkor* están por debajo de la edad escolar, de manera que la leche no podía ser distribuida por medio de las escuelas, aun en aquellas donde éstas existían. En muchas aldeas se entregó el polvo a los padres, junto con folletos ilustrados en los que se indicaba con figuras la forma de mezclarla con agua hervida. Demasiado a menudo, cuando alguna enfermera de la INCAP o algún miembro del equipo médico del gobierno visitaban a las familias, se encontraba con que los padres habían cambiado la leche al almacenero local por harinas de maíz, o se la habían dado a los cerdos o a las gallinas. Las argumentaciones servían de muy poco; la escasa voluntad para seguir las sugerencias de los médicos, es un rasgo que ha florecido en Centroamérica desde la conquista hispánica en las aldeas de las montañas la resistencia pasiva se encuentra en el centro de un modo de vida.

La INCAP estableció centros sanitarios en poblaciones seleccio-

nadas, donde los investigadores pudieron experimentar la técnica de distribución de la leche en polvo. Idearon formas de adaptar la leche para su empleo en los alimentos típicos, y registraron el efecto de las nuevas dietas en el crecimiento de los niños.

Acompañado por un hosco dietista guatemalteco que había realizado su tarea de postgraduado en Estados Unidos, visité varias aldeas en las montañas al norte de la ciudad de Guatemala. Seguimos la Ruta Panamericana cruzando una montaña que dominaba a la pequeña capital y al lago azul pálido, pasamos por Antigua, con sus bellas ruinas que se encuentran bajo la sombra amenazadora del volcán Fuego (que hizo erupción unos días después), y nos separamos de la Ruta para entrar en una cañeteira estrecha y sombreada, bordeada por fincas de cafetales. Las vainas de los cafetos eran grandes y verdes y las hojas estaban polvorientas. Jornaleros entecos estaban preparando los utensilios para la cosecha anual, más importante para Guatemala que la cosecha de banana de las tierras bajas. Las aldeas eran pequeñas, las casas de paredes de barro sin revocar, la gente delgada y apática.

“Están sentados ahí y rumian sus pensamientos y no sabemos ni por asomo qué es lo que están pensando”, dijo el doctor. “Los jefes de aldeas nos dicen una cosa, los socioantropólogos pueden decirnos otra cosa, y los psicólogos desarrollan un tercer enfoque.

“A mi juicio las que han captado mejor la situación son las enfermeras. La mayoría de ellas abandona las aldeas tan pronto como puede; imagínese tan sólo una muchacha con la suficiente educación como para ser enfermera, viviendo en una aldea como ésta después de que se pone el sol. No hay electricidad, ni cinematógrafo, ni transporte, ni club, ni biblioteca, ni siquiera radio, a no ser que esté en mejor situación financiera que la mayoría de las chicas que se dedican a ser enfermeras. Tal vez tenga un fonógrafo y unos cuantos discos, siempre los mismos, una y otra vez, hasta que ya no los escucha más. Tal vez tenga un libro para leer, después que ha escrito su informe a la luz de una lámpara o de una vela. Si sale con los muchachos del pueblo, hablan mal de ella, si no lo hace, es una aristócrata de la ciudad que piensa que es demasiado buena para la gente de allí. Es una vida bastante dura para una muchacha, pero lo notable es que algunas de ellas permanecen, y aprenden y son de lo más útiles: las cosas importantes las sabemos por medio de las enfermeras. Ellas descubren cuando se desperdicia la leche y a veces hasta por qué y también pueden contarnos algo acerca de lo que piensan los aldeanos.

“Algunas de las personas tenemos la impresión de que están llegando despacio y trabajosamente a la creencia de que la leche mantiene sanos a los niños. El experimento se ha estado desarrollando durante bastante tiempo como para que ellos vean la diferencia en los gráficos de peso y de altura. Por otra parte, hasta pueden ver cómo los cerdos que toman la leche son más sanos que los que no lo hacen. Ellos están aprendiendo y nosotros también, pero es un asunto lento, lento”.

El jeep se detuvo frente a un centro sanitario; hacía uno de los lados había una pequeña pileta de natación, llena de agua y vacía de niños. “Dicen que está demasiado fría” manifestó el doctor, “y tal vez lo sea; aquí hay bastante altitud. Se esperaba que el natatorio atraería a los niños al centro regularmente, donde se supone que deben concurrir semanalmente para que se los pese y para tomar la leche en presencia de la enfermera.

“Los niños no van regularmente; la joven enfermera a cargo del centro dijo que los niños habían faltado a cerca de la mitad de sus citas. “Vienen si no se sienten bien” explicó. “Vienen cuando llueve, pero en la estación seca. . .” Se encogió de hombros y abrió los brazos. “La próxima semana será peor; todos estarán afuera, trabajando en las fincas, en la cosecha del café, y estaré bien solitaria en mi gran casa”.

El centro sanitario era limpio y agradable; el archivo de antecedentes, que tenía catalogados el peso, altura y comida de todos los niños, era preciso y completo. Seguimos a la enfermera hasta su habitación al final del edificio; una colcha multicolor de algodón guatemalteco resplandecía como un crepúsculo y tapas de revistas enmarcadas exhibían sus brillantes colores en las paredes blancas.

“¿Le gusta su trabajo?”, le preguntamos.

Se encogió de hombros. “Todos los días les digo que no vendan los huevos” dijo. “Cómanlos” les digo; “pero nunca comen huevos. Los venden y emplean el dinero en comprar harina de maíz”.

“No serán todos”, dijo el doctor.

“Todos venden los huevos”, replicó la enfermera con impaciencia. “No todos compran harina de maíz y unos pocos compran arroz”.

“Le damos mucha importancia a los huevos”, explicó el doctor mientras volvíamos bajando la ladera de la montaña. “No pueden permitirse el lujo de comer mucha carne. Una aldea como ésta, de más de mil personas, no consume ni una vaca por semana, y la mayor parte de la carne existente va a unas pocas familias. Pero unos cuantos de esta

gente crían gallinas y, desgraciadamente, los huevos son una de las pocas cosas que pueden estar seguros de vender cuando van al mercado. De modo que venden huevos. Hay un dicho popular en una de las aldeas que describe a un hombre tan delgado e inconsciente que *come los huevos de sus gallinas*. He aquí contra lo que nos enfrentamos”.

Mientras la FAO encuentra cierto éxito en el fomento de las industrias lecheras en algunos países de Centroamérica, el abastecimiento adecuado de leche y carne destinado a permanecer, durante años, más allá del alcance de gran parte de la población, particularmente en las aldeas de montañas y en los suburbios en rápida expansión, en los alrededores de las mayores ciudades.

5

En el mejor de los casos, la leche desgrasada en polvo es sólo una solución temporaria al problema del *kwashiorkor* en Centroamérica. Lo que hace falta es un producto que tenga abundantes proteínas, sea barato, que guste, y que no ofenda a las costumbres alimentarias del pueblo. Los investigadores de la INCAP se pusieron a crear ese alimento.

En los relucientes laboratorios del segundo piso del edificio central erigido por el gobierno guatemalteco para la INCAP en 1954, los jóvenes científicos del Instituto han estado revolviendo más de una mezcla rara, pero rica en proteínas. Los nombres de los ingredientes sonaban como algo sacado de un cuento de hadas: algas y habas de soya tal vez, o harina de pescado con una pizca de hojas de kikuyu. Buscaban una mezcla hecha con fuentes locales de proteína, que pudiera empaquetarse como ubicuas féculas comerciales que todos ellos deploraban, pero que equivaldría a la leche desgrasada en polvo en cuanto a su contenido de proteínas, minerales y vitaminas; tenía que ser también comestible, virtud que faltaba conspicuamente en algunas de las primeras combinaciones que, desde un punto de vista estrictamente químico, llenaban todos los requisitos.

Después de probar veintenas de extrañas mixturas, los investigadores emergieron de su laboratorio y llevaron a la cocina de la clínica una preparación que llamaban INCAP 8. Estaba compuesta íntegramente de vegetales comunes en Centroamérica (lo que significa que no contenía habas de soya, ingrediente central de mezclas elaboradas bajo los auspicios de la OMS en otras zonas). En su lugar, el INCAP 8

consistía en un 50 por ciento de puré de maíz, según corresponde al papel del maíz como meollo de la civilización centroamericana y principal sostén de la dieta local, 35 por ciento de semilla de sésamo, 9 por ciento de residuo de aceite de algodón, 3 por ciento de levadura de tóula y 3 por ciento de harina de hojas de kikuyu.

Probaron la mezcla en ratones subalimentados y observaron que crecían vivarachos. Se la dieron a comer a monos medio muertos de hambre y los vieron entrar en carnes y saltar por las jaulas con renovado vigor; ellos mismos comieron INCAP 8, para estar seguros de que no ejercía efectos tóxicos en los seres humanos. Finalmente, le dieron el compuesto a un niño que había sido llevado a un Hospital de la ciudad de Guatemala, con el vientre hinchado por un caso avanzado de *kwashiorkor*; durante tres semanas el pequeño no comió sino INCAP 8; su vientre distendido adelgazó, sus ojos se hicieron más brillantes y la vitalidad reemplazó a la apatía; el niño agonizante se recuperó.

Una serie de éxitos similares convenció a los dietistas de que el INCAP 8 era lo que necesitaban; los niños alimentados con una dieta exclusiva de la mezcla prosperaban; el muchachito que casi me había atropellado con su triciclo en el pasillo del Hospital, no había comido nada más que INCAP 8 durante ciento diez días y cada vez estaba más fuerte.

Antes de que el INCAP 8 pueda ser puesto en producción comercial, es necesario resolver una cantidad de problemas legales, diplomáticos, comerciales, sociológicos y científicos. Un problema importante es el del contenido de aminoácidos de la mezcla.

Todas las proteínas alimenticias, me explicaron los dietistas del INCAP, están constituídas primordialmente por combinaciones de aminoácidos; cuando un ser humano come, las moléculas proteínicas que ingiere deben ser desdobladas en sus aminoácidos básicos, con lo que se reconstruyen las proteínas humanas. Se han identificado bioquímicamente veintitres aminoácidos, desde que se inició la tarea en este terreno hace medio siglo; de éstos, solo ocho parecen ser necesarios para los seres humanos, y todos ellos deben estar presentes al mismo tiempo y en ciertas proporciones durante la digestión o no se forman moléculas proteínicas.

El equipo de investigación de la INCAP ha estado llevando a cabo experimentos que arrojan alguna luz sobre la importancia de la proporción entre los aminoácidos. En una de las pruebas, niños convalescientes de *kwashiorkor* fueron alimentados con una dieta básica

de harina de maíz, y se midió el porcentaje de nitrógeno que retenían. Cuando a la dieta base se agregó triptófano, aumentó el porcentaje de retención; al agregársele lisina, se notó otro aumento, pero sin embargo, cuando se agregó metionina, el porcentaje de retención cayó; bajó aún más cuando se adicionó valina, pero subió el golpe al agregar isoleucina. Los investigadores, habiendo demostrado así los efectos diversos y posiblemente adversos, de utilizar demasiado de alguno de los aminoácidos en la combinación, están ahora tratando de encontrar el equilibrio ideal.

Entretanto, se están realizando estudios para ver la forma de autorizar la producción comercial del INCAP 8, en la que están interesados varios fabricantes. El interés primordial de INCAP es que, cuando quiera que se produzca comercialmente la mezcla, lo sea a un precio y con un sistema de distribución que la haga disponible para aquellos que más la necesitan, de manera que el *kwashiorkor* pueda ser eliminado como amenaza para millones de niños.

6

La situación de Centroamérica con respecto a las afecciones coronarias es el reverso de la medalla de la de Estados Unidos y Europa Occidental. En estas últimas zonas y en los grupos de mayores ingresos en la mayor parte de los demás países, las afecciones cardíacas son una de las causas de muerte más comunes, pero no así en Centroamérica: allí particularmente entre los pobres, los ataques al corazón son casi desconocidos.

Esas diferencias se atribuyeron en un principio a estadísticas deficientes, pero las investigaciones han demostrado que son reales. Se recolectaron arterias de los cuerpos de casi mil personas de Guatemala y de Nueva Orleans: comparándolas, los hombres de ciencia descubrieron que las arterias de los residentes de Nueva Orleans comenzaban a endurecerse de veinte a treinta años antes que las del grupo de Guatemala. Esas diferencias no podían ser explicadas por factores raciales, pero parecían ser paralelas a las diferencias en las formas de vida de las personas que intervenían, incluyendo diferencias en la dieta. La identificación de esas diferencias, y su papel para determinar la edad en la que se instala la arteriosclerosis, son de una importancia obvia. Solamente una organización como la OMS, con representantes en todas las zonas del mundo, puede estimular la recopilación necesaria de datos y su comparación, de tantos países diferentes.

La amenaza del bocio endémico, que ahora está bien en camino de ser eliminado en América Latina, fue descubierta justamente mediante una compilación semejante de estadísticas. El bocio endémico es la hipertrofia o agrandamiento de la glándula tiroides, que ocurre en las personas que viven en áreas donde el suelo, y por consiguiente los alimentos y el agua, carecen de yodo. El bocio endémico no fue reconocido como un serio problema sanitario en América Latina hasta 1950, cuando un consultor de la OMS, el Dr. O. P. Kimball, enseñó la técnica de la inspección del bocio endémico a asistentes sanitarios en varios países.

Los resultados de sus programas iniciales de investigaciones fueron sorprendentes; los alumnos del Dr. Kimball descubrieron que en Perú el bocio afecta a más de la mitad de los niños del país. En El Salvador, Honduras y Nicaragua, lo sufría cerca de un tercio de la población. Guatemala era la más afectada de todas las repúblicas centroamericanas. Sólo existía un departamento en el país donde tuvieran perturbaciones tiroideas menos del 20 por ciento de la población, y para todo el país la cifra era del 38 por ciento. Muchos de los atacados se descubrió que eran sordomudos, débiles mentales o, en casos extremos, cretinos.

Teóricamente el bocio endémico es una de las condiciones sanitarias más fáciles de evitar; todo lo que se necesita es agregar yodo al abastecimiento de sal común. Esto, por supuesto, es lo que se hace en los países tecnológicamente avanzados, pero el procedimiento de yoduración está basado en la producción moderna en gran escala de sal, y requiere que la sal sea refinada y esté seca; la sal debe ser envasada en paquetes a prueba de humedad o si no el yodo desaparece pronto.

En muchos países latinoamericanos, la sal es cristalizada partiendo del agua de mar por pequeños productores, a veces por familias migratorias que cada año se trasladan hasta el mar para hacer sal por unas cuantas semanas, luego cruzan penosamente el país, vendiendo la sal en bruto, húmeda, de pueblo en pueblo. Hay pocas posibilidades de que se les pueda enseñar a yodar esa sal, cuyo costo aumentaría considerablemente, y el producto resultante será tan diferente de la sal a la que está acostumbrada la gente, que probablemente evitarían usarla.

El jefe anterior de la Sección Nutrición de la OMS, Dr. Frederick Clemens, había previsto este problema, pidiéndole al INCAP que ayudara en el desarrollo de formas alternativas de agregar yodo a la sal en bruto. Dos médicos del INCAP, uno de Guatemala y otro de El Salvador, llevaron a cabo experimentos que demostraron que el yodato

de potasio era tan efectivo como el tradicional yoduro de potasio, para reducir la incidencia del bocio en los escolares. El INCAP obtuvo una planta piloto y probó agregar yodato de potasio a la sal en bruto centroamericana, sometiendo luego a esa sal a variaciones de temperatura y de humedad; la dejaron al aire libre durante días en bolsas de arpillera. Cuando analizaron la sal, descubrieron complacidos que el agregado era estable: el yodato estaba presente aún.

Varios países de la zona han aprobado leyes exigiendo la yoduración de toda sal para consumo humano, y otras naciones latinoamericanas están estudiando leyes similares. Todo induce a creer que el bocio endémico será eliminado como problema de salud pública en los próximos años.



BOSQUEJO SOCIO-ECONOMICO DE
EL SALVADOR Y CONTROL DE LA
NATALIDAD

MELITON BARBA

No es la superpoblación la que crea y mantiene el hambre en ciertas zonas del mundo, sino que es el hambre el que origina la superpoblación

JOSUE DE CASTRO

La población rural de nuestro país se compone casi exclusivamente de campesinos. La población urbana crece constantemente a expensas de los mismos campesinos que acuden a los centros urbanos desplazados por la falta de ocupación en el campo —los más— y en busca de mejores horizontes los menos. Pero la realidad es que más del 70% de nuestra población está compuesta por campesinos.

Hombres dueños de sus tierras y cosechas, poseedores de una religión propia y politeísta y artífices de una maravillosa cultura, fueron convertidos por los invasores de España, en prisioneros de su propia

patria, esclavos de su propia tierra y creyentes fanatizados de una nueva religión, ahora monoteísta.

Este hombre antes libre y ahora esclavo ha visto con desesperación pasar generaciones y generaciones sin ningún cambio positivo para su bienestar. Ha visto como sus abuelos fueron labradores de la tierra, hambrientos, incultos, descalzos y enfermos y observan como sus nietos siguen la misma rutina de sus antepasados: hambrientos, incultos, descalzos y enfermos, sin otro porvenir más que el que les promete su nueva deidad, cual es la felicidad en el más allá, si han cumplido a cabalidad con todos los nuevos preceptos religiosos y sus dogmas.

Y ven deslizarse la vida sumidos en la penumbra de la ignorancia, viviendo en un rancho de paja y barro sin luz eléctrica, sin agua potable que beber, en tapexcos de madera para descansar sus agotados cuerpos las pocas horas que le deja libre la dura jornada cotidiana, sin música que escuchar, más que la del buho noctámbulo, el grillo dicharachero y el canto de los sapos y ranas que quedan en los charcos con que los rodea el invierno, sin ropas para cubrir sus desnudos cuerpos llenos de parásitos, hinchados de hambre, los pulmones repletos de tuberculosis, las venas vacías de sangre y el alma callada, triste, esperando la muerte para poder gozar las delicias de la otra vida. Pero al fin hombres y al fin salvadoreños. Se aferran a la vida como el roble a la tierra y quieren legar algo a su patria y no pueden porque todo lo han perdido. Perdieron su libertad, perdieron su tierra y sus cosechas, perdieron su cultura, perdieron sus creencias. Y ese amor a la patria que se hereda quién sabe de quién ni de dónde, lo hace buscar algo con qué regalar a su tierra y lo único que puede dejarle son sus hijos. Un hijo, dos hijos, varios hijos. Ovulos fecundados que mueren en el vientre materno por falta de alimentos y cuidados normales. Retoños que se mueren al momento del parto por falta de asistencia médica, de medicinas, de hospitales. Niños mal nutridos que apenas han logrado pasar esas primeras barreras infanqueables de miedo, mueren víctimas de la diarrea infecciosa, la avitaminosis, la desnutrición y el hambre aguda. Niños en fin que pudiera decirse que no tienen derecho a la vida, porque nadie se preocupa, nadie los protege, nadie los ayuda. Y ve morir a sus hijos con resignación cristiana y quiere dejarle algo a la patria.

Y es que el campesino nuestro tiene esperanzas en su hijo. No madura la idea de verlo robusto y sano. No piensa jamás que su prole destaque en las letras, artes o ciencias. La esperanza que alberga es que su hijo desde que tiene seis años le ayude en los quehaceres de la casa, le ayude en la faena y comience a ganar veinticinco centavos diarios co-

mo guía de la yunta con que horada la tierra para que de sus frutos se aprovechen los otros. Esa contribución monetaria que aporta la criatura es algo que sirve para mitigar un tanto su neblina. Esas y otras razones son lo que conducen a nuestro hombre del campo a su tenaz insistencia para tener hijos, luchando como hemos visto contra todo y contra todos. Necesita de sus hijos. Son su ayuda. Así como necesita al perro que le cuida el rancho, que ahuyenta las vacas, que le caza conejos.

La clase obrera ocupa más o menos el 25% de la población. Ella está compuesta en un buen porcentaje por campesinos desplazados de la zona rural a causa de la desocupación en el campo, y son los que ocupan las plazas menos remuneradas y los trabajos más pesados. Ellos son los mozos de la construcción, mozos de las empresas de transportes, jardineros, serenos, mozos de cordel, cortadores de grama, recogedores del tren de aseo, etc. Los obreros propiamente dichos y los pequeños artesanos, estos últimos que tienden a desaparecer con la industrialización del país. Esta gran masa laborante está compuesta por hombres y mujeres, pues la clase obrera femenina es de una marcada importancia en nuestros días, pues la mujer del obrero ya no es el ama de casa que cuida los asuntos del hogar, sino que se convierte en obrera.

Este gran porcentaje de trabajadores explotados como mano de obra barata, son los habitantes asiduos de los mesones, de esos hacinaderos inmundos en donde el hogar lo constituye una habitación de bahareque y un baño común para todas las familias habitantes del mesón. Es en esa promiscuidad espantosa en donde crecen las hijas de los obreros, conviviendo con niños de su misma edad, pero también con hombres, cuyos apetitos sexuales se exaltan ante la presencia de las adolescentes escolares que por esa enorme y asquerosa promiscuidad tienen algunas veces que mostrar, sin proponérselo, lo más sublime y maravilloso de su cuerpo. Así se desarrolla esa niñez que crece oyendo pláticas de tragos, de sexos, de prostitución. En esos mesones habitan, no pueden evitarlo, las desdichadas hembras que han caído como consecuencia de esta misma sociedad injusta en que vivimos, las prostitutas. Así crecen estas niñas, que luego van a engrosar las filas de nuestras obreras en las fábricas, sin la esperanza jamás de salir de ese miserable medio en que se encuentran. Es allí donde nace el amor y es allí donde caen, unas para seguir cayendo ariastradas por esa vorágine de miseria y espanto para sumarse a las ya numerosas legiones de "muje-

res malas” y otras para convertirse en madres amantes, en madres amorosas, pero siempre para ver crecer sus retoños en la inmundicia, en el suelo de barrio, en la pieza de bahareque, en los baños comunes, haciendo sus necesidades primordiales en escusados de hoyo. No hemos tomado en cuenta la gran masa laborante que habita en las colonias hormigas, de casas de cartón, de latas, que habitan en las orillas de los arenales, con “servicios higiénicos” al aire libre.

Es en estas mujeres en donde el aborto llamado criminal se ha extendido bastante. Es aquí en donde quieren hallar su excusa los propugnadores del control de la natalidad, al encontrar un gran número de abortos, muchos de ellos en tiernas madres que apenas han comenzado a salir de la adolescencia. Pero estos mismos señores son incapaces de ponerse a estudiar las causas fundamentales de estas interrupciones de los embarazos. Cierran los ojos ante la objetividad de esta horrenda miseria, causa sociológica importante y definitiva de lo que tanto les alarma: esas masas de mujeres que tienen que acudir a las clínicas del estado para ser atendidas de sus hemorragias uterinas. No se alarman, claro está, de los innumerables casos de abortos de empleadas y de niñas de la clase media alta, que asisten a las clínicas privadas, porque ellas dejan sus dividendos a los numerosos médicos que ahora son los guías de esta tenebrosa campaña de control natal.

De esos mesones salen las grandes legiones de hombres que llenan nuestras cárceles y penitenciarias. Son estos hombres y mujeres los llamados a ocupar nuestras camas de hospital con hechos de sangre como consecuencia directa de alcoholismo agudo y crónico que sufre nuestro pueblo y son ellos también los que pasan esperando que haya cama lista para ir a pasar varios meses a nuestros raquíticos hospitales de tuberculosos, porque es esta clase obrera la más azotada, como consecuencia lógica y natural del mesón y sus derivados, por el tenebroso flagelo blanco.

Los neomaltusianos no quieren entender que es la miseria la que causa esa gran cantidad de casos de embarazos frustrados por la sonda criminal.

Sin estar de acuerdo con el Dr. César Emilio López en las conclusiones a que llega en su obra “Obstetricia Social”, su contenido nos parece interesante y de ella obtenemos algunos fragmentos. Dice: “una de las causas del aborto y parto prematuro espontáneos en la mujer del pueblo son los oficios de cargadoras y lavanderas; a diario vemos en las calles alledañas a los mercados y en las riberas de los ríos, mu-

jeas embarazadas que llevan en la cabeza enormes canastos con carnes, verduras y toda clase de comestibles o enormes envoltorios de ropa lavada. Ese exceso de carga y el abuso immoderado de ejercicios corporales forzando la pelvis, el abdomen y los miembros para mantener el equilibrio, las exponen al aborto y al parto prematuro espontáneo. Se ha calculado que el máximo de peso que puede llevar en un vehículo impulsado por la gestante, no debe pasar de 25% kgs. Si a esto agregamos que estas mujeres no descansan el número de horas indicadas para su estado, de ocho a diez horas diarias, ya hemos completado todas las posibilidades de que pierda su gravidez en cualquier momento”.

Continúa el Dr. López: “otro problema frecuente: estas mujeres por su nula cultura, no consultan a ningún médico ni recurren al hospital cuando el aborto es de pocas semanas, solicitan servicios hospitalarios solamente cuando la hemorragia es incontrolable por las medicinas caseras o cuando tienen infección. Así se suceden en la misma mujer numerosos abortos por el ejercicio muscular inadecuado a su estado o por una caída con la carga pesada que llevan en la cabeza. Estas pérdidas frecuentes y los numerosos legados, transforman la mucosa del útero en un medio inadecuado para la anidación del huevo, favorece los embarazos ectópicos por la misma causa y el parto a término se hace difícil por no decir imposible.

En las fábricas sucede otro tanto con las obreras: no declaran su gestación hasta que no la pueden ocultar por temor a perder el empleo, y siguen en el desempeño de su oficio aunque sea peligroso por las máquinas que manejan o por el esfuerzo que necesitan, permaneciendo de pie por largas horas o exponiendo el abdomen a diversos traumatismos.

Las obreras en general y aun las embarazadas, carecen de protección legal en los talleres donde laboran, si existiera esa legislación, se evitarían los accidentes de trabajo que interrumpen la preñez en forma de aborto o de parto prematuro, pues la declaración de gravidez de la obrera, comprobada por el médico de la fábrica, obligaría al cambio de trabajo y no a la suspensión. La mujer que va a ser madre tiene derecho a trabajar para ganarse el sustento y el de sus hijos, pero ese trabajo debe amoldarse a las características fisiológicas particulares de la mujer gestada y a su papel esencial en la propagación de la especie, si la mujer en general debe gozar de protecciones especiales por su condición física inferior a la del hombre, en el estado de embarazo esas protecciones deben aumentarse, por eso debe legislarse para protegerlas dentro y fuera de su trabajo”.

El Dr. López nos está señalando un gran porcentaje de casos de interrupciones de embarazo que en nuestros hospitales de maternidad no son investigados, puesto que allí toda mujer que llega sangrando por un aborto es considerado como aborto criminal, exceptuando aquellos casos en que es muy visible la causa que los ha originado. Un gran porcentaje de abortos se presentan en mujeres palúdicas, parasitarias o con estado gripal, además de aquellos abortos tóxicos que se suceden en las fábricas por las emanaciones de las sustancias industriales. Otra causa que tampoco se investiga en nuestros medios hospitalarios es el alcoholismo, tan extendido ahora al sexo femenino. La paciente que llega a nuestros hospitales de maternidad con un sangramiento por aborto, es examinada clínicamente por el practicante de turno y legrada por el médico interno ese mismo día o al siguiente, sin mayor interrogatorio o investigación científica adecuada.

Pero es sumamente importante poner atención a las cifras que tomamos de Obstetricia Social, que nos dice que el 71% de los abortos obedecen a causas pecuniarias, el 20% a razones que él llama morales y el 9% a razones puramente médicas.

Es lamentable, es doloroso decirlo pero es la verdad, que nuestra mayor cantidad de abortos se produce por causas económicas. Son nuestras madres angustiadas porque no quieren ver en su próximo hijo el reflejo de los anteriores, que si logran pasar la barrera de la muerte por inasistencia médica, se conviertan en niños lustra-botas, limpia-carros, canillitas, o rateros.

Aureliano Rodríguez Lanetta dice: "Lo que pasa es que nadie tiene valor de aceptar públicamente que el factor económico se transforma forzosamente en una indicación médica del aborto; desde hace medio siglo se esgrimen los mismos argumentos contra la desnatalidad, argumentos elaborados en el escrito del moralista, del sociólogo, del político o del filósofo, sin tomarse el trabajo de visitar el tugurio, la pocilga, el prostíbulo, el hospital y el manicomio, para comprobar si esos argumentos tan llevados y traídos, están de acuerdo con la realidad, con la inmoralidad que roe las carnes del bajo pueblo, con la desnutrición de esos hijos, con el hambre de las familias paupérrimas que las empuja indudiblemente a la desnatalidad voluntaria".

Esta gran masa humana que habita en los ranchos de pajas y los mesones, constituye cerca del 95% de nuestra población. Nadie ignora las condiciones de abandono social en que se desenvuelven y con qué angustias y penurias ven crecer a sus hijos famélicos y harapientos. Las condiciones económicas de nuestro pueblo son verdaderamen-

te lamentables y todos, absolutamente todos los ciudadanos conscientes del país, están acordes en que aquí se necesitan cambios estructurales profundos para corregir esta anómala situación. Algunos sectores, conocidos reaccionarios de la Patria, reconocen la profunda miseria en que nos desenvolvemos. La iglesia misma está cambiando sus concepciones feudales por conceptos sociales más acordes al momento revolucionario que está viviendo el mundo. Los sectores moderados y revolucionarios están luchando cada quien a su modo por tratar de reestructurar esta Patria dolorosa y mustia. Es decir que todo el mundo reconoce que la cuestión es de orden económico. Que las transformaciones sociales son necesarias y que no existe fuerza alguna capaz de detener el avance de las corrientes progresistas que buscan una transformación social más justa y más noble. Sólo los neomalthusianos quieren tapar el sol con un dedo. Sólo ellos son capaces de creer que habrá un mejoramiento de la sociedad salvadoreña, deteniendo o anulando la maternidad. Sólo las mentes obtusas de dichos personajes, son capaces de creer que manteniendo el mismo estado de hambre e incultura, de hacinamiento y mugre, se puede mejorar la sociedad, con el solo hecho de controlar la natalidad. Debemos tener plena conciencia de nuestro estado de cosas y luchar porque cambien las condiciones económicas

La discusión sobre el control de la natalidad tomó actualidad internacional a fines del siglo XVIII, cuando un Economista inglés, Tomás Roberto Malthus expuso su teoría de que la población crece en proporción geométrica y la producción de alimentos en proporción aritmética. Según estos argumentos, existe un callejón sin salida de una producción insuficiente para las necesidades alimenticias de la población. Faltó a las teorías de Malthus el necesario fundamento científico, ya que el crecimiento está en la estricta dependencia de los factores políticos y económicos. La idea malthusiana de la ley natural del crecimiento fue refutada por los científicos, Marx, Fourier, Proudhon, Engels, Kausky y otros quienes demostraron que sólo existen tendencias o ciclos demográficos históricos que cambian de un período a otro de acuerdo con los tipos de organización social. Estos científicos, pues, demostraron lo artificioso de la teoría malthusiana. Posteriormente ha sido la historia la encargada de desmentir completamente la aterradora tesis del economista inglés.

Actualmente vemos que si bien es cierto que algunos países como la India, China y Centroamérica, mantienen un elevado índice de creci-

miento demográfico, Europa Occidental, Africa y América del Norte, se mantienen en un equilibrio transicional. Norstein manifiesta que Australia y Nueva Zelanda alcanzan un estado de declinación incipiente de la población.

La doctrina de Malthus ha sido pues completamente desmentida por la evolución real según el notable demógrafo Ferenczi, quien además afirma que el fantasma levantado por Malthus se derumbó. El Dr. W. R. Aykroyd, quien fue Director de la División de Nutrición de las Naciones Unidas para la alimentación y la agricultura, escribe lo siguiente: “¿Cómo se explica entonces, que esa teoría sepultada bajo los escombros de sus profecías aterradoras, se haya desenterrado en nuestros días y con sus materiales se haya estructurado una nueva profecía, aún más aterradora: la del próximo fin del mundo despoblado por el hambre en masa? ¿Es que existen en el momento actual condiciones de receptividad colectiva muy semejantes a las del viejo Malthus?” El economista inglés vivió una fase revolucionaria —era de la revolución industrial— y por lo tanto una fase de inquietud y de inseguridad del futuro, fenómeno que se repite, aún en mayor escala, en la revolución social de nuestros días. Josué de Castro, ese notable médico, geógrafo, economista y antropólogo brasileño, apunta: “los neomalthusianos que han afirmado que el mundo vive famélico y está condenado a perecer a causa de una epidemia total de hambre porque los hombres no fiscalizan de manera adecuada los nacimientos de los nuevos seres, no hacen sino atribuir la culpa del hambre a los propios hambrientos. Aumentando la presión demográfica del mundo merced a su delirio reproductivo, esos pueblos famélicos son, a su manera de ver, pueblos criminales: Criminales culpables de ese horrible y tremendo crimen de pasar hambre”.

Los neomalthusianos afirman que dentro de 300 años la población del mundo habrá llegado a los 21.000 millones de habitantes. Ese cálculo tiene tanto valor como los del propio Malthus, que la historia se encargó de desmentir, puesto que las alteraciones sociales que sucederán inevitablemente en los próximos tres siglos, podrán determinar en lo que respecta a la marcha de la población mundial, tanto un aumento como una disminución de su efectivo actual. Así mismo los neomalthusianos afirman que la producción de alimentos ya no puede ser aumentada, siendo ésta otra idea de tipo alarmista sin ningún fundamento científico. Olvidan ellos que del 50% de los suelos del planeta aptos para cultivarse, apenas 10% producen en la actualidad, faltando todavía un 40% para ser utilizados en la lucha contra el hambre.

El comité especial de la FAO en 1946, llegó a la conclusión de

que en 10 años, es posible aumentar la producción de trigo en la India, en un 30% mediante el uso de fertilizantes, mediante el uso de nuevas variedades y mediante la protección adecuada contra las plagas. En el libro *la Geopolítica del Hambre*, se afirma que Inglaterra producía apenas los dos quintos del total de sus necesidades alimentarias y recibía los otros tres quintos a través de la importación. Apremiada por el bloqueo marítimo, elevó su producción hasta atender las cuatro quintas partes de las necesidades nacionales. En esas condiciones excepcionales, se verificó el sorprendente resultado de que la situación alimentaria de Inglaterra, en lugar de empeorar durante la guerra, mejoró grandemente, y al fin del conflicto sus cifras de desnutridos habían bajado de modo sensible.

Los neomalthusianos continúan pensando que es más importante mantener sus altos estandars de vida y socialmente ciertos privilegios de clase, que combatir el fenómeno del hambre en el escenario universal. Ellos siguen considerando que es más fácil exterminar la población que viene, en vez de afrontar la apremiante necesidad de iniciar una batalla por el exterminio del hambre

A pesar de que científicamente queda demostrada la falsedad de argumentos que propugnan por el control de la natalidad, dicha teoría toma nuevamente actualidad y crece su discusión, pero como antes, no crecen sus argumentos. La discusión por tanto se vuelve rigurosamente científica, puesto que los neomalthusianos deben demostrar, como lo sostienen, que hay muchas bocas en el mundo para alimentar y muy poco alimento para ser proporcionado. Deben por tanto desaparecer los argumentos sentimentales y los floridos pseudo científicos. Nosotros siempre hemos sostenido que son los demógrafos, geógrafos, economistas, médicos, sociólogos, agrónomos, veterinarios, etc. quienes tienen la palabra en este asunto y por eso hemos pugnado porque en nuestro país este debate se haga a una altura académica, desde un plano eminentemente científico, donde se demuestren con hechos, con números, con estadísticas, que es necesario cercenar nuestra mayor riqueza, cercenar nuestra familia, mermar nuestro crecimiento demográfico. Si después de una verdadera discusión, de un estudio profundo, de un análisis exhaustivo, se llegara a concluir la necesidad de ese absurdo control de la natalidad, nosotros, como ciudadanos conscientes, como médicos, como personas interesadas en el bienestar de nuestro pueblo, estaríamos dispuestos a aceptarla. Pero he aquí que en nuestra patria, sin estudios de ninguna clase, sin oír los argumentos de los que somos opositores de la teoría neomalthusiana, en

nuestro país digo, se está llevando a cabo dicho control. Por eso pedimos a gritos una discusión amplia, para oír argumentos valederos que puedan convencernos de que son los neomalthusianos quienes tienen la razón. Pero ni las discusiones vienen ni los argumentos se oyen, y sin embargo, llevados quién sabe por qué razones hasta ahora ocultas, los neomalthusianos salvadoreños, han transformado esa teoría absurda en realidades, puesto que ese control, es un hecho en nuestra patria. Y por eso protestamos. Y por eso pedimos que se nos oiga. Y por eso ocupamos ahora esta tribuna, para orientar con nuestras modestas capacidades, al soberano de la Patria que es el pueblo.

Pero los neomalthusianos llevan sus designios funestos más allá. Porque si bien es cierto que una de sus argumentaciones es la superpoblación en El Salvador, ¿por qué, nos preguntamos nosotros, la están llevando a cabo en uno de los países más deshabitados de la tierra como es Honduras? ¿Qué clase de argumentos a su favor tienen para cercenar a la familia hondureña? Allí no pueden argumentar que está superpoblado, porque nadie ignora que la tierra de Morazán, con sus grandes extensiones de terreno apenas sobrepasa la cantidad de un millón de habitantes y nadie puede ignorar que uno de los factores del subdesarrollo hondureño, lo constituye precisamente la falta de brazos para labrar la tierra, para aumentar su industria, para desarrollar sus maravillosas riquezas del subsuelo y sus inigualables costas marítimas. Estos contrastes en que caen los seudocientíficos del neomalthusianismo, nos abren muchas incógnitas imposibles de resolver por el momento pero que nos dejan la inquietud de la investigación necesaria

En la hermana República de Honduras, en el último Congreso Médico Nacional, obtuvimos el dato proporcionado por el Jefe de esta campaña exterminadora de que TREINTA Y SEIS MIL MADRES SE ENCUENTRAN esterilizadas por los diferentes métodos que emplean en esta campaña genocida. Esta hermana mayor, saqueada hasta la saciedad por los consorcios de la United Fruit Co. está siendo además devastada por sus mismos malos hijos, quienes atendiendo órdenes y cumpliendo mandatos funestos se han empeñado en esa campaña fratricida

Es realmente paradójico que quienes argumentan la superpoblación para sus campañas de exterminio de la población futura, la lleven a cabo en una de las regiones menos habitadas de la tierra.

Todos los investigadores son conscientes de que no es la superpoblación la que crea y mantiene el hambre, sino que es el hambre la

que origina la superpoblación. Los médicos sabemos que los individuos que sufren de hambre crónica, mantienen un estado de depresión y apatía, al que se suma la tristeza como signo emocional. Esto es lo que llevó al antropólogo Ramos Espinoza a afirmar que el pueblo mejicano para vencer su inapetencia cauteriza la boca y el estómago con chile, a fin de producir una sensación refleja de saliva que simula la provocada por el buen apetito. Y nadie ignora que un pueblo crónicamente famélico, pierde los impulsos que conducen al hombre a la actividad y por lo tanto su rendimiento en el trabajo disminuye. Así mismo todos los fisiólogos reconocen unánimemente que existe una especie de competencia entre los dos instintos: el de nutrición y el de reproducción; y toda vez que uno de ellos está disminuido, el otro inmediatamente se exalta. Psicológicamente, el hambre crónica determina la exaltación de las funciones sexuales como un mecanismo de compensación emocional.

El investigador Slonaker sometió un grupo de ratones a dieta de diferentes tenores proteicos durante seis generaciones y pudo observar que los ratones machos sometidos a un régimen que contenía apenas un 10% de proteínas se mostraban estériles en 5%. Aumentándoles su ración proteica de 18 a 22% la esterilidad subía respectivamente de 22 a 40%. Pudo asimismo observar que con el 10% de proteínas cada ratón producía un promedio de 23.3 hijos, con 18% de proteínas 17.4 hijos, y con 22%, apenas 13.8%. Estas cifras demuestran cabalmente que a medida que la dieta mejora en contenido proteico disminuye la capacidad reproductora. Con la raza humana ocurre idéntico fenómeno. Así vemos cómo en Extremo Oriente, Africa y América Latina, se registran los más altos índices de natalidad. En cambio entre las poblaciones mejor alimentadas como son Europa Occidental, Estados Unidos, Australia, Nueva Zelandia y la Unión Soviética, se registran los más bajos índices de natalidad. Los doctores Anton Carlsson y Frederick Hoelzel de la Universidad de Chicago, realizaron experiencias con ratas, a través de las cuales quedó demostrado que los más altos coeficientes de esterilidad se dieron en un grupo de dieta rica y abundante, mientras que los más bajos coeficientes de esterilidad, se presentaron en un grupo sometido a una dieta pobre y poco abundante. La influencia del tipo de dieta sobre la fertilidad se puede comprobar con el informe del profesor MacGinitie, del Instituto Tecnológico de California. Las palabras de Webster Johnson y Raleigh Bailowe, son las siguientes: "Es un hecho desconcertante que en las regiones donde el aumento de la población ha sido más rápido, esa población dispone apenas aproximadamente 2.000 calorías per cápita

diariamente. Parece, pues, que esta dieta inadecuada está asociada con la fertilidad humana”.

Pero ahora enfoquemos el Control de la Natalidad desde el punto de vista legal. Nosotros los salvadoreños nos regimos por un estatuto jurídico que es nuestra Constitución. En ella, tal como lo apunta en un artículo reciente el brillante médico salvadoreño Roberto Bracamonte, el artículo 179 es categórico: Oigámoslo: “La familia como base fundamental de la sociedad, debe ser **PROTEGIDA** especialmente por el Estado, el cual dictará leyes y disposiciones necesarias para su mejoramiento, para fomentar el matrimonio, y para la protección y asistencia de la maternidad y de la infancia”. Mas claro no puede estar. En él se está estipulando el derecho inalienable a la vida de todos los seres que nazcan en nuestra patria. En él se está exigiendo la protección y asistencia de la maternidad y de la infancia. Los neomalthusianos, ¿acaso están cumpliendo este requisito constitucional, cuando no solo proponen sino que llevan a cabo la inmisericorde tarea de cercenar nuestros nacimientos? ¿Qué clase de protección llevan a cabo para la familia salvadoreña al querer disminuir o aniquilar nuestra mayor riqueza como son los hombres del futuro?

El profesor Gilberto Loyo, consejero de la Dirección de Estadística de Méjico en reciente artículo publicado nos dice: “En América Latina es característica general la elevada tasa de crecimiento natural, que no debe relacionarse con la superficie del territorio de cada país, sino con la superficie cultivada y con la que fácilmente se pueda abrir al cultivo, así como con otros factores naturales relacionados con la agricultura, la ganadería, la forestería y la pesca, la minería y con el grado de industrialización y también con los niveles de la técnica. Si se consideran las características geográficas, humanas, tecnológicas, económicas e institucionales que en cada uno de estos países generan obstáculos al desarrollo económico y entre ellas se quiere incluir la alta tasa de crecimiento natural, por una parte y, por otra algunas características de estas poblaciones como el analfabetismo elevado, el reducido número de personas con grados medios y superiores de instrucción, la insuficiencia de técnicos y de obreros calificados y las altas proporciones de técnicos y de obreros calificados y las altas proporciones de población económicamente inactiva por razón de su edad (niños y adolescentes sobre todo), para no tomar en cuenta características que no sean demográficas, se podrán conocer y estimar los efectos de la fuerte tasa de incremento natural y también de las características demográficas, que se han indicado. De este estudio se podrá obtener un conjunto de observaciones válidas para orientar una política o una actitud social y

gubernamental referente a la población, que no sea producto de un simple temor malthusiano ni tampoco de despreocupación o infundado optimismo”.

El ilustre profesor G. Mortara en su estudio “Expansión Demográfica y atraso económico en la América Latina” dice: “Se puede observar que, aún en el último decenio, la tasa media geométrica anual de incremento demográfico de la América Latina (2.56%) ha permanecido netamente inferior a 3%, y que en países bien dotados de recursos naturales, no debería ser difícil, con los medios ofrecidos por la técnica moderna, conseguir incrementos anuales de producción de este orden y también mayores y por tanto capaces de consentir el mejoramiento del nivel de vida. En los Estados Unidos un incremento de población poco menos rápido, en el curso de cuarenta años desde 1870 a 1910 (tasa media geométrica 2.20%), no puso obstáculo al progreso económico, antes bien aceleró la marcha”

El mismo Profesor Loyo nos dice: “Tiende a reducirse la fecundidad como consecuencia de los fenómenos de emigración de los campos y de los pequeños poblados a las ciudades medianas y grandes, y de los procesos de “urbanización” de estos inmigrantes en los centros urbanos, que algunos sociólogos llaman “urbanización cultural”, y que consisten en modificaciones de actitudes individuales y familiares y de costumbres, de nuevos valores morales y materiales, de cambios en las ocupaciones, preferencias y aspiraciones de los llegados del campo y de los pequeños poblados. Esas modificaciones son resultantes a su vez de cambios en la vida material y en el ambiente cultural. El otro factor reductor de la fecundidad es la industrialización.

Dentro de pocos decenios no será extraño, ni parecerá absurdo hablar de planeación hispanoamericana. Quizás se llegue a hablar y a trabajar, antes de que este siglo termine, de planeación económica de este hemisferio. Ya ahora Europa Occidental comienza a dar los primeros pasos en términos de planeación europea.

En los próximos lustros se darán pasos firmes en materia de planeación internacional. Esto será en la medida en que los principios de la Carta de las Naciones Unidas y la Declaración de los Derechos del Hombre de dicha Organización mundial, vayan prevaleciendo en la conciencia de los grupos y clases sociales que predominen en los Gobiernos.

Los progresos de la planeación económica internacional fortalecerán la verdadera solidaridad y la amistad entre pueblos y Gobiernos y,

desde el punto de vista de la ayuda de los países altamente desarrollados a los menos desarrollados, en forma de créditos y de asistencia técnica, y sobre todo de equidad en los términos del intercambio comercial, podrían beneficiar a las naciones subdesarrolladas de América Latina, Asia y África

La llamada "explosión demográfica" sigue diciendo Loyo, es como un factor de secundaria importancia obstáculo al desarrollo económico por las deficiencias cualitativas de las grandes masas, sobre todo las deficiencias culturales que aminoran mucho la potencia real de la fuerza humana de trabajo de los países atrasados, y por la estructura económica y social

Si se resuelven estos problemas de insanas e injustas relaciones de comercio internacional, si las clases privilegiadas y sus Gobiernos entienden los problemas actuales y los pueblos presionan suficientemente y las necesarias y verdaderas reformas sociales y económicas se realizan en los países pobres, se acelerará su desarrollo económico y su ritmo de crecimiento demográfico comenzará a disminuir al elevarse los niveles de vida y de instrucción de grandes masas. Entonces el fantasma de la llamada "explosión demográfica" se irá desvaneciendo a paso y medida que el progreso económico con justicia social vaya dando, a la mayoría de los seres humanos, nueva conciencia social y un sentido vital enriquecido por la paz y ennoblecido por el trabajo

Es necesario que sepan los neomalthusianos, que el mundo es capaz de albergar una humanidad varias veces más grande que la que ahora tenemos, sin tocar para nada la superficie de tierras cultivables y que los recursos de producción de toda la tierra, empleados adecuadamente, mejorando las técnicas agrícolas, extrayendo del mar sus innumerables y múltiples productos, protegiendo adecuadamente toda clase de ganadería, fomentando granjas avícolas, mejorando la producción porcina, etc., es capaz de alimentar a la humanidad entera multiplicando su número de habitantes por varias decenas de veces, eso sin tomar en cuenta que el cerebro del hombre es la máquina creadora más maravillosa que existe, y si alguna vez este bello planeta que habitamos resulta insuficiente, el hombre será capaz de llegar a otros puntos de nuestra galaxia o podrá crear con sus manos otro mundo, para no dejar perecer al hombre mismo.

Dr. Melitón Barba.
San Salvador, El Salvador, C. A

CATALOGADO

ASPECTO SOCIO ECONOMICO DEL CONTROL DE LA NATALIDAD

ROBERTO LARA VELADO*

1) — GENERALIDADES

El problema del control de la natalidad constituye un tema de palpitante actualidad en el mundo de hoy día; lo es aún más entre nosotros, por las circunstancias peculiares del presente momento que vive El Salvador, en efecto, nuestro país tiene una densidad de población de más de 125 habitantes por kilómetro cuadrado, una de las mayores del mundo y, sin discusión alguna, la más alta de América Latina; el índice de crecimiento de nuestra población es de 3.5% al año; basta considerar que, solamente para hacer frente al crecimiento de la población apta para trabajar, sería necesario crear 35.000 empleos nuevos cada año, sin que con ello se redujera el problema del desempleo y subempleo, que ya es pavoroso.

Por otra parte, la falta de un adecuado desarrollo económico, de

* Catedrático de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la Universidad de El Salvador

medidas auténticas y eficaces de justicia social y de una política migratoria que merezca tal nombre, constituyen en gran medida a la agravación del presente panorama

Con estos antecedentes, nada de más tiene que determinados sectores, en nuestro país y fuera de él, creen encontrar en una drástica reducción de los nacimientos, un medio para hacer desaparecer o, por lo menos, para reducir considerablemente el problema. Nada más simple que pensar que, si el aumento de población está ocasionando dificultades, la reducción de nacimientos nos ofrece una solución fácil y cómoda.

El problema de la reducción de los nacimientos tiene múltiples aspectos, tiene facetas médicas, moral, religiosa, psicosocial y otras más, la mayoría de ellas están fuera de mis conocimientos y de mis aficiones, este estudio se limita al aspecto socio-económico exclusivamente, dejando que otras plumas más expertas enfoquen los demás aspectos.

La primera interrogante que se plantea, en relación con este asunto, es la de si realmente el aumento de población constituye un factor negativo en el futuro desarrollo del país, o si, a pesar de los inconvenientes que a primera vista parece acarrear, es más bien un estímulo positivo. Para ello, habrá que hacer un análisis más detenido de la cuestión.

Antes de detenernos en los aspectos concretos de la cuestión, hagamos un enfoque generalizado, acudiendo a la experiencia histórica

Los autores contemporáneos que se dedican a interpretar la historia, con miras a formular una teoría del devenir de los acontecimientos, señalan como fenómenos estelares de la evolución de la humanidad, a las altas culturas históricas. Se trata de complejos de tendencias psico-colectivas que se manifiestan por un estilo propio de vida, que tiñe todas las actividades de los pueblos que las realizan; son maneras de superar las formas primitivas o prehistóricas, cada alta cultura representa un esfuerzo de superación del grupo humano que la crea y apunta hacia la realización de un conjunto de valores que le son peculiares. Estos fenómenos tienen su proceso de evolución; nacen, crecen, sufren colapsos y se desintegran, generalmente, una crisis de grandes proporciones marca su nacimiento y su desintegración.

Ahora bien, las culturas nacen y florecen en los núcleos de población intensa, si comparamos las regiones en que se han asentado las diversas culturas históricas, con las tierras circunvecinas, podemos afirmar que, de manera constante, ha habido una mayor densidad de

población en las primeras que en las segundas, generalmente, la diferencia ha sido considerable.

Desde luego, la población no ha sido el único factor en el desarrollo de las altas culturas históricas; como todos los fenómenos sociales, responden a una cantidad sumamente compleja de causas y estímulos, tales como la influencia del clima y los demás fenómenos naturales, la fauna y la flora, la configuración del suelo, la distancia del mar y de los ríos, la influencia de otros grupos humanos, las relaciones bélicas y comerciales, la formación y actuación de sectores internos y, en fin, una multitud de estímulos provenientes del contorno físico y del contorno humano, pero, no debemos olvidar que todos estos factores no pasan de ser meros estímulos; que, en resumidas cuentas, el hombre, con sus propias reacciones, sentimientos y voliciones, es quien en último término crea la cultura

Por otra parte, cuando Toynbee analiza los medios en que nacen y se desarrollan las culturas, llega a la conclusión de que los medios fáciles les son desfavorables, porque hacen holgazanes a los hombres, lo que lastima sus facultades creadoras; a juicio de este ilustre autor inglés, los medios han de ser duros, para estimular la creación, sin serlo exageradamente, pues si la dureza se vuelve exorbitante se hace imposible la reacción humana útil. Que la presión del aumento de la población endurece el medio, está fuera de toda duda; en tal sentido, teóricamente por lo menos, es favorable al desarrollo de la cultura y de la superación humana; el problema está en determinar si, en las condiciones actuales, el endurecimiento del medio provocado por el aumento de población, ha llegado o no a tal intensidad que se está volviendo perjudicial. Esta será la tarea de las siguientes líneas.

II)—POBLACION Y RECURSOS EN EL MUNDO DE HOY

Al ensayar hacer un balance entre la población y los recursos mundiales del presente, hay que señalar un enorme desequilibrio entre las diversas regiones del planeta. En efecto, podemos señalar:

I)—Hay zonas excesivamente pobladas, como el Japón, la India, Europa Occidental y otras, en cambio, tenemos zonas casi o completamente desérticas

II)—Algunas de las zonas despobladas, lo son por su propia naturaleza carente de recursos para sostener la vida, por lo menos, así lo fue hasta ayer, pero los avances de la técnica están eliminando

la existencia de tales zonas; en Israel, por ejemplo, se ha logrado verdaderos "milagros agrícolas" en zonas de desierto.

III)—Otras zonas despobladas tienen abundantes recursos, pero inexplorados; tal pasa, por ejemplo, con la mayor parte del territorio brasileño.

IV)—Los problemas de alimentación y nivel de vida en general, no provienen tanto del exceso de población, cuanto de la falta de desarrollo; compárese, por ejemplo, las hambres de la India, con la prosperidad de países superpoblados como Holanda y Bélgica.

V)—Junto a grandes masas sumidas en la indigencia, literalmente muriendo de hambre, tenemos enormes aglomeraciones de productos alimenticios y de toda índole, que se almacenan y aún se destruyen, para mantener su precio en el mercado, en un evidente esfuerzo, de dudosa moralidad por cierto, a fin de favorecer los intereses de una minoría de la humanidad, los productores

En resumen, vivimos en un mundo afectado por los desequilibrios; desequilibrio en el reparto de la población, desequilibrio en la intensidad de la explotación de los recursos naturales de las distintas regiones y, consecuentemente, en su aprovechamiento; desequilibrio en el desarrollo de las distintas zonas del planeta; y finalmente, desequilibrio en el reparto de los productos entre los diversos pueblos de la tierra. Por ello, podemos afirmar que los problemas que confronta nuestro mundo y que se atribuyen a la saturación humana nacida del crecimiento sin precedentes de la población, se debe más bien a los desequilibrios apuntados, que al crecimiento mismo de la población; desde luego, si la natalidad en el mundo se hubiera reducido a tal punto que la población permaneciera estacionaria en la cifra que tenía hace unos cien a doscientos años, los problemas ocasionados por los desequilibrios antes referidos, no se habrían sentido con la intensidad del presente; ello no quiere decir que tales problemas no existirían, sino que podrían continuar pasando inadvertidos, tal como había venido sucediendo antes de nuestra época; pero ello al precio de eliminar la riqueza que la población representa, como factor de progreso humano. El mundo, en su conjunto, no está sobrepoblado; dispone de recursos, que cada día aumenta la técnica contemporánea; capaces de sufragar las necesidades de una población mucho mayor que la actual; solamente que los desequilibrios apuntados concentran los problemas en determinadas zonas; ello debido a que tales recursos y tal técnica, no se encuentran al servicio de la humanidad toda, ni siquiera de la

mayoría de ella, sino de determinados grupos y sectores que constituyen una exigua minoría

III)—LOS PROBLEMAS LOCALES DE LA POBLACION

El mundo no está sobrepoblado, pero ciertas zonas sí lo están. Dentro de estas últimas, algunas cuentan con recursos suficientes para brindar a sus habitantes, un nivel de vida, más o menos, aceptable, otras, no. Este problema no es índice de exceso de población, sino de falta de desarrollo, tan es así, que el problema es igualmente agudo en todos los países en fase de desarrollo, estén o no fuertemente poblados. Nuestra vecina, Honduras, nos proporciona un ejemplo típico, su densidad de población es sumamente baja, por lo que sería absurdo querer atribuir sus problemas al exceso de habitantes; sin embargo, nadie sería capaz de calificar ni siquiera de humano, el misérrimo nivel de vida de la mayoría del pueblo hondureño; en el área centroamericana, es el país que va a la zaga, carece de desarrollo y no cuenta con el estímulo de la población para impulsarlo.

En el plano interno, todos los países, aún los más desarrollados, tienen un serio problema de reparto de la renta nacional. En todos ellos, existe un numeroso sector, el proletariado, carente de los recursos necesarios para satisfacer, en forma digna y humana, sus necesidades básicas; en los países en fase de desarrollo el problema es aún peor; en ellos, existe un sector más numeroso aún que atraviesa una existencia miserable, paupérrima, infraproletaria. Este no es un problema de desarrollo, esencialmente hablando, desde luego que existe, aunque en menor grado, en los países desarrollados; es un problema de justicia social. Pero, en los países en fase de desarrollo, la injusticia social y la falta de desarrollo se combinan, se agudizan mutuamente, de aquí que las soluciones sean especialmente difíciles.

En el plano internacional, las naciones poderosas dirigen sus esfuerzos a la penetración económica y política de los pueblos débiles, este es un problema de justicia social internacional. La penetración de los poderosos la sufren aún las naciones pequeñas desarrolladas, pero, las naciones en fase de desarrollo, por las condiciones poco aptas en que se encuentran, la sufren más; disponen de menos recursos para defenderse y son víctimas, a la vez, de la penetración extranjera de las potencias imperialistas y del entreguismo desvergonzado de sus propias camarillas dominantes. La tendencia a la penetración, la tendencia expansiva o imperialista, es un fenómeno común de las grandes potencias contemporáneas, cualquiera que sea la organización que hayan

adoptado y cualquiera que sea la tendencia ideológica que inspire su régimen; en la última conferencia internacional, en lo único en que estuvieron de acuerdo rusos y norteamericanos fue en oponerse a la valorización y a la estabilización de los precios de los productos de exportación de los países en fase de desarrollo

Estos problemas no han tenido su origen en el exceso de población, por más que la sobrepoblación, cuando se presenta, contribuye a ponerlos más de manifiesto, porque aumenta el número de personas afectadas que reclaman una solución. El origen de estos problemas está en la injusticia de las estructuras que vive nuestro mundo, estructuras que son el resultado de la evolución histórica del último período. La injusticia social, en el plano interno, se debe al egoísmo de las oligarquías, políticas y económicas, dominantes en los diferentes países; la injusticia social, en el plano internacional, se debe al egoísmo de grupo de las grandes potencias, el cual encuentra su más cabal expresión en las tendencias al colonialismo y al imperialismo; la falta de desarrollo es el resultado de las condiciones peculiares de la evolución histórica de los pueblos que la sufren; estos pueblos, para desarrollarse, necesitan de una serie de medidas que chocan con los intereses de las oligarquías dominantes en el interior y de las grandes potencias imperialistas que ejercen su influencia desde el exterior.

Pero, como el crecimiento de la población contribuye a poner de manifiesto la urgencia de resolver estos problemas, los sectores interesados en el mantenimiento del statu-quo buscan en la disminución de nacimientos el remedio para ellos; en efecto, las oligarquías políticas y sobre todo económicas, pretenden eliminar la presión del aumento de población, a fin de retrasar lo más posible las medidas reformistas que, desde luego, perjudicarán sus injustos privilegios; la solución les resulta muy cómoda, porque no trae consigo reformas de estructura, antes al contrario reduce la presión para que sean introducidas, por lo que, en vez de afectar la posición privilegiada de tales oligarquías, la protege, por lo menos temporalmente. Las potencias imperialistas comprenden que el aumento de población de los países sometidos a su influencia, constituyen para éstos un aumento de su potencialidad de resistencia, porque disponen de mayores recursos humanos a la vez que cuentan con un estímulo eficaz de transformación y desarrollo; saben que por este camino, puede llegarse a la revisión de las relaciones entre la potencia influyente y los pueblos influidos, que desde luego pone en peligro el papel rector de la primera; por ello, procuran favorecer la disminución de nacimientos en el área sometida a su influencia.

Ni que decir que la solución de estos problemas no está en el control de la natalidad, sino en la aplicación práctica de los principios de justicia social y solidaridad humana y en la adopción de una política económica que conduzca al desarrollo integral de los pueblos. El control de la natalidad solamente es capaz de reducir la presión, con miras a posponer la adopción de soluciones eficaces, si éstas han de adoptarse, tarde o temprano, por un imperativo de justicia y por constituir la respuesta eficaz a la incitación o reto que el problema social ha planteado a la humanidad de nuestro siglo, más vale resolverse sinceramente a llevarlas a cabo de una vez.

IV)—POBLACION, JUSTICIA SOCIAL Y DESARROLLO

Hemos dicho que la solución debemos buscarla a través de un desarrollo integral y de la aplicación de un régimen de justicia social. Vamos a explicar someramente estas ideas.

El desarrollo de un pueblo debe de ser integral, es decir a la vez económico, social, cultural y político. El desarrollo económico supone el aprovechamiento adecuado de todos sus recursos, la diversificación de cultivos, en el plano agrícola, y el establecimiento de precedencias, de tal manera que el suelo sea aprovechado al máximo conforme a la diversa disposición de las tierras, la creación paulatina de una industria, aprovechando primeramente las materias primas propias del área y sólo, en segundo término, la materia prima importada; la solución de los problemas de mercadeo o comercialidad de los productos, la utilización de los impuestos, con fines de estimular el desarrollo de aquellas actividades que se consideran más necesarias, en una palabra, la planificación de la economía, por parte del Estado, el cual la orienta hacia el bien común.

El desarrollo social supone la implantación de un sistema justiciero que asegure a todos los habitantes igualdad de oportunidades, que garantice una correcta difusión de la propiedad privada y una justa y adecuada remuneración del trabajo, con miras a elevar el nivel de vida de las grandes mayorías a una condición justa y humana. El desarrollo cultural supone la educación en grande escala de las masas, a fin de elevar su nivel intelectual, de capacitarlas vocacional y técnicamente y de permitirles, con ello, aprovechar las oportunidades de toda clase que se les brinden. El desarrollo político, finalmente, supone un régimen de tal naturaleza que garantice, en la práctica y no solamente en el texto de las leyes, la verdadera democracia y la autodeterminación de los pueblos.

Todas las formas de desarrollo son complementarias. Sin desarrollo económico, no puede haber recursos en cantidad suficiente, para subvenir a la satisfacción de las necesidades de manera adecuada, sin desarrollo social, los beneficios que produce el desarrollo económico quedan en manos de una minoría privilegiada y no son aprovechados por las mayorías; sin desarrollo cultural, no se satisfacen las necesidades espirituales del pueblo ni se cuenta con el personal capacitado, en cantidad suficiente, para promover el desarrollo económico; sin desarrollo político, no se garantiza la libertad humana, atributo fundamental de la personalidad, y se cae en manos de oligarquías minoritarias que burlan el desarrollo social.

La justicia social se fundamenta en la dignidad eminente de la persona humana, cuya expresión son los derechos humanos fundamentales e inalienables; y en la consecución del bien común, condición indispensable para la vida en sociedad. Parte del principio de que el destino natural de los bienes materiales es la satisfacción de las necesidades de todos los hombres, por lo que cualquier sistema que lastre el aprovechamiento adecuado de tales bienes, por las mayorías, es injusto; ya lo haga en provecho de una oligarquía minoritaria que monopoliza para sí todo el capital, o en nombre de un colectivismo teórico que oculta la formación de una nueva oligarquía, la burocracia.

La justicia social tiene su proyección internacional. Así como hay dignidad de los hombres, hay dignidad de los pueblos; así como hay bien común nacional, hay bien común internacional. El destino natural del planeta que habitamos, es servir para satisfacer las necesidades de todos los pueblos, de toda la humanidad; de aquí que todos los hombres tengan derecho a migrar; los distintos gobiernos pueden reglamentar este derecho, pero no hacerlo nugatorio, sin faltar a los derechos humanos fundamentales. La penetración política y económica son injustas, porque atentan contra la dignidad de los pueblos que las sufren. El concierto internacional basado en la solidaridad de los pueblos, requiere la igualdad de todas las naciones, cualquiera que sea su tamaño, sus recursos o su poder.

Todos los pueblos tienen derecho al desarrollo, de igual manera que todos los hombres tienen derecho a un nivel de vida digno. Las naciones desarrolladas, como un deber de justicia social internacional, están obligadas a prestar su ayuda a las naciones en fase de desarrollo, para permitirles hacer realidad su derecho al desarrollo, sin intentar imponerles en cambio una dependencia humillante e injusta; con mucha mayor razón, las naciones poderosas tienen la obligación de justi-

cia, de abstenerse de explotar a los pueblos débiles situados en las llamadas zonas de influencia.

Los desequilibrios que originan los problemas, que comúnmente se atribuyen al exceso de población, son el resultado de las condiciones históricas de la evolución humana, especialmente del último período; como la historia es el resultado de la combinación de los actos libres de los hombres, tales condiciones pueden corregirse y de hecho, los esfuerzos de los sectores mejor intencionados de la humanidad se están encaminando a lograr esa corrección. La mentalidad de los hombres más influyentes de nuestro siglo y del recién pasado, por regla general, ha contribuido a agravar esas condiciones; esta mentalidad se caracteriza por la subordinación de lo meramente humano a lo económico, lo que vale decir de los derechos de las grandes mayorías al egoísmo de las camarillas minoritarias y todopoderosas, y de los intereses de los pueblos débiles al imperialismo voraz de las grandes potencias. Este pecado ha sido igualmente cometido por liberales y marxistas; los primeros, pretendiendo mantener un pasado caduco y decadente, se oponen ciegamente a todo progreso social, aceptan las dictaduras tradicionales siempre que no impidan la "libertad económica" tal como ellos la entienden y se echan en brazos de los imperialistas occidentales; los segundos, procurando realizar una transformación radical y violenta, destruyen de un golpe todas las estructuras presentes, sin dar tiempo para crear las que han de sustituirlas, para lo cual ahogan toda libertad, implantando el más atroz de los totalitarismos dictatoriales y aceptan sin reservas un tipo nuevo de imperialismo, impregnado de la tendencia orientalista al dominio universal, representado en nuestros días por las penetraciones china y soviética. En todos estos problemas, el aumento de población no representa una causa decisiva, es un accidente, incómodo en los medios más difíciles y beneficioso en los demás, que los sectores reaccionarios están aprovechando en beneficio de sus propios objetivos.

V)—CONCLUSIONES

La solución adecuada al problema demográfico del presente, como la de todos los problemas sociales en cualquier época y en cualquier lugar, no puede ser simplista. En realidad, el problema demográfico es solamente una faceta, una visión parcial, de un complejo de problemas; estamos viviendo una transformación profunda, la creación de un nuevo estilo de vida, el cambio de sentido en la evolución humana, los problemas innumerables que este fenómeno trae consigo, no pueden

resolverse separadamente, porque no son problemas independientes, sino que todos ellos están concatenados y reclaman una solución integral que los abarque a todos. La incitación que plantea el llamado problema social, nombre con que conocemos al conjunto enmarañado de problemas de ámbito mundial que enfrenta la humanidad de hoy día, requiere como respuesta la creación de una nueva sociedad, más solidaria, más humana, más respetuosa de los principios, más imbuida de las responsabilidades de todos sus miembros y de ella misma, más segura de sus propios valores y más anhelante de realizarlos en la medida que sea posible. Sólo así podría superarse esta presente, cuyas estructuras caducas padecen de egoísmo, de incomprensión, de hipocresía y de una irresponsabilidad inaudita.

No obstante lo anterior, es posible señalar principios de carácter general que han de inspirar la resolución del problema demográfico en aquellos países que han sido afectados por el exceso de población; principios que, desde luego, deben realizarse dentro del marco general de soluciones que responderían a la grave incitación que enfrenta la humanidad en nuestros días.

El mundo en su conjunto no padece de exceso de población, aunque sí numerosas zonas del mismo; los problemas más recios que afectan a los diversos pueblos de la tierra, sin excluir a aquéllos que están sobrepoblados, provienen de la falta de desarrollo y de la injusticia social, tanto en el plano interno como en el plano internacional, antes que del crecimiento de la población; esta última circunstancia desempeña únicamente el papel de agravante, por el único motivo de no haber sido remediadas las demás deficiencias, en las zonas más densamente pobladas. En consecuencia, las verdaderas soluciones podemos resumirlas así:

- A) — Es de urgencia imposterigable desarrollar integralmente todos los países que no lo están; para ello, las naciones desarrolladas tienen el ineludible deber de contribuir, en la medida de sus posibilidades, a facilitar el proceso de desarrollo de las naciones en fase de alcanzarlo; esta contribución la deben en justicia, por lo que no es éticamente correcto que pretendan hacerse remunerar por ella en términos de influencia o predominio y mucho menos, que pretendan utilizarla para encubrir una nueva forma de imperialismo disimulado.
- B) — Si lo que se persigue es resolver el problema humano de inmensos sectores desposeídos, y moralmente no puede perseguirse otra cosa, el desarrollo económico por sí solo no basta, si no va acom-

pañado de un régimen auténtico de justicia social, sus resultados no beneficiarían a quienes más lo necesitan, sino a aquéllos que desde hace tanto tiempo han venido monopolizando todas las oportunidades. Es necesario, pues, implantar un régimen de justicia social que, en el plano interno de cada nación, asegure la promoción humana de las mayorías desposeídas y que, en el plano internacional, permita la promoción de todos los pueblos, cualquiera que sea su poder.

- C) —Mientras el proceso de desarrollo y de transformación de las estructuras produce los resultados que se esperan, una adecuada política migratoria podría corregir, en gran medida, el desequilibrio producido por la diferente densidad de población de las diferentes zonas de la tierra, con miras a que ésta guarde proporción con los recursos naturales de las mismas zonas que sean fácilmente explotables. El derecho a migrar constituye un atributo fundamental del ser humano, requiere una reglamentación que lo haga viable, pero que a la vez, no lo desconozca ni atropelle la libertad humana, porque se trata de consagrar y garantizar un derecho, no de convertirlo en una nueva forma de opresión. Por el tipo de reglamentación que requiere y por los alcances que debe tener, debería de quedar confiada a la competencia de los organismos internacionales, quienes serían los encargados de promoverla y de obtener la aceptación libre de los diferentes gobiernos. Una realización como ésta, sería cabal expresión de la solidaridad humana, en el plano internacional.
- D) —Desde luego, no puede rechazarse de manera drástica y cerrada cierta planificación familiar; pero ésta, no debe ser el resultado de una acción colectiva, impuesta, aunque sea disimuladamente, a las personas, debe ser aceptada y querida por el acto libre de la conciencia humana personal y, sobre todo, no debe chocar con los sanos principios de la moral. Tal como se dijo al principio de este trabajo, el aspecto moral de esta cuestión, en sí mismo está fuera de los límites que nos hemos trazado; pero, a pesar de ello, no es posible dejar de consignar el juicio que merece el influjo que el aspecto moral de este problema, pueda ejercer sobre el desarrollo socio-económico de la humanidad del presente. Las sociedades humanas de hoy día sufren una crisis de responsabilidad; la superación de esta crisis es indispensable, porque sin lograrla, cualquier programa de desarrollo y de reforma a fondo de las estructuras se verá lamentablemente lastrado por la falta de respuesta adecuado del factor humano. Nuestras sociedades también sufren una crisis familiar sin precedentes, sobre todo en

medios como el nuestro; las condiciones del proceso histórico del último siglo y medio, han conspirado contra la familia; la familia es la célula primaria de la sociedad, por lo que sin su adecuada regeneración, cualquier programa de superación de las actuales condiciones sociales, es de imposible realización práctica; es indispensable proteger a la familia, vigorizarla y dotarla de medios propios de subsistencia, ello es imposible sin garantizar la paternidad responsable, tan escasa entre nosotros. Cualquier programa de disminución de nacimientos, que vuelva la espalda a los principios morales, tendrá el lamentable efecto de destruir la poca paternidad responsable que aún queda y de rebajar la responsabilidad en todos sus aspectos, es incalculable el daño que puede causarse, por este camino, a la reestructuración futura de la sociedad.

Concretando las recomendaciones a las realidades que vive El Salvador, podemos decir:

- I)—Es de urgencia impostergable un plan de desarrollo integral para nuestra patria. Sin desarrollo económico, no tendremos de los recursos necesarios para alimentar nuestra población; es posible lograr un nivel de prosperidad, siempre que se promueva, planifique y mantenga un programa adecuado de promoción económica, que a la vez que tienda a desarrollar agrícola e industrialmente al país, asegure un balanceado equilibrio regional y la promoción de las pequeñas poblaciones, abandonadas actualmente; existe un plan de desarrollo, bastante completo, preparado por la firma "Techni-Fiance", a solicitud del gobierno salvadoreño, plan que tiene seis años de estar pendiente de realización. Sin desarrollo social, no será posible resolver el problema de subsistencia de las grandes mayorías de nuestro pueblo; la promoción humana requiere de las otras formas de desarrollo, educación y salud son las necesidades más urgentes de nuestra patria; les sigue la libertad en todos sus aspectos, el desarrollo cultural y el político no pueden tampoco descuidarse.
- II)—De igual urgencia, es la implantación de un auténtico régimen de justicia social, que asegure a todos los salvadoreños las oportunidades a que tienen derecho y la posibilidad de obtener un nivel de vida justo y humano. El desarrollo del país y el régimen de justicia social están íntimamente

ligados; medidas como la reforma agraria, el fomento del cooperativismo y otras, cuya conveniencia no puede ponerse en tela de duda, son a la vez de desarrollo y de justicia social

- III)—Dentro de las medidas de reforma de las estructuras indispensables, tiene capital importancia, una definición política de promoción y protección de la familia, pues la constitución de núcleos familiares fuertes es la condición de la cual debe partir el proceso posterior
- IV)—El proceso de reforma de estructuras debe de realizarse lo más aceleradamente que sea posible, su meta será la promoción humana, y las condiciones indispensables el mantenimiento de la libertad y de los demás derechos humanos durante todo el proceso y la liberación del país de la condición de dependencia del extranjero, en que lo ha mantenido el entreguismo de una larga serie de gobiernos; en una palabra, se trata de un proceso de “revolución en libertad”.
- V)—Es indispensable una definida política migratoria que asegure al país la posibilidad de dar salida a sus excesos de población, para ello deberá perseguirse la celebración de tratados de esta clase con otros países de América Latina.

Dr. Roberto Lara Velado

Facultad de JJ. y CC. SS.
San Salvador, El Salvador, C. A.

¿ES NECESARIO EL CONTROL DE LA NATALIDAD EN LOS PAISES “SUBDESARROLLADOS”?

JOSE VICENTE AREVALO*

UNA DISTINCION NECESARIA

Para poder dar una adecuada respuesta a la pregunta que los jóvenes alumnos del Club de Ciencias del Centro Universitario de Occidente someten a mi consideración, creo necesario comenzar diciendo qué debe entenderse por “Control de la Natalidad”.

No es mi intención entrar en detalles acerca de lo inadecuado de esa expresión, que, en Castellano, tiene un significado totalmente distinto del que se le atribuye. Al contrario: me complace hacer uso de esa locución extranjera por razones que se comprenderá más adelante y suplicaré al lector que me dispense si a veces, la uso en su idioma original. Lo que trato de hacer y me interesa mucho que se comprenda, es la diferencia entre control de la natalidad y regulación de la familia dentro del matrimonio

* Ex Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de El Salvador

El matrimonio, entendiendo por tal la unión natural del hombre y la mujer, da origen a la familia. Cuando un hombre y una mujer se unen es lógico esperar que, tarde o temprano, habrá hijos. ¿Cuántos hijos? “Los que Dios nos dé”, solían responder nuestros padres. La respuesta a esa pregunta, en realidad, no puede darse de otro modo. ¿Cuántos hijos debe querer tener cada pareja? Lo único que puede hacerse ante pregunta tan impertinente es encogerse de hombros: un hijo, diez hijos, ningún hijo, ahí que vean. Cada matrimonio debe decidir a su arbitrio lo que hace en su cama. El matrimonio mismo es cosa de cada quien. No se puede obligar a los jóvenes a casarse ni se les puede obligar tampoco a vivir en celibato. El matrimonio dice nuestra Ley-Civil “se constituye y perfecciona por el Libre y Mutuo consentimiento de los contrayentes . . .” y más adelante declara que “la condición de no contraer matrimonio” o de “permanecer en estado de viudedad” no pueden ser impuestas a ninguna persona (1). Son estas, pues, cosas que atañen directamente a la Libertad de las personas y en las cuales nadie puede tener ingerencia alguna. Cuando un matrimonio ya constituido decide su familia, actúa en ejercicio de su libertad y nadie tiene derecho de inmiscuirse en ello. Debemos, por lo tanto, admitir el derecho de tener hijos como el derecho de no tenerlos y también el derecho de dejar de tenerlos. Establecerse en dos, tres, cuatro o quince hijos será, pues, asunto de cada pareja. El médico —en mi criterio— debe proporcionar a quien de él la requiera, toda la información necesaria a ese respecto sin reticencias de ninguna especie y sin salpicarla de motivaciones “morales” que no son otra cosa que mojigaterías impertinentes. Esto entiendo yo por “regulación del matrimonio dentro de la familia” y pertenece a la vida privada de las personas.

El Control de la Natalidad; birth control, para decirlo en su propio idioma, es una línea de política demográfica, es decir una doctrina acerca de cual debe ser la actitud del Estado respecto al crecimiento de la población. Pertenece de lleno a la vida pública de las naciones. Es lógico que siendo la sociedad humana un conjunto de seres humanos, debe preocuparse por el número de sus miembros. Tanto puede considerar la sociedad que sus miembros son muchos como que son pocos y en base a esa consideración adoptará el Estado las medidas tendientes a aumentar ese número o a rebajarlo o a mantenerlo estático. Cuando la América recién había sido conquistada por España, creyó prudente el monarca español preocuparse del crecimiento de la población, fomentando el matrimonio. Varias razones tenía don Felipe II para adoptar esa política:

“Su majestad pensaba, y para pensarlo no escaseaban razones, que

a las turbulencias de estos reinos contribuía en mucho la condición de soltería en que se encontraba la mayor parte de los vecinos de Lima, que no se arriesgaban a recibir la bendición del cura por tener en memoria el refrán que reza: "melón y casamiento requieren acercamiento", o lo de

a veces las mujeres
son como libros,
que por nuevos se compran
y . . . están leídos

Por ende, ordenaba el monarca, se notificase a todos los estantes y habitantes de su muy noble ciudad de los Reyes del Perú que en término de treinta días (ahí es nonada la prisa) abandonasen el regalo de la vida célibe, bajo pena de perdimiento de hacienda. Item, prevenía don Felipe, con paternal solicitud, que los que no tuviesen un arreglillo o aparejada novia, recibiesen costilla de real orden, y fuese ésta la chica que la Audiencia escogiese entre las indias nobles del país. "Ansi —concluía el sacramental documento— desaparecerá todo oloí a barraganía, habrá la moral ganancia y se amansarán los genios turbulentos; que con viento se limpia el trigo y los vicios con castigos" (2)

Eso es política demográfica y de esa laya es el "birth control" pero al revés.

Como puede observarse "Control de la Natalidad" y "Regulación de la familia dentro del matrimonio", son dos cosas diferentes.

PAISES DESARROLLADOS Y PAISES SUB-DESARROLLADOS

El problema que se investiga es la necesidad de establecer el Birth-Control en los países sub-desarrollados ¿Qué países son éstos? Los técnicos, cierta clase de técnicos, han dividido las naciones en dos clases naciones "Desarrolladas" y naciones "Sub-desarrolladas". Las naciones desarrolladas han elevado de tal modo su productividad que el ingreso medio por persona es superior a los U.S \$ 800 oo anuales. Esa suma permite a los habitantes de esos países subvenir a sus necesidades vitales tales como ropa, alimentación, comida, etc., les permite sufragar los gastos de educación, les permite divertirse y les permite

(2) Ricardo Palma, "Traducciones Peruanas, Los Amantes de Real Orden

ahorrar. El ahorro forma un fondo de riqueza acumulada que, al ser reinvertido asegura el incremento de la producción, y, por lo tanto la mayor riqueza futura de esos países con la consiguiente ventura de sus habitantes. Los países sub-desarrollados son, en cambio, aquellos cuyo ingreso medio anual por persona no llega a los U.S \$ 400.00. Semejante suma hasta apenas para cubrir —y no bien— las necesidades vitales del habitante. La educación ya no puede proporcionársela y le debe ser proporcionada gratuitamente por el Estado; igual sucede con el cuidado de la salud; para divertirse debe conformarse con observar las estrellas (dichosamente esos países son tropicales y sus cielos despejados), y ni pensar siquiera en ahorrar. En consecuencia será imposible incrementar la producción. De allí se sigue que estos países están condenados a la pobreza eterna a menos que encuentren solución a su problema. Pero para hallar esa solución deben conocer la causa del mismo. El Salvador es uno de esos países “SUB-DESARROLLADOS”.

EL CONTROL DE LA NATALIDAD

La causa de la pobreza de esos países sub-desarrollados es su excesiva población. La riqueza se diluye en el exagerado número de los habitantes dando lugar al cuadro deprimente que hemos descrito un poco atrás. Hasta hace algún tiempo, las enfermedades y la escasez de alimentos regulaban naturalmente el crecimiento de la población. La gente era diezmada por las enfermedades y el hambre. El paludismo, la peste, las enfermedades infecciosas, la viruela, etc., eran otros tantos agentes de la Providencia que mantenían el necesario equilibrio entre producción y población y permitían cierto ahorro y cierto crecimiento y progreso de los pueblos. Pero al alcanzar la técnica agrícola determinado nivel de producción de alimentos y al erradicarse gran número de enfermedades de gran mortalidad, la gente ya no se muere en la proporción en que debiera, y como el promedio de nacimientos se mantiene inalterable, la población aumenta y se presenta el problema del subdesarrollo. Con tan clara premisa la conclusión tiene también que ser clara: para restablecer el equilibrio perdido y terminar con el subdesarrollo hay que limitar la natalidad. Precisamente es eso lo que han hecho los países desarrollados y a ello se debe su espléndida prosperidad. El habitante de esos países se nos presenta con la sonrisa en los labios realizando el tan ansiado ideal cristiano de vencer a la carne. Su sacrificio obtiene en esta vida el premio cristalizado en un nivel de vida superior y con la ventaja de que el sacrificio se refiere solamente a los hijos pues se conserva el placer. En consecuencia, para los países sub-

desarrollados es una necesidad apremiante adoptar como política demográfica el control de la natalidad. Los hombres amantes de la patria deben comprenderlo así y convertirse en abanderados del control. Hombres encontraría fácilmente su reivindicación.

UNA VIEJA HISTORIA

En 1798 Roberto Malthus, sacerdote inglés, publicó un estudio que había de hacerse famoso el “Ensayo sobre la Ley de la Población”. En él afirmaba Malthus que “todas las calamidades y lacras sociales dependían de leyes eternas y fatales de la naturaleza. La encarnación de esas leyes es la Ley Universal de la Población. El crecimiento de la población, dice, tiene lugar en progresión geométrica, mientras no encuentra ningún obstáculo, mientras que los alimentos aumentan en progresión aritmética aun en las condiciones más favorables. Malthus ensalzaba la necesidad del hambre, las enfermedades, las epidemias, la guerra, etc., pues todas esas calamidades públicas reducen el número de “bocas” y restablecen el “equilibrio” por algún tiempo. Malthus llegaba a la clínica conclusión de que habían hombres “superfluos” para quienes no había lugar sobre la tierra. Decía, además, que para evitar la reproducción excesiva de los trabajadores el salario ha de ser reducido al mínimo, justificando con ello la despiadada explotación, que en su tiempo, hacían los capitalistas ingleses del proletariado, presentando esa explotación como “natural”, “inevitable”, y “beneficiosa”, pues si se permitía aumentar a la población humana llegaría un momento en que sería necesario recurrir al canibalismo. La población del mundo ya no podía aumentar.

Han pasado desde entonces 168 años. La población mundial ha aumentado de 906 millones que era en la época de Malthus a 2.500 millones actualmente. ¿Y el mundo? Tan campante. Lejos de producirse la situación profetizada por el lúgubre ideólogo, el nivel de vida de los pueblos ha aumentado. El incremento de la producción ha sido gigantesco. La producción de alimentos ha superado, con mucho, las previsiones más optimistas. Véase: Los Estados Unidos en 1935 contribuían con un 7% a la producción mundial de cereales, en 1955 contribuyeron con el 31% y en 1964, con el 44%. Producen nada menos que una tonelada de cereales por habitante y gracias a eso pudieron exportar a 6 países de Europa 13.000 millones de toneladas de maíz en 1960 y 20.000 millones de toneladas en 1964 y además vende a la América

Latina a través de la Alianza para el Progreso. El Salvador consume buena parte de esos excedentes a través de los préstamos de Cáritas y la ABC.

¿Qué base científica tenían, entonces, las teorías de Malthus? Ninguna. Malthus ha pasado a la historia como un charlatán que no cumplió otra misión que la de servir de ideólogo de la parte más retrógrada de la burguesía inglesa de su tiempo y de las capas de la aristocracia fundidas con ella. Su teoría no es más que un intento de justificar las míseras condiciones humanas en que esa burguesía y esa aristocracia agraria sumergían a los proletarios.

¿HA RESUCITADO MALTHUS?

Conocida la vieja teoría malthusiana y conocida la teoría atrás expuesta acerca de la superpoblación de los países sub-desarrollados no puede uno menos que preguntarse si el sacerdote inglés no habrá resucitado. Los términos en que se expresan los neo-malthusianos son tan emotivos como los de su maestro: hablan nada menos que de una “explosión demográfica” con lo cual quieren expresar en forma dramática el terrible aumento de la población y el peligro que corre la humanidad de asfixiarse en su propio número.

Pero, ¿qué razón les asiste? ¿Están sus doctrinas mejor fundadas que las de su maestro? Cuando se vuelve la vista en derredor y se ve en las calles de nuestras ciudades tanto mendigo y tanto niño desarrapado se tiene la impresión de que están en lo cierto. Pero los problemas sociales no pueden juzgarse con tanta ligereza. Examinemos algunos datos numéricos y extraigamos consecuencias. Los Estados Unidos albergan en sus 7.839,565 kilómetros cuadrados una población de 180 millones de habitantes. Y los Estados Unidos son un país “desarrollado”. Su densidad demográfica es de 22.5 habitantes por Km². En cambio, la población total de los “sub-desarrollados” países de América Latina es de 190 millones de habitantes dispersos en un vasto territorio de 20.780,768 Km.² es decir tres veces más grande que el de los Estados Unidos. Para llegar a tener la misma densidad de población de los Estados Unidos la América Latina necesitaría más o menos 500 millones de habitantes. Sin embargo la cosa no se detiene allí: hay otros países desarrollados más densamente poblados que EE.UU.; Bélgica, Holanda, Inglaterra, Alemania, son más densamente pobladas que los Estados Unidos y para igualar la densidad demográfica de Bélgica la América Latina tendría que dar albergue a seis mil seiscientos millones de habitantes. ¡Casi tres veces la población actual de toda la tierra! De

lo cual se deduce que la América Latina es una región del mundo relativamente despoblada y que, por lo tanto, la miseria de sus masas trabajadoras o su "sub-desarrollo", como quiera llamársele, no pueden deberse a ningún exceso de población.

La exactitud de ese razonamiento no puede ser rebatida por nadie. Los datos numéricos expuestos hablan con una elocuencia demoledora. Sin embargo los neomalthusianos tratan de rebatirlos fulgurando no sé qué confusas razones acerca de la enorme dificultad de colonizar y volver productivas las inhóspitas selvas amazónicas y las demás regiones despobladas del continente americano. Tan peregrina afirmación mueve a risa. Cuando Julio César desembarcó en Inglaterra la encontró tan lluviosa e insalubre que consideró prudente largarse pronto de allí; los peregrinos del Mayflower no eran los primeros en tratar de colonizar la América del Norte, pues anteriormente habían llegado otras expediciones que fracasaron invariablemente por las inclemencias de la región en que hoy se encuentra Nueva York y tantas otras prósperas ciudades; los españoles tuvieron gigantescos problemas con la naturaleza de las frías y elevadas mesetas andinas y con la tórrida y húmeda insalubridad de las regiones tropicales. Pero triunfó el genio y la tenacidad del hombre. ¿Y lo que se logró en aquel tiempo con los escasos medios de producción y la deficiente técnica de que se disponía va a ser imposible en la era del átomo? No me hagan reír que tengo partido un labio

¿QUIEN PAGA A LOS NEOMALTHUSIANOS?

Pero si no podemos hallar justificación científica a la "explosión alarmista" de los neomalthusianos, tal vez podríamos hallarle justificación de otro tipo. Si volvemos los ojos a la historia del pensamiento humano encontraremos que toda teoría anti-científica y alarmista tiene por objeto servir de respaldo moral a los intereses más reaccionarios de cada sociedad. La ciencia ha sido siempre un enemigo terrible de los explotadores y por ello no pueden empararse más que en falsedades. El propio Malthus nos sirve de ejemplo. Pero podemos hallar otros: San Agustín, obispo de Hipona, angustiado de ver hundirse el Imperio Romano Esclavista de cuyas clases explotadoras formaba parte, escribió la "Ciudad de Dios", en la cual desarrolla la tesis de que el fin de aquel Imperio sería el fin de la civilización humana. La iglesia católica del medioevo, para justificar aquel sistema social basado en la desigualdad y el privilegio, desarrolló a su modo la concepción ptoloméica del Universo y declaró que la Tierra era plana y que estaba fi-

jada y era el centro del Universo. Podríamos multiplicar los ejemplos hasta hacer un libro. Pero lo que ahora interesa, sobre todo, es ver a qué intereses sirve la teoría de la “explosión demográfica” y a qué fines sirve el control de la natalidad.

LA MUJER TRABAJADORA Y LOS PROBLEMAS DE LA MATERNIDAD

Para abocarnos a la solución del enigma propuesto en el apartado anterior comencemos por realizar una rápida excursión en el texto del Código de Trabajo. Ese cuerpo de leyes cuyo objeto es “armonizar las relaciones entre el Capital y el Trabajo” declara que el patrono está obligado a conceder a la mujer embarazada doce semanas de licencia, seis antes y seis después del parto y a pagarle anticipadamente una prestación equivalente al setenta y cinco por ciento del salario básico que habría devengado ella durante ese tiempo. Dicho en lenguaje patronal: ¡tres meses de chotear ganando $\frac{3}{4}$ del sueldo! Como puede verse la maternidad no es negocio para el patrono. Y si a las salvadoreñas se les ocurriera dar a luz cada año, los buenos y cristianos patronos se volverían locos. Desde luego tal cosa se solucionaría si el “irresponsable” del marido mantuviera a su mujer y ésta no tuviera que trabajar, pero esa solución tiene el pequeño inconveniente de que sería preciso que el “irresponsable” ganara lo suficiente para mantener a su familia. Y entrando en este campo se pisa terreno resbaloso. El patrono tiene el expediente del despido para deshacerse de empleadas crianderas, pero ese medio tiene el inconveniente de que puede atraer la atención de las obreras y de los obreros acerca de por qué no pueden tener los hijos que quieren o, lo que es lo mismo, acerca de las causas de su miseria. Lo más conveniente, entonces, es poner a los obreros y obreras a pensar que la causa de su miseria consiste, precisamente, en tener hijos y que, por lo tanto, la miseria se solucionará en cuanto se resuelvan a abstenerse de la procreación. Y es aquí en donde acuden los científicos neomalthusianos, con sonrisas de celestina, anunciando a los obreros que esa abstención será tanto más dulce cuanto que no implica la consiguiente abstención del placer y presentándose a sí mismos como los doctos conocedores de esa “técnica” y ofreciéndose generosamente a iniciar a los obreros en ella.

Ahora puede verse al desnudo la maniobra y a quién sirven los neomalthusianos. Naturalmente si presentan ellos las cosas de esa manera no engañarían a nadie y es por eso que tienen que valerse del escándalo de la “explosión demográfica”, de la superchería acerca del “sub-desarrollo” y el ingreso medio por persona y de la sensiblería

barata de una ficticia conmiseración por la mujer trabajadora llena de hijos y abandonada por el marido irresponsable. Lo que en realidad pretenden estos defensores de la mujer es convertir a las obreras en obreras-obreras que trabajan pero son estériles.

MADE IN U.S.A.

Pero si bien es cierto que la doctrina de la explosión demográfica y el control de la natalidad puede servir a los más reaccionarios intereses de los patronos sirve, en realidad, a intereses más reaccionarios aún. En El Salvador, y en el resto de Latino América, domina la ideología de la Iglesia Católica hasta ahora todavía contraria al birth-control. Debido a ello la actitud mental del patrono se detiene en la fase del despido liso y llano. Cuando una obrera o empleada resulta muy gravosa por asunto de maternidad el patrono se considera con derecho de despedirla. Esta ideología está en perfecta concordancia con las condiciones materiales de vida. En El Salvador las relaciones de trabajo capitalistas son incipientes. La inmensa mayoría de los trabajadores, los del campo, están excluidos de las prestaciones por causa de maternidad; en la zona más industrializada, la de San Salvador, impide el Seguro Social que asume las responsabilidades por ese concepto. Los sindicatos de trabajadores son débiles y todavía faltos de garra. Todo ello permite a los patronos eludir, de una manera bastante generalizada y directa las leyes sociales. Su cumplimiento no es aún lo suficientemente estricto como para preocuparlos hasta el grado de llevarlos a construir una concepción tan “elevada” como la del “birth-control”. Pero esa situación es explosiva. La actitud brutal del patrono frente a la mujer embarazada tiene la gran ventaja de ser diáfana como el agua de un arroyo. El interés económico coartando la libertad individual y familiar se percibe de una manera tan palpable que no puede menos que encender de indignación los ánimos. El trabajador puede darse cuenta claramente de que la causa de su miseria no son los hijos, sino las condiciones sociales que no le permiten ganar lo suficiente para mantenerlos y mantener a su mujer y que obligan a ésta a emplearse para vivir.

La mujer trabajadora se da cuenta fácilmente de que las condiciones sociales la convierten en parásito de su marido si no trabaja o en esclava de su patrono que le permite trabajar a condición de no dar a luz. Todo ello enciende en las masas trabajadoras el espíritu de protesta. Esa protesta adquiere todos los matices, desde la actitud poco consciente de los miles de trabajadores que, desesperados de nuestras condiciones de vida, quieren irse a los Estados Unidos seducidos por la

propaganda que los presenta como la tierra de redención, hasta la de los grupos organizados que han emprendido la lucha, a veces violenta y armada, por dar a nuestra sociedad una estructura que asegure una vida más humana para sus componentes

La decisión de los pueblos de cambiar de vida no puede menos que alarmar a los privilegiados con el sistema de vida actual. La inalterable voluntad del Pueblo cubano, voluntad mantenida y hecha realidad a despecho de los poderosos intereses imperialistas de los Estados Unidos, no puede pasar desapercibida para nadie. La inminencia y la necesidad de un cambio está presente en todas las condiciones. ¿Será ese cambio violento y radical como en Cuba? ¿Será pacífico y gradual? Nadie puede predecirlo pero dependerá de la actitud de las clases dominantes. Mas sea en una o en la otra forma tiene que chocar con los intereses de los Estados Unidos. Un cambio revolucionario sea cual fuere su proceso y sean cuales fueren las clases que lo lleven a cabo —yo en lo particular creo que el capitalismo nacionalista es la clase que más posibilidades cuenta de llevarlo a cabo en alianza con los trabajadores de la industria— tiene que tener como premisa la revisión total del comercio exterior; la venta al mejor precio posible de todos los productos de exportación sin cuota de sacrificio de ninguna clase, la introducción en la agricultura del sistema capitalista; la liquidación de todos los remanentes feudales en el modo de producción, el aumento de nuestras propias fuentes de energía para dejar de depender de la gasolina y del aceite diesel, y, finalmente, nuestra completa industrialización. ¿Cómo va a convenir en semejante cambio el país que nos impone un comercio exterior injusto, que por especular con todos los países quite que botemos nuestro café; que nos inunda de gasolina y aceite y nos vende todo lo que una reforma industrial nos permitía producir a nosotros?

Y como las reformas dichas serían tanto más apremiantes y más posibles cuanto más numerosa sea la población trabajadora, he ahí por qué el poderoso país se interesa tanto en detener nuestro crecimiento demográfico. Por eso no es de extrañar que la llamada “Asociación Demográfica Salvadoreña” que predice el “Birth control”, sea financiada con fondos de la AID por eso no es de extrañar que los lúgubres vaticinios de Malthus resuenen nuevamente a través de las agencias noticiosas norteamericanas que informan a nuestra prensa seria; por eso no es de extrañar que haya sido precisamente la C. G. S., aquella federación de sindicatos que escribió la célebre “Carta para Andy” quien propuso la exportación de 200 000 familias salvadoreñas como saludable remedio a nuestra pobreza. Es urgente para ellos detener el aumento de la población de la América Latina a fin de estanca-la en

su actual estado de colonia económica de los Estados Unidos y para ello pretende inducir a los obreros y obreras de estos países a convertirse en machos. Yo diré como se merece: a convertirse en machos.

Pero que nadie se llame a engaño con la pseudo-ciencia de los neo-malthusianos ni con su hipócrita sensibilidad. El endeble razonamiento acerca de los países desarrollados y sub-desarrollados no debe engañar a nadie. Las diferencias de productividad entre unos y otros no se deben a la existencia de bocas “superfluas” en los segundos, ni es cierto tampoco que la población de los países desarrollados viva en Jauja gracias al “control”. El doctor Robert L. Heilbroner, economista norteamericano, en su libro “Comprensión de la Macroeconomía” dice lo siguiente: “En los EE.UU. subsiste el agudo contraste entre la opulencia y la pobreza. . . veinte millones de personas en dicho país viven al nivel de la subsistencia. Otros tantos, aunque en mejor situación, carecen de un ingreso suficiente. Y treinta millones más disfrutan apenas de un mínimo de comodidades” (3). La revista *O Cruzeiro* (Enero de 1962, cuando todavía había libertad en el Brasil) publicó dos números con 8 páginas cada una de desgarradoras fotografías que presentan el cuadro de la más horrible miseria . . . en la Gran Cosmópolis. “Si no fuera por la abrumadora evidencia del letreiro —dice un pie de grabado— cualquier observador poco atento diría sin vacilar, que las escenas reveladas por las fotografías han sido captadas en callejones de nuestras ciudades de América Latina. Es posible que muchos se sorprendan si informamos que el lugar pertenece a Nueva York, ciudad tentacular que las revistas bien impresas, el cine, los folletos de propaganda, nos presentan como una variante atómica del antiguo y perdido Paraíso Terrenal”. El control de la natalidad, pues, no reduce la miseria. Ni la abundancia de población la produce. ¿Cómo se explica, si eso no es así, que haya miseria en un país que produce una tonelada de maíz por habitante y que es capaz de destinar un presupuesto de diecinueve mil millones de dólares anuales para la guerra de Viet Nam? La causa real está en las deficientes relaciones de producción que permiten que un reducido grupo de parásitos que no trabajan se apropien de una enorme parte de la riqueza producida por otros, dejando a éstos sin siquiera lo necesario para vivir como seres humanos. Y son esos parásitos los que están vitalmente interesados en impedir que se produzca, en ninguna parte del mundo, un cambio que ponga en peligro su cómodo modo de vida y para impedirlo, no vacilan en mandar a sus trabajadores, por miles y por cientos de miles, a matar a otros trabajadores. ¿Cómo aplaudiría Malthus tan sabia y previsoría medida!

(3) *Tribuna Libre*, Noviembre 10 de 1966, pág. Fd.

CONCLUSION

La pregunta de los miembros del Club de Ciencias sólo puede tener una respuesta: el Control de la Natalidad no es necesario, ni siquiera es conveniente, para los países sub-desarrollados. Al contrario, las feraces tierras y los inmensos recursos naturales de la América de Bolivia están esperando la simiente creadora del trabajo que la escasa población actual no les puede dar. En la Creación, de Miguel Angel, Dios aparece dándole vida al hombre no por medio del "soplo divino" sino por medio de su brazo. Es el brazo de Dios el que se extiende hacia la materia inerte para fecundarla. ¡Y por algo fue Miguel Angel lo que fue! Pues en realidad son los "brazos", los trabajadores, la fuerza creadora que mueve las montañas, que hace fecundas las selvas y desiertos y que hace andar la civilización. Eso es lo que necesitamos: brazos y más brazos, vida y más vida para nuestro Continente. Hay que ver en nuestro pueblo la mayor fuente de riqueza de que disponemos y alegrarnos de verlo aumentar de número. Rechacemos con indignación el neomalthusianismo y desenmascaremos la hipócrita sensiblería de los neomalthusianistas que so pretexto de proteger a la mujer y al niño pretenden esterilizar a la una y exterminar a los otros. Como, por ejemplo, con esas medidas necias de "protección a la familia" como la que recientemente acaba de aprobar nuestra Asamblea Legislativa sin duda alguna bajo la presión de los neomalthusianos. La tal "protección", en vez de acometer al mal de frente, es decir tomando las medidas económicas y sociales que fomenten la responsabilidad de los padres poniendo a su alcance los medios para hacer frente a las obligaciones de la paternidad, se limita a establecer toda clase de males y castigos para quienes descuidan esas responsabilidades. El resultado que se obtiene es el de que, como la gente se da cuenta de que el cumplimiento de esas obligaciones no depende sólo de su voluntad, sino de causas sociales independientes de ella, le cobre horror a la paternidad y vea en ella una fuente de desventuras. Y esto es, precisamente, lo que persiguen los neomalthusianos. Ellos mismos lo reconocen con el mayor cinismo: "¡Sí! dicen, es preferible que no tengan hijos a que los dejen abandonados". Pero no se preguntan por qué los dejan abandonados y para justificar a quienes les pagan por hacerlo, se erigen en jueces de conciencia y acusan con el descaño más grande a nuestros trabajadores de "irresponsables", "ignorantes", "licenciosos", "faltos de tradición y de costumbres", etc., etc., etc.

¡Basta ya de farsas! Los hombres homados, que verdaderamente se preocupan por la familia, por la mujer y por la niñez, deben luchar

con todas sus fuerzas por transformar la estructura social actual en otra más justa que asegure a todos los habitantes una participación en la riqueza social que les permita subvenir a todas sus necesidades. En cuanto a los hombres de ojos sajones y alma bárbara advirtámosles, con nuestro Gran Poeta, que la América Española vive y no está dispuesta a dejarse matar

D^r. José Vicente Arévalo
Santa Ana El Salvador, C.A

EL PROBLEMA MEDICO EN EL CONTROL DE LA NATALIDAD

JORGE BUSGAMANTE*

La mujer es el único ser en la escala zoológica que sobrevive a su capacidad de reproducirse. Esta alcanza únicamente unos treinta y cinco años de su vida, quedando después, en condiciones de ejercer su función sexual, pero no reproductiva. Si no se ejerciera ningún control sobre su reproducción, es posible que una mujer pudiera procrear de quince a veinte hijos y talvez aún más. En el medio social en que vivimos, hemos todos tenido la oportunidad de oír o de ver familias compuestas por tal número de hijos, aunque en los tiempos modernos tal caso es la excepción y no la regla; quiere ello decir que la mujer moderna ejerce en alguna forma cierto control sobre su capacidad reproductiva, control que bien puede ser efectivo o relativamente efectivo, pero que representa una regulación de la natalidad. Esta puede ejercerse ya sea previniendo la concepción en cuyo caso se habla de métodos anticonceptivos, o puede ser dirigida a impedir el nacimiento de un nuevo ser ya formado e implantado, en cuyo caso se

* Vice Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de El Salvador.

tratará de un aborto o de un feticidio. En el caso de los anticonceptivos, lo que se busca es impedir la unión de los gametos o inhibir la producción de los mismos. En el segundo caso, se está destruyendo una vida, o sea que teóricamente se está cometiendo un crimen, que al ir acompañado de la alevosía y la premeditación, se convierte en un verdadero asesinato, aunque la víctima no tenga ni personalidad ni status definido. De lo anterior se deduce, que muchas personas podrán estar de acuerdo en el término de métodos anticonceptivos y no en el de control de la natalidad, ya que este último incluye el aborto, el feticidio, el infanticidio y otros que llevan implicados la destrucción de vida humana. Yo personalmente creo que el término de control de la natalidad debe de ser substituido por el de regulación de la natalidad o el de planificación de la natalidad términos que implican medidas tendientes a evitar la concepción. El asunto es escabroso y está sujeto a una serie de consideraciones de orden social, económico, político, religioso, médico, etc. En nuestra capacidad de Médicos, es solamente éste aspecto el que analizaremos, aunque no se nos escapa el hecho de que el problema es multifacético y complejo y que al analizar el aspecto médico no quiere ello decir que dejamos por fuera, por falta de importancia, todos los otros aspectos.

Se ha dicho, con razón, que la explosión demográfica es un fenómeno tan viejo como la humanidad misma, ya que ha representado la lucha por la subsistencia y por los medios de lograr ésta. Tan es cierto lo anteriormente aseverado, que la historia del mundo es la historia de la guerra, la historia de las conquistas logradas por tal o cual pueblo sobre sus vecinos y siempre con una idea fija en la mente: una mejor alimentación para el vencedor, con miras hacia una sobrevivencia mayor. En los antiguos tiempos, los vencidos eran sometidos a la esclavitud y morían de sub alimentación o de exceso de trabajo. En los tiempos modernos los vencidos son clasificados como criminales de guerra y sus pueblos desplazados de zonas geográficas consideradas como "estratégicas" por los vencedores. Pero al final, la cosa sigue igual: la lucha por los mercados es la lucha por la sobrevivencia; la lucha por las zonas geográficas estratégicas es la lucha por los medios de producción y la tierra fértil y productiva de materias primas necesarias para la industria. El cazador primitivo de hace un millón de años tenía explosión demográfica puesto que tenía que compartir con su vecino la poca caza de que se disponía. Muchas veces no era el animal su principal enemigo, sino su vecino humano que trataba también de sobrevivir. Con la domesticación de los animales y la introducción de la agricultura, la humanidad se pudo dar el lujo de crecer considerablemente puesto que ya el alimento era más abundante y el fantasma del hambre se ale-

jaba un poco; sin embargo, las cosechas fueron insuficientes para las tribus que no teniendo otro medio de subsistencia, se lanzaron a la conquista de sus vecinos con mejor suerte. Para defenderse de los ataques, la población tuvo que ser dividida en cultivadores y defensores y así nació el soldado, cuya función capital era la de defender las tierras y las cosechas, pero que posteriormente se convirtió en esclavizador de sus propios pueblos. Explosión demográfica ocurría en ese entonces, ya que la lucha por el alimento continuaba: más bocas que alimentar de las que las cosechas sembradas primitivamente eran capaces de sostener. La muerte por hambre continuó reinando en el mundo y no fue sino hasta que el hombre emigró y se convirtió en comerciante, que la tensión poblacional del mundo se alivió. La emigración y la concentración de los artesanos y comerciantes crearon las ciudades en donde las facilidades de alimentación eran mejores, pero las condiciones de salubridad tan pobres, que las epidemias hicieron su aparición y se encargaron de mantener el equilibrio entre alimentos y bocas que alimentar. El hombre en su eterna lucha por sobrevivir, logró dominar las epidemias, logró aumentar su producción agrícola, logró conservar sus alimentos, logró transportar segura y rápidamente sus comestibles, pero ni la revolución industrial ni todas las conquistas científicas modernas han hecho que el hambre desaparezca de la tierra y actualmente dos terceras partes de los habitantes del globo están mal alimentados. Las guerras continúan y la explosión demográfica se hace cada vez más notoria: la lucha por el pan de cada día sigue y la lucha por quitarle el pan al prójimo continúa a pesar de las llamadas revoluciones sociales y económicas. El problema del crecimiento del número de bocas que alimentar se ha hecho más agudo últimamente, debido más que todo al triunfo que el hombre ha ejercido sobre la muerte. La esperanza de vida al nacer ha ido en aumento constantemente, gracias a la medicina moderna y la aplicación de la tecnología a la prevención de la salud. Desde este punto de vista, se pudiera decir con razón, que somos los médicos y los científicos los responsables de que en el mundo estén aumentando las bocas que alimentar. Puestos en esta posición, creo que los mismos científicos y los mismos médicos debemos de unirnos en el esfuerzo por conseguir el equilibrio de nuevo, pero esta vez, no a base de destruir la vida, ni de dejar inconquistada la muerte, sino a base de regular la vida; se ha conquistado la muerte y hay que conquistar la vida; se ha controlado la muerte, hay que controlar la vida, se está triunfando sobre la regulación de la mortalidad, se debe de luchar en la regulación de la natalidad. La posición, tomada en general y sin analizar cuidadosamente, pudiera parecer egoísta, pero la verdad es que en el mundo están naciendo muchos niños indeseados y lo que es peor,

se están destruyendo muchas vidas de seres que aún no nacidos, son considerados como el producto de un embarazo indeseado. Es por ello que el médico tiene que tomar parte activa en el desarrollo y solución del problema. El control de la mortalidad es un deber ineludible de la profesión médica y no puede ser detenido en su progreso, sin interferir seriamente con todos los principios morales, religiosos y éticos. Por otra parte, si el equilibrio se ha roto y el mundo explota, por así decirlo, debido a la incontrolable avalancha de nacimientos, el médico está en la obligación de regular dichos nacimientos, pero no destruyendo ninguna vida ya formada, sino evitando que se forme esa vida, es decir estudiando los métodos capaces de ejercer un control sobre la concepción del nuevo ser. Los métodos anticonceptivos, como dijimos anteriormente, han sido utilizados ampliamente por grupos determinados de personas, que gracias a su posición social y cultural, han tenido acceso a la información necesaria, pero la gran mayoría de los pueblos subdesarrollados o en período de desarrollo, no tienen esa información o si la tienen es incompleta. Es deber ineludible de la profesión médica el hacer que esa información llegue tanto al rico como al pobre; tanto al culto como al inculto; tanto al religioso como al ateo; tanto al rubio como al negro. Como la Dra. Carmen Miró muy bien lo ha expresado, es deber ineludible de la profesión médica, "democratizar los métodos efectivos de anticoncepción". Por de pronto, los únicos métodos que se están popularizando son los métodos tendientes a la destrucción del nuevo ser, es decir el aborto. Aquí se presenta otro vasto campo de acción de parte de la profesión médica: el control del aborto provocado. Este es tan frecuente (aproximadamente unos treinta mil abortos por año en El Salvador) que ya alcanzó las características de un verdadero problema de Salud Pública. Son tantas las camas asistenciales ocupadas por los abortos complicados y tantos los gastos ocasionados por el cuidado de estas pacientes, que el presupuesto de Salud se ve fuertemente afectado y desprovisto de esas camas y fondos que podrían perfectamente ser ocupados en la atención y asistencia de otros tantos problemas. Es envidiable la posición en que se han colocado otros países que como Chile, han considerado el problema del control del aborto provocado, como problema nacional de salud pública, sobre el cual tienen enfocada parte de la atención del Servicio Nacional de Salud. En el Boletín de la Asociación Chilena de protección de la familia sale recientemente un artículo muy interesante que voy a transcribir aquí textualmente: "Posición del Ministerio de Salud Pública frente a los problemas de Población y Familia" "El crecimiento acelerado de la población tiende a neutralizar los esfuerzos desplegados para mejorar el nivel de vida del País. Esta circunstancia obliga a destinar una parte importante de los

recursos a mantener un nivel de vida bajo, impidiendo su uso de preferencia en el desarrollo. Dado que los problemas de la procreación afectan por igual a la sociedad y a la célula familiar, su planteamiento debe de considerar necesariamente todos los factores económicos, culturales, sociales y políticos que involucran el plano macro y micro social del problema. Por lo tanto, la promoción o sostenimiento de una política global de población y familia es parte de la función del Estado, considerado en su conjunto, y no propia o unilateral del Ministerio de Salud. Sin embargo, es de competencia de este Ministerio la acción frente a los problemas derivados de la procreación, en cuanto estos influyen en las condiciones médico sanitarias del País, en el entendido que tales acciones no abarcan todos los aspectos del problema. Cualquier simplificación del problema planteándolo exclusivamente en términos demográficos o de salud, significa una solución unilateral e incompleta capaz de crear situaciones posteriores irremediables” “El proceso de urbanización creciente que ha significado la movilización de la población de sectores rurales a urbanos se ha traducido desde el punto de vista médico asistencial en una mayor demanda de prestaciones médicas cuya satisfacción adecuada se ha visto limitada por la insuficiencia de los recursos existentes. Por otra parte, conviene destacar que en la gestación de este crecimiento migratorio, intervienen factores ajenos a la fecundidad de la población como son la inadecuada estructura social y económica de la vida campesina y sus condiciones deficientes de vida, hechos que han determinado la migración de la fuerza de trabajo en busca de mejores salarios y de mayor bienestar. La posición tomada por el Ministerio de Salud debe de partir del principio fundamental de respeto de la persona y de la dignidad humanas que permite a todo individuo tomar sus decisiones en forma libre y responsable. La reproducción humana y sus problemas atañen específicamente a la pareja conyugal. El número de hijos es una materia esencialmente ligada a la conciencia, al efecto y a las profundidades de la intimidad personal de los cónyuges. Es la familia la que libremente y en conciencia decide respecto al número de hijos y su espaciamiento. Para ello debe de ser informada sin restricciones ni imposiciones de ninguna especie sobre los diferentes aspectos de la reproducción humana. La vida conyugal tiene raíces profundas en las características culturales, psicológicas, religiosas y éticas de la sociedad a la cual pertenece la pareja. Cualquier solución simple o estereotipada que desconozca estos hechos y el contexto personal del problema, fácilmente puede tomar un carácter impositivo que está en pugna con los principios y hechos señalados. Al Estado, en una sociedad pluralista como la nuestra, respetuoso de las creencias de los individuos, le corresponde cumplir un papel subsidia-

rio, creando y fomentando las condiciones necesarias para el desarrollo integral de la familia, mediante la protección y fomento de la salud de los individuos que en este caso particular son la madre y el niño. Ello significa incorporar las actividades de la regulación de la natalidad a sus justos términos como parte de un programa materno-infantil, donde ciertos riesgos como el aborto, debido a una maternidad no deseada e irresponsable significa un daño de salud importante. El Ministerio debería de considerar que la información objetiva y suficiente a que tiene derecho toda pareja debe circunscribirse a la exposición de los tipos de métodos médicamente aceptables, así como a la explicación de su correcto uso, excluyendo el aborto y la esterilización. No es función de esta información la inducción de las familias a disminuir su tamaño. Sí lo es, atender a las parejas que deseando limitar los nacimientos, acuden al aborto por las causas antes señaladas. Esta información debe estar dirigida a la difusión de medios que eviten el aborto derivado de un embarazo no deseado y a garantizar la plena libertad en cuanto a la elección del método, descontando, desde luego, el aborto”.

Dejando a un lado el aborto provocado, que representa como ya dijimos un problema de Salud Pública, queda por analizar el problema de la gran múltipara, de aquella mujer que ha gastado todas sus energías procreando hijo tras hijo y que al llegar al final de su carrera reproductiva se ve destruida y convertida en una anciana. Como dijimos al principio de esta exposición, la mujer es quizá el único mamífero que sobrevive a su capacidad reproductiva, y ello gracias a que ésta se ve interrumpida, por los períodos de infertilidad que produce el puerperio y la lactancia y algunas veces gracias a métodos anticonceptivos que aunque primitivos, tienen alguna efectividad. Aquellos que tenemos la oportunidad de trabajar con pacientes de práctica privada y con pacientes de los Hospitales asistenciales del Estado, nos damos cuenta, día a día, de la enorme diferencia que existe entre la paciente de clase media o alta, que bien alimentada, ha dado a luz una docena o más de criaturas, de las cuales quizá apenas la mitad han sobrevivido. La primera aparece saludable y lozana, mientras que la segunda se ve avejentada y llena de várices, de canas, falta de dentadura, con grandes prolapsos genitales, de piel reseca y arrugada, en una palabra, una anciana. Esta discrepancia de aspecto, es también notoria en el funcionamiento del organismo entero. La gran múltipara representa un verdadero riesgo médico, como lo demuestran las estadísticas mundiales. Desde el punto de vista Obstétrico, representa una mayor incidencia de placenta previa, de presentaciones fetales anormales, de hemorragia post partum, de distocia dinámica, de toxemia crónica, etc. Desde el

punto de vista Ginecológico representa un mayor riesgo con respecto a la incidencia de las enfermedades tumorales, especialmente cáncer del cervix, enfermedades malignas del trofoblasto, etc. Los prolapsos genitales y sus consecuencias, son casi exclusivamente patrimonio de la gran múltipara que ha sido mal asistida en su larga carrera reproductiva. Desde el punto de vista psicológico también hay notoria diferencia entre la joven que ha tenido dos o tres partos y aquella pobre mujer que a los treinta años se ve abandonada por el marido, porque sexualmente ya no le satisface, esto último, resultado del miedo al embarazo. Son los casos en que el lecho conyugal, que debe de ser un lecho de amor y de ternura se convierte en un verdadero lecho de batalla, de lucha entre el miedo al embarazo y la obligación de satisfacer al marido.

Palmer y Kramer han señalado el hecho importante de que con el número de partos el riesgo de muerte del feto va aumentando, igual que el de la madre. Lo mismo sucede con la edad de la madre: en cuanto mayor es la edad de la madre, mayor es el riesgo de muerte del producto. De tan fundamental estadística basada en gran número de casos y en la cual los autores demuestran que la única causa de muerte materna no influenciada por la edad de la madre o el número de orden de parto es la infección puerperal, hoy virtualmente dominada gracias a los antibióticos y la técnica aséptica moderna, podría concluirse que hay una edad propicia y un número de orden de parto favorable y que cuando ellos son sobrepasados, el riesgo de muerte aumenta peligrosamente, tanto para la madre como para el niño, ya sea que se consideren conjunta o separadamente.

Harlow en sus experimentos con monos ha demostrado que el calor materno es indispensable en el comportamiento del animal y que ese calor materno solamente puede ser dado por aquella madre que quería su hijo. El hijo indeseado, el hijo abandonado, crece anormal desde el punto de vista psicológico y no sería raro que el comportamiento psicopático de muchos delincuentes juveniles, sea el producto de la falta de cariño maternal, que a su vez sería la traducción lógica de la indeseabilidad de ese nuevo hijo. Así, pues, en el hogar en donde crezcan sólo los hijos deseados, habría menos posibilidades de encontrarse con casos psicopáticos, que en aquel en el cual se agregan dos o tres hijos más de los planeados o deseados. La criminalidad está alcanzando una frecuencia alarmante en El Salvador y la mayoría de los criminales son producto de familias que en verdad, no son familias en el estricto sentido de la palabra, sino seres que tal vez no conocen ni a su padre y cuya madre no tuvo el tiempo suficiente para dedicarse a "ese" hijo, por estar cuidando de los "otros".

Los llamados métodos irreversibles de anticoncepción, es decir la mal llamada esterilización, tanto del hombre como de la mujer, merecen también ser considerados en este problema médico. Todos sabemos que hay una enorme diferencia entre la clientela privada y la clientela hospitalaria a este respecto. Mientras que en el Hospital Asistencial se practican esterilizaciones únicamente cuando el caso llena los requisitos en un reglamento, en clientela privada se esteriliza aquella persona que tiene el dinero suficiente para pagar al médico que va a verificar la operación; éste generalmente no exige ni partidas de nacimiento, ni consulta con otros especialistas, y en muchos casos ni siquiera el consentimiento de los dos cónyuges. No existe en El Salvador ninguna ley, ni siquiera un reglamento que regule la práctica de la esterilización en las clínicas particulares. Hay algunos centros hospitalarios, que con el objeto de protegerse de las "habladurías", tienen remedos de reglamentos en los cuales apenas se exige que la paciente tenga tres o cuatro hijos o que adolezca de alguna enfermedad, que a juicio de los médicos amerite la operación, siempre y cuando se paguen los gastos y los honorarios profesionales que generalmente son altos. A pesar de los obstáculos que se presentan a las pacientes de los hospitales asistenciales, la demanda es tanta, que solamente en el Hospital de Maternidad de San Salvador se verifican más de doscientas cincuenta esterilizaciones anuales. El procedimiento es sencillo, pero no libre de riesgos y en la Maternidad se han reportado dos o tres muertes, debido a la operación. Como se ve pues, aquí nuevamente se prueba que hay regulación de los nacimientos por parte del Estado, pero usando métodos que además de ser arriesgados y caros, son irreversibles y no faltos de complicaciones de naturaleza psíquica y física. Estas últimas complicaciones se ponen de manifiesto sobre todo por dolores pélvicos, dispareunia, dismenorrea, etc. Los síntomas psíquicos son asimismo muy importantes y en clientela privada se ven muy frecuentemente. Posiblemente el saberse imposibilitadas de concebir, más los recordamientos de orden religioso sean las causas principales de tales síntomas, pero la verdad es que existen y desde el punto de vista médico, representan serios problemas. Otra cosa importante que hay que tomar en cuenta, es el abandono de la consulta médica por parte de las pacientes esterilizadas, que sabiéndose libres del miedo del embarazo no deseado, dejan de consultar al Ginecólogo, exponiéndose por lo tanto al desarrollo de procesos pélvicos patológicos, que como el cáncer son curables únicamente cuando su diagnóstico se hace prematuramente. Por el contrario, las mujeres que dependen de métodos anticonceptivos reversibles, están constantemente en contacto con la clínica o el médico tratante, que aprovecha al mismo tiempo que ejerce su función social como preventivo del embarazo no

deseado, para practicar exámenes pélvicos que en más de una ocasión han llevado al diagnóstico temprano del cáncer genital. La mujer que va a ser esterilizada, debería de recibir el beneficio de una charla por parte del médico, quien está en la obligación de explicarle todos los problemas que se han señalado anteriormente, lo mismo que los métodos modernos de anticoncepción, que ofrecen una seguridad contra el embarazo igual o superior a la salpingectomía o la vasectomía

En resumen, el papel del médico frente al problema de la regulación de la natalidad debe de reducirse a aconsejar a las parejas que voluntariamente lo soliciten, métodos de anticoncepción que han estado en uso por la población económicamente pudiente, pero que por falta de educación y de información adecuada, no son del dominio de la masa de población proletaria, a prevenir el aborto ilegal y combatirlo por medio de métodos que eviten la concepción del hijo no deseado; a reducir el número de hijos de las familias que no tienen ni el deseo ni las posibilidades de crear una familia numerosa y que como consecuencia de la multiparidad se expone la vida de la madre y del producto mucho más de lo que normalmente se arriesga; a prevenir que nazcan niños indeseados, que puedan resultar en problemas de orden psicológico, por abandono de la madre o por falta de padre responsable y por último a luchar con los científicos de otras disciplinas por el objetivo primordial de la vida: paz y salud para todos los hombres, pero en el concepto moderno de la salud: bienestar físico, mental y social del individuo

EL PROBLEMA DEL ABORTO Y DE LA SUPERPOBLACION

JOAQUIN SEGURA

En una clínica de Santiago de Chile, una señora, madre de seis hijos, se somete por cuarta vez a una intervención quirúrgica para inducir el aborto. En las Naciones Unidas, un informe reciente señala que la población mundial está aumentando como nunca y que, a este paso, dentro de 35 años nuestro planeta tendrá 7.400 millones de habitantes (hoy llegan a 3.300 millones). En Costa Rica, el doctor Brealey Chavarría, presidente de una nueva organización privada de planificación de la familia, comenta: "Lo que a mí me preocupa no es la cifra de la población, sino la mujer que sale de la Maternidad con un recién nacido en brazos y mirando en todas direcciones sin saber dónde puede encontrar albergue". En el Vaticano, el Papa Paulo VI se dispone a redefinir la posición de la Iglesia ante el control de la natalidad.

Cuatro hijos de una misma trama, cuatro —de entre muchos—

* Se reproduce por cortesía de la Federación Internacional de Planificación de Familia, Región Del Hemisferio Occidental, 51 East 42nd Street, New York, N. Y. 10017.

aspectos del mismo problema. Según el ángulo desde el cual se mire, puede definirse como el problema del aborto ilegal, el de la explosión demográfica, el de la planificación familiar, o el del control de la natalidad.

En la Gran Bretaña, según lord Silkin, unas 100.000 mujeres se someten anualmente a abortos ilícitos. La Cámara de los Lores aprobó en principio un proyecto de ley para legalizar el aborto por diversos motivos, inclusive la posibilidad de anomalías en el niño. En 1964, 50 mujeres británicas murieron de abortos provocados por personas que no eran médicos, y 40.000 fueron hospitalizadas —por cuenta del Erario— como resultado de operaciones quirúrgicas ilegales.

En los EE. UU. la cifra de abortos ilícitos se calculaba en un millón y medio para 1965, y el de abortos “terapéuticos”, en más de 18.000. Entre otras causas reconocidas para éstos se cuenta el estupro y el incesto.

Los países escandinavos, Suiza y el Japón, por diversas razones, han legalizado el aborto. En menos de 10 años, el Japón ha logrado disminuir a la mitad su altísima tasa de natalidad.

Por lo que se refiere a la América Latina, donde es condenada legal y moralmente en todos los países, la práctica del aborto está aumentando y convirtiéndose en un problema crítico de salubridad, como lo comprueban diversos estudios. Chile es el país que más sistemáticamente ha estudiado el problema por medio de encuestas, calculándose que ocurren en ese país 140.000 abortos anuales, de los cuales 96 000 son provocados.

Entre 1961 y 1964, los doctores Rolando Armijo y Tegualda Monreal, de la Escuela de Salud de Chile, hicieron una encuesta entre 3.776 mujeres de 20 a 45 años, en tres ciudades (Santiago, Concepción y Antofagasta). Hallaron un total de 2.415 abortos, de los cuales 855 eran provocados.

En el Uruguay se ha calculado que por cada niño que nace se inducen tres abortos. En México, un estudio del doctor Arturo Aldama, en el que se interrogó a 1.000 mujeres, reveló que 397 habían tenido abortos ilícitos, o sea, más del 30%.

El caso de Argentina ilustra gráficamente el problema. Se ha calculado que la cifra anual de abortos en ese país es de unos 300.000. La doctora Nydia Gomes Ferriarotti está llevando a cabo una campaña

cuesta arriba para convencer a sus compatriotas de que el aborto no es la solución para la planificación de la familia. Prefiere no usar el término "control de la natalidad" porque en su país es, políticamente, dinamita. Según ella, hoy en día la limitación de la familia se lleva a cabo no con dispositivos intrauterinos (prohibidos por ley) sino con intervenciones quirúrgicas realizadas, en el mejor de los casos, por médicos buenos, y en el peor, por estudiantes y comadronas o por automutilación. Hay en la Argentina alrededor de 6.000 parteras con título. Muchas de ellas cumplen con su deber profesional y ético, pero la mayoría se dedican también al aborto ilegal. Hay estudiantes de medicina que provocan abortos por el equivalente de siete dólares, si bien en los suburbios más lujosos del norte de Buenos Aires, la operación cuesta aproximadamente unos 70 dólares.

La doctora Gomes Ferrarotti, que dejó una clientela lucrativa como endocrinóloga para dedicarse de lleno al problema de la familia, ha establecido en Buenos Aires, con el patrocinio del Hospital Rawson, los Centros Municipales de Adolescencia, y de Sexología y Educación Sexual, donde se enseña a los jóvenes los fundamentos de la reproducción y la planificación familiar. A los que acuden a sus Centros se les pone en conocimiento de todos los métodos de prevenir el embarazo, inclusive el de las modernas pastillas anovulatorias, pero se tiene especial cuidado en señalar que el llamado método del ritmo es el único que hasta ahora aprueba la Iglesia Católica.

"La educación sexual debería hacerse en las escuelas —señala— como se enseña geografía o matemáticas. Los adolescentes están interesados en sí mismos, en sus organismos, y en lo que les espera. El verdadero problema, hoy por hoy, no es el control de la natalidad sino el aborto".

Como dato extremo, la doctora Gomes muestra una ficha: "Esta mujer tuvo 37 embarazos hasta la edad de los 37 años. Dio a luz por primera vez a los 13. A los 24 años tenía ya siete hijos".

Refiriéndose a su labor de orientación sexual y familiar, continúa: "Cuando empecé a hablar con algunas de estas mujeres, movieron la cabeza apesadumbradas y exclamaron: "¡Lástima que haya llegado usted tan tarde! ¡Si yo hubiera sabido esto antes!" Otras tienen un gran complejo de culpa. "Toda mi vida he sido católica. Sé que cometí un pecado al abortar y moriré con esta pena en mi conciencia".

Eso fue en parte lo que indujo a la doctora Gomez Ferrarotti a tratar de enseñar a la juventud. Y esa también fue la razón, 50 años

antes, que indujo a Margaret Sanger a fundar sus centros de planificación familiar en los EE. UU. A la angustia moral y psicológica, se unían otros factores que atentaban contra la tranquilidad, la salud y la unidad de la familia: muerte de la madre o del hijo por falta de cuidado médico adecuado, enfermedad en los progenitores, estrechez económica, imposibilidad de educar debidamente a los hijos. Y en un sentido más amplio y más caritativo, Margaret Sanger encasó también el problema de la soltera embarazada, del hijo natural, y de los complejos psicológicos y problemas de asistencia social que esto acarrearía para la sociedad.

Al principio su labor fue resistida, censurada y anatemizada por grupos religiosos y seculares. Pero ella siguió adelante. Sus clínicas alcanzaron gran difusión en los EE. UU. y en Canadá, y poco a poco, en el resto del mundo. Hoy también en la América Latina se ha empezado a estudiar este problema y a buscar soluciones.

Dice la médica hondureña Ofelia Mendoza, directora técnica de la Federación Internacional de Planificación de la Familia (F.I.P.F.), Región del Hemisferio Occidental: "La primera preocupación de Margaret Sanger fue prevenir el aborto provocado y facilitar los medios para que la mujer gozara de su derecho humano de no tener hijos indeseados. Fue muchos años después cuando se interesó por los problemas demográficos y organizó la Primera Conferencia de Población, en Ginebra, en 1927".

La doctora Mendoza, que viaja por todo el mundo en el cumplimiento de sus deberes, agrega: "Posiblemente la diferencia en el desarrollo del movimiento en los EE. UU. y la América Latina se deba al tiempo, las circunstancias y las diferencias culturales. El primer país principió su movimiento hace más de 50 años, cuando el control de la natalidad era federal y estatalmente ilegal y los métodos anticonceptivos eran pocos y casi desconocidos, pero con la tradición de la iniciativa privada en el desarrollo de programas de salud, culturales y de asistencia social.

La segunda inicia su movimiento en fecha muy reciente, cuando la regulación de la fertilidad humana es casi universalmente aceptada, cuando el crecimiento poblacional tiene preocupados a científicos, filósofos, religiosos, teólogos, financieros y políticos, que lo consideran como la peor amenaza a la humanidad, después de la guerra atómica; cuando los últimos adelantos científicos, especialmente en los nuevos métodos anticonceptivos están a su disposición; pero con la tradición de esperar que los gobiernos o la Iglesia Católica asuman la

responsabilidad de los programas de salud, culturales y de asistencia social”

El aborto, aun siendo el problema que más directa e inmediatamente atañe a la América Latina, es apenas un aspecto del problema mayor de la “explosión demográfica” y del control de la natalidad. Como ha dicho el escritor Aldous Huxley: “Para cualquiera que piense en términos biológicos, amén de económicos, políticos y sociales, es evidente que una sociedad, que practica el control de la mortalidad debe al mismo tiempo practicar el control de la natalidad”

Efectivamente, desde hace siglos la humanidad viene interfiriendo con el proceso normal de la mortalidad. La medicina y la tecnología, especialmente en las últimas décadas, han roto el precario equilibrio que existía entre el número de muertes y el de nacimientos, al erradicar o contener las enfermedades epidémicas. Se ha evitado un gran número de muertes prematuras y se ha prolongado la longevidad de la población en general. Cuantas más vidas, más probabilidades de procrear, más nacimientos. La población de un país, si no se hace nada por contenerla, aumenta en proporción geométrica como los átomos fisiónados en una bomba atómica. Ejemplos de esa “reacción en cadena” los tenemos ya en países como China, la India y Pakistán.

El problema es menos agudo por ahora, pero no menos amenazador, para la América Latina. Ciertamente es que, con excepción de uno o dos países latinoamericanos —la República Dominicana y El Salvador— la mayoría están subpoblados; pero con la circunstancia agravante de una muy desigual distribución demográfica, con superconcentración de habitantes en las grandes ciudades.

Así y todo, según J. Mayone Stycos, del Departamento de Sociología de la Universidad de Cornell, Latinoamérica está ya agregando a su población *cada cinco años* el equivalente de una España, y *cada cuatro años* el Brasil agrega otro Portugal. Para fines de siglo, si se sigue a este ritmo, habrá nueve latinoamericanos por cada uno que vivía en 1920, y solamente el incremento de población en ese período (1920 a 2000) será de 650 millones más.

En un plano más personal, la fertilidad incontenida por causas naturales afecta en grado mayor a la familia pobre que a la rica. El pobre ignora cómo limitar su prole, aun cuando existen métodos naturales y lícitos de lograrlo. Antiguamente, las enfermedades iban cesando el gran número de bocas que pedían pan; hoy, la medicina y

la sanidad las mantienen abiertas, aunque sólo sea para malnutrirlas y para permitir que se reproduzcan. El pobre no puede darse el lujo de mandar sus hijos a la escuela, pues los necesita para que le ayuden a malvivir.

El rico, en cambio, mejor preparado, encuentra maneras lícitas o ilícitas de reducir la familia, de nutrirla y darle educación, para que a su vez pueda vivir bien y educar a sus hijos.

Esto, que es evidente en el individuo, sucede también con las naciones. Cuanto más preparado, más industrializado y más capacitado un país, tanto menor suele ser su natalidad. Se ha buscado en él un equilibrio entre producción y consumo, entre alimentos disponibles y bocas que alimentar.

En cambio, las naciones pobres o poco desarrolladas tienen que invertir gran parte del presupuesto (que es la que debería destinarse a capitalización y expansión económica) a atender el mayor número de habitantes que nace cada año. Y cada año se hace más difícil alimentar o dar enseñanza a ese incremento de la población, con dos resultados contraproducentes: una mayor juventud sin escuelas —lo que significa mayor ignorancia y mayor natalidad incontrolada— y una mayor inestabilidad económica y política.

Ante esta situación, parecería lógico y sencillo solucionar el problema con los mismos métodos que lo han agudizado; es decir, con la ciencia y la tecnología. Lo lógico no es siempre lo más fácil. El problema es tan fundamental y tan trascendental que no puede descartarse a la ligera.

La decisión de tener o no tener hijos, o de limitar el número de ellos afecta a los padres, al Estado y a la humanidad toda. Entran en juego, además de cuestiones de genética y medicina, antiquísimas tradiciones religiosas, modernos prejuicios laicos y hasta sospechas de ambiciones geopolíticas. No falta quien vea en los planes de control de la natalidad una excusa de las naciones ricas para perpetuar la pobreza de las demás.

Se suele acusar a la Iglesia Católica de renuencia a enfrentar el problema. En lo que respecta a la América Latina, hay que señalar la actitud en general progresista de gran número de prelados, que han figurado entre los que dieron la voz de alarma en el Concilio Vaticano, y han apoyado los estudios que se realizan en diversos países. Esta actitud la refleja en la Argentina el padre Jorge Mejía, de la Universidad Católica: "El confesor no puede cerrar los ojos y decirles a los

feligreses que sean buenos, que no se preocupen y que tengan cuantos hijos les vengan en el curso de sus relaciones sexuales. No se puede decir eso cuando la gente está hambrienta, cuando tienen que vivir seis en un mismo cuartucho. Muchos teólogos están convencidos de que el número de hijos *no* es en sí el objeto del matrimonio: que si uno tiene 15 hijos es bueno y si tiene sólo dos es malo. Debería ser una cuestión personal, librada a la conciencia de los cónyuges cristianos. Ahora es ya también una cuestión de conciencia de la Iglesia”

Otro punto de vista católico lo expresa el doctor Zubizarreta, director del Centro de Asesoramiento Matrimonial de Buenos Aires. Admite que la Federación Internacional de Planificación de la Familia se interesa también por los elementos humanos, pero le parece que la orientación de aquélla tiende más a buscar soluciones mecánicas: “El nuestro no es un centro de control de la natalidad, sino un lugar donde la gente puede obtener información sobre todos los problemas referentes a la vida matrimonial. . . Nuestros servicios se enfocan hacia la totalidad del matrimonio, y no únicamente a la limitación de la familia” Dentro de ese encuadre, el Centro incluye asesoramiento sobre métodos “permitidos” de regulación de la concepción, y a este respecto agrega: “El método del ritmo no es muy eficaz —aunque sea intrínsecamente bueno— porque los que más lo necesitan no tienen la educación necesaria para aplicarlo debidamente, ni reciben la enseñanza *individual* necesaria en este caso. Lo que se necesita es una pastilla que precipite la fertilidad en el momento deseado, no que cree esterilidad hormonal”

Por otra parte, hace 10 años el intelectual medio de la América Latina, sobre todo si era funcionario del gobierno, ignoraba oficialmente la existencia del problema, soslayaba toda sugerencia para encontrar soluciones prácticas, o militaba contra la limitación de la prole. Si es cierto que hubo gente literalmente más papista que el Papa —éste, por lo menos, escuchó los argumentos y formó una comisión para estudiar el asunto—, no es menos cierto que la agudización del problema tomó un poco de sorpresa a religiones e individuos. En la Asamblea Panamericana de Población, celebrada a mediados de año en Cali, el ex presidente de aquel país, doctor Alberto Lleras Camargo, declaró honradamente refiriéndose a la explosión demográfica: “Me he dado cuenta tardíamente de que he estado luchando buena parte del tiempo contra dificultades cuyas auténticas causas no logré precisar oportunamente con exactitud, y que ahora reconozco mejor en las tremendas ficciones sociales de nuestra época. . .”

Judíos y protestantes, tras examinar a fondo el problema, se han

pronunciado en favor del control de la natalidad por medios artificiales. La iglesia católica, un poco prisionera de su tradición, anda más despacio, aunque está haciendo esfuerzos por definirse. Parece probable que, siguiendo el ejemplo de sus antecesores, Paulo VI se pronunciará en contra del uso de medios artificiales; pero, a diferencia de ellos, dejará la puerta entreabierta (por lo menos, al examen teológico) para futuras modificaciones.

¿Por qué se opone la Iglesia al uso de medios artificiales, a los que se llaman anticonceptivos? Conviene aclarar que las creencias de la Iglesia no son cosa que el Papa haga por sí solo. Los dogmas de la religión católica suelen ser estudiados y debatidos entre los teólogos, y cuando éstos se ponen de acuerdo, el Papa decide.

Unos de los primeros y más importantes teólogos fue San Agustín, que vivió en el siglo IV. De los 18 a los 29 años había pertenecido a la secta de los maniqueos, la cual se manifestaba teológicamente en contra del matrimonio, la unión heterosexual y la procreación, por el contrario, consideraba el coito interrumpido como de valor religioso y espiritual. Los maniqueos a su vez, eran continuadores de una tendencia ya existente entre los mismos cristianos durante tres siglos, propugnada por los *gnósticos*, que también se oponían al matrimonio.

En 11 años de adhesión al maniqueísmo, Agustín cohabitó con una joven a la que nunca hizo su esposa, si bien tuvo de ella un hijo en el primer año de concubinato. Después se convirtió al cristianismo y, apremiado por su dominante madre, casó con una mujer socialmente aceptable.

John T. Noonan, profesor de Derecho de la Universidad de Notre Dame, y uno de los asesores de la comisión nombrados por el Papa para estudiar los problemas de población y familia, dice en su reciente libro *Contraception*: "Con el recordamiento de aquella relación sexual cuasi-permanente, Agustín llegó a la convicción de que no había nada racional, espiritual o sacramental en el acto sexual de por sí. De aquella experiencia de satisfacer la lujuria durante 11 años, se volvió al análisis del matrimonio con finalidad procreativa, como habían propugnado los estoicos (Séneca, sobre todo). . . La relación con los maniqueos fue traumática, teniendo en cuenta que la nueva autoridad máxima de la Iglesia Católica en materia de sexualidad era un ex maniqueo". Desde ese momento propugnó la procreación como el único propósito de la unión carnal, y llegó a preguntarse por qué Dios no había hecho de la reproducción un acto automático, desprovisto de placer. Todo lo que interfiriera con el proceso de la concepción era un pecado. En esto, San

Agustín, además de abjurar sus anteriores creencias maniqueas, sintetizaba y fijaba la defensa cristiana —de origen anterior a él— contra una Roma pagana que aceptaba el aborto y los anticonceptivos como cosa común y corriente.

San Agustín dominó el pensamiento católico durante casi un milenio, hasta que en la Edad Media Santo Tomás de Aquino declaró que la contracepción “lesionaba a Dios”. Pero el escolasticismo del siglo XIII empezó a abandonar el riguroso concepto agustiniano de que la unión sexual, sin fines procreativos, era pecaminosa. Según Santo Tomás, los esposos podían, sin faltar a la ley moral, deleitarse en esa unión, siempre que tuvieran presente el fin perseguido: tener hijos. Santo Tomás, como San Agustín, se pronunció en contra de toda interferencia con la reproducción.

Aunque las circunstancias históricas que dieron lugar a la actitud de la Iglesia en materia de anticonceptivos cambiaron en los siglos siguientes, la doctrina oficial se fue solidificando en ortodoxia, sostenida por una teología jurídica que hacía hincapié en los precedentes y en la ley natural.

Para 1930, el problema del control de la natalidad se planteaba ya en términos tan insistentes e ineludibles que el 15 de agosto de ese año los obispos anglicanos, reunidos en Lambeth, Inglaterra, se declararon en favor de los anticonceptivos.

El 31 de diciembre de 1930, el Papa Pío XI, en una encíclica titulada *Casti connubii* condenaba categóricamente toda forma de prevención de la natalidad excepto la abstinencia.

Mientras tanto, en 1924, un científico japonés, Kyusaku Ogino, se había propuesto determinar cómo era realmente el proceso de la reproducción. Se sabía que la mujer producía óvulos, los cuales aguardaban en la matriz para ser fecundados por los espermatozoides. Ya en la antigüedad grecorromana se conocía la existencia de un “período de esterilidad”, y los maniqueos lo habían usado en tiempos de San Agustín. Lo que no se sabía era cuándo empezaba o terminaba, y las ideas a este respecto eran incluso totalmente erróneas. Ogino descubrió que en determinado momento del ciclo menstrual, una sustancia segregada por una glándula impide la formación de óvulos durante cierto número de días. Obviamente, como ya se había intuido en la antigüedad, el coito durante esos días no podía llevar a la concepción.

El descubrimiento de Ogino fue corroborado, independientemente, por un austriaco, Knaus, en 1929. El Vaticano se dio por aludido, y

sometió el asunto a deliberación teológica. Evidentemente, Dios no quería que el matrimonio tuviese hijos durante ese período en que no se producían óvulos. Después de reñidas discusiones entre los teólogos, se llegó a la conclusión de que el matrimonio que no quisiera tener hijos podía aprovechar ese período de esterilidad natural, sin ofender la ley moral. En 1951, Pío XII declaró que este método era ilícito, siempre y cuando existieran motivos serios. Podían ser éstos de índole médica (amenaza a la salud de la madre, por ejemplo), eugenésica (transmisión de defectos hereditarios), económica o social. Es decir, daba lugar a una amplia interpretación y justificación. Pío XII agregó, empero, que todos los demás medios seguían siendo ilícitos.

En 1954 se descubrió un compuesto químico parecido a la progesterona —una de las sustancias que el organismo emplea para limitar la ovulación— que, tomado durante varios días, imposibilita la concepción. En otras palabras, era posible imitar artificialmente el proceso de esterilidad periódica.

En los EE. UU. gran número de mujeres empezaron a quejarse, en cartas dirigidas a las publicaciones católicas, de que el método del ritmo, o de Ogino-Knaus, como se llamó el período de inmunidad natural, no siempre resultaba eficaz, y en algunas mujeres era totalmente inútil. Este método depende de una menstruación muy puntual. Un sexto de la población femenina, más o menos, es irregular en este sentido. Por otro lado, la abstinencia era muy dura de llevar y ocasionaba tensiones en la familia. El mismo proceso de determinar el período de esterilidad natural era tan complicado y “clínico”, que restaba alegría a las relaciones entre marido y mujer. ¿No sería una buena solución la pastilla anovulatoria?

La mayoría de los teólogos católicos se apresuraron a afirmar que no. Pero, por primera vez en la larga historia de la contracepción, no estuvieron del todo acordes. Uno de ellos, Louis Janssens, se preguntó si no sería posible utilizar la pastilla como medio de regularizar la menstruación y fijar el período de esterilidad natural. Pío XII objetó la idea, aduciendo que la pastilla era “agente esterilizador”; pero no prohibió a Janssens que siguiera pensando y escribiendo sobre el tema. Otros teólogos defendieron a Janssens. Un norteamericano, Louis Dupré, en su libro *Contraception and Catholics*, arguyó que, teológicamente, la Iglesia tal vez hacía demasiado hincapié en la procreación como objeto principal del matrimonio. Ya Santo Tomás había reconocido la importancia de la “felicidad conyugal”

En 1960, el profesor de ética Frederick E. Flynn, en una asam-

blea de médicos católicos, señaló que, puesto que la "ley natural" de Santo Tomás significaba hacer las cosas según la *razón*, "los esposos tienen la obligación, en mutua justicia, de eludir el ejemplo de los conejos: el hombre, por consideración a la salud fisiológica y mental de la mujer; la esposa, por consideración a la salud económica del marido" Uno de los presentes, el doctor John Rock, que había colaborado en el perfeccionamiento de la pastilla anovulatoria, escribió un libro, *The Time Has Come* (Ha llegado la hora), en el que virtualmente alegaba que el Papa Pío XII estuvo equivocado. Los católicos debían considerar el uso de la pastilla, como padres responsables en un mundo amenazado por la superpoblación.

En agosto de 1963, siete obispos holandeses opinaron que la Iglesia debía, por lo menos, *pensar* sobre la pastilla y la posibilidad de emplearla aunque sólo fuera en circunstancias muy especiales.

Para cuando se reunió el Concilio Vaticano, el Papa había ya creado una comisión especial de estudio y asesoramiento en estas cuestiones. En marzo de 1965, Paulo VI declaró ante la O.N.U., en Nueva York: "En vuestra Asamblea es donde el respeto de la vida, aun en lo que se refiere al gran problema de la natalidad, debe hallar su más alta expresión y su defensa razonable. Vuestra tarea es hacer de modo que abunde el pan en la mesa de la humanidad y no favorecer un control artificial de los nacimientos, que sería irracional, con miras a disminuir el número de convidados al festín de la vida". Sin embargo, el Papa dejó que prosiguieran los estudios de la Comisión Asesora.

Nadie duda de que la ciencia y la tecnología tendrían que emplearse para la producción cada vez mayor de alimentos con que contrarrestar el creciente desnivel entre natalidad y mortalidad. Lo que sí se duda en muchos sectores, incluso católicos, es que eso sólo baste para resolver el problema a tiempo.

Anteayer se desconocía ese problema. Ayer se negaba o soslayaba. Hoy se empieza a estudiar y a buscar solución. Mañana . . . veremos.

CONTRACEPCION Y SENTIDO PROFUNDO DE LA MATERNIDAD

R. P. ALFONSO OROZCO*

1 —INTRODUCCION

Seguramente para muchos el título de esta investigación aparecerá un tanto contradictoria. Salta a la vista que es difícil entender, de inmediato, la relación existente entre la contracepción y la maternidad.

A lo largo de esta investigación, que podríamos llamar SONDEO SICOTERAPEUTICO, vamos a tener en cuenta a las mujeres católicas en busca de contraceptivos.

La pregunta que tratamos de dilucidar es la siguiente: ¿Por qué tantas mujeres cristianas, sabiéndose censuradas por la Iglesia, se deciden a utilizar ovulostáticos aun a costa de un trauma psicológico profundo?

Como sacerdote Católico mi interés primordial ha sido investigar

* Profesor de Teología moral del Seminario Conciliar de la Ciudad de México

las motivaciones que han impulsado a estas mujeres a utilizar métodos contraceptivos.

El medio empleado ha sido el de la entrevista personal. Claro que las pacientes me conocían solamente como psicólogo y, por eso mismo, estoy seguro de la verdad de las respuestas recibidas.

Quede, con esto, bien claro que no partimos de datos meramente de escritorio, sino de un conjunto de vivencias, es decir de datos reales que son parte de la vida de las pacientes.

La Iglesia siempre ha promovido el respeto a la persona humana y éste ha sido para mí, el principio orientador en mi trato personal. Respetando esa conciencia personal he querido llegar hasta ella misma porque se que la conciencia es la norma a la que recurren, en último término, todas las leyes externas.

Al afirmar esto queremos decir que debemos seguir nuestra conciencia en nuestro obrar humano, o mejor, si queremos que nuestro obrar sea humano, debemos seguir los dictámenes de nuestra conciencia, pero de ninguna manera, debemos exigir que los demás obren de acuerdo a nuestro modo de obrar juzgándolos porque siguen su propia conciencia. Esto sería una violación grave de la persona y de los derechos que, como personas, tienen nuestros semejantes

En la Constitución sobre la *Iglesia en el mundo actual* del Concilio Vaticano II encontramos lo siguiente: "En lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer y, cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que debe amar y practicar el bien y que debe evitar el mal: haz esto, evita aquello. Porque el hombre tiene una ley escrita por Dios en su corazón, en cuya obediencia consiste la dignidad humana y por la cual será juzgado personalmente (Rom. 2, 15-16). La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrado del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios. . . Es la conciencia la que de modo admirable da a conocer esa ley, cuyo cumplimiento consiste en el amor de Dios y del prójimo. . . La dignidad humana requiere, por tanto, que el hombre actúe según su conciencia y libre elección, es decir, movido e incluido por convicción interna personal y no bajo la presión de un ciego impulso interior o de la mera coacción externa. (Nn. 16-17)".

Con esta introducción he querido pedir a mis lectores una actitud de respeto para la conciencia del otro porque a lo largo de este trabajo vamos, sólo, a presentar el diverso modo de actuar de las diversas conciencias.

No se piense, de ninguna manera, que con esto queremos negar el valor objetivo de las leyes, sino que lo único que queremos afirmar es que “si la ley es objetiva, la manera como cada hombre debe observarla es personal. Cada uno llega a Cristo con sus fuerzas, sus debilidades, su salud, su carácter . . .” Ninguna acción moral es igual a otra, precisamente porque a la ley común se añade el factor personal de mi conciencia, de mi manera de ver, de reaccionar, de querer.

Tampoco se debe olvidar, jamás, que cada uno tiene su propia vocación y por consiguiente, un deber personal ubicado en el tiempo y en el espacio.

2.—JUSTIPRECIACION DE LA REALIDAD

Para evitar cualquier imprecisión y conflictos interpersonales, quiero que se tenga bien presente una doble realidad: a) limitación de los nacimientos y b) métodos para lograrlo.

LA IGLESIA PERMITE LA LIMITACION DE LOS NACIMIENTOS

Me voy a permitir citar algunos textos eclesiásticos para que no se crea que se trata de una afirmación gratuita.

“El individuo y la sociedad, el pueblo y el Estado, la propia Iglesia, dependen, para su existencia, en el orden establecido por Dios, del *matrimonio fecundo*. DE ESTA PRESTACION POSITIVA OBLIGATORIA *PUEDEN EXIMIR* TAMBIEN POR LARGO TIEMPO, INCLUSO POR LA TOTAL DURACION DEL MATRIMONIO, SERIOS MOTIVOS COMO LOS QUE SE PRESENTAN NO RARAMENTE EN LA LLAMADA INDICACION *MEDICA, EUGENESICA, ECONOMICA Y SOCIAL*. Pero si no existen, según un sano y recto juicio, estas graves razones personales, o derivadas de las circunstancias exteriores, la voluntad de evitar habitualmente la fecundidad de su unión no puede derivar más que de una falsa apreciación de la vida y de motivos ajenos a las correctas normas éticas”. (Alocución de Pío XII a las Part 29-X-51).

En la misma ocasión, Pío XII afirma lo siguiente:

“Cuando según vuestro seguro y experimentado criterio, las condiciones existentes requieran **ABSOLUTAMENTE UN NO**, es decir, **LA EXCLUSION DE LA MATERNIDAD**, sería un error y una injusticia imponer o aconsejar un **SI**. **LA REGULACION DE LOS NACIMIENTOS ESTA PERMITIDA, MAS AUN ES DE ESPERARSE**

COMO UN MEDIO DE HUMANIZACION ENTRE LOS ESPOSOS LLEGANDO A UNA RESPONSABILIDAD MAS Y MAS CONSCIENTE Y REFLEJA"

En su discurso al Fronte della Famiglia (28-XI-51), afirma lo siguiente: "Por otra parte la Iglesia sabe considerar con *simpatía y comprensión las dificultades reales de la vida matrimonial en nuestros días*. Por eso en nuestra última alocución, sobre la moral conyugal, hemos AFIRMADO LA LEGITIMIDAD Y, AL MISMO TIEMPO, LOS LIMITES DE UNA REGULACION DE LA PROLE COMPATIBLE CON LA LEY DE DIOS".

Un eco de todo esto son las palabras de su Santidad Pablo VI dirigidas a la Comisión Internacional Secreta del Control de la Natalidad: "*La Iglesia no puede ignorar el enorme aumento de población. Os pedimos insistentemente no perder de vista la urgencia de esta situación que exige indicaciones, absolutamente claras, por parte de la Iglesia y de su suprema autoridad de enseñanza. Además de las cuestiones urgentes que afectan a los matrimonios, también hay ciertos problemas económicos y sociales que la Iglesia no puede ignorar. . . Aplicaos completamente a vuestra misión y permitid que madure lo que debe madurar, pero debéis comprender la angustia de las almas y trabajar con diligencia, sin tomar en cuenta las críticas y las dificultades*".

Para que se vea la continuidad y a la vez el interés profundo de la Iglesia hoy, ahora, a citar algunos trozos del Concilio Vaticano II: ". . . En el deber de transmitir la vida humana y educarla, lo cual hay que considerar como su propia misión, los cónyuges saben que son cooperadores del amor de Dios Creador y como sus intérpretes. Por eso, con responsabilidad humana y cristiana cumplían su obligación con dócil reverencia hacia Dios; de común acuerdo y propósito se formarán un recto juicio, *atendiendo tanto al bien propio como al bien de los hijos, ya nacidos o todavía por venir, discerniendo las circunstancias del momento y del estado de vida, tanto materiales como espirituales, y, finalmente, teniendo en cuenta el bien de su propia familia, de la sociedad y de la Iglesia. Este juicio, en último término, lo deben formar ante Dios los esposos personalmente. . . El matrimonio no es solamente para la procreación, sino que la naturaleza del vínculo indisoluble entre las personas y el bien de la prole requieren que el amor mutuo de los esposos mismos se manifieste ordenadamente, progrese y vaya madurando. . .* El Concilio sabe que los esposos, en la armónica organización de su vida conyugal, con frecuencia se encuen-

han implicados en algunas circunstancias actuales, y que pueden encontrarse en situaciones en que el número de los hijos, al menos provisionalmente, no se puede aumentar, y el ejercicio del amor fiel en la plena intimidad tiene sus dificultades para mantenerse. Cuando la intimidad conyugal queda interrumpida, puede correr riesgo la fidelidad y quedar comprometido el bien de los hijos, porque la educación de los hijos y el valor necesario para aceptar los que vengan quedan entonces en peligro". . . (Constitución sobre la Iglesia en el Mundo actual, Números 50, 51)

Sugiero a mis lectores consideren atentamente las motivaciones que se juzgan lícitas en la limitación de la fecundidad con el fin de que constaten la autenticidad de las motivaciones expuestas por las pacientes.

La Iglesia, recurriendo a la conciencia personal y social deja la decisión con relación al número de hijos, a los esposos.

En la Constitución ya citada encontramos lo siguiente: "*Porque, conforme al inalienable derecho del hombre al matrimonio y a la procreación, la decisión sobre el número de hijos depende del recto juicio de los padres y de ningún modo puede someterse al criterio de la autoridad pública*".

Después de todo lo expuesto creo que queda suficientemente claro que existe para los esposos un derecho y un deber de limitar su fecundidad.

Si bien es patente que la Iglesia permite la limitación de los nacimientos, no lo es tanto cuando se trata de los métodos utilizados para lograrlo porque se ha mantenido en reserva con relación a algunos de ellos, sin embargo, sería útil tener en cuenta el documento de Pío XII del 12 de Septiembre de 1958 (Ass 50 (1958) 732-740), en el que refiriéndose a la píldora le concede un sin número de aplicaciones lícitas.

Quiero solamente citar una de ellas para que se vea lo trascendente de las motivaciones aducidas por las pacientes que vamos a citar adelante. Se concede ahí el uso lícito de la píldora para diferir las molestias de la menstruación (la dismenorrea) sólo para participar en un acontecimiento social de gran importancia.

Creo, sinceramente, que sólo basándose en el aspecto de aplicación terapéutica de la pastilla su indicación sería sumamente extensa. Los sicólogos y psiquiatras conocen perfectamente los conflictos que crea el temor a un nuevo embarazo que puede llevar a las mujeres a

una neurosis obsesiva. Nadie, consciente de la realidad humana, se opondría a aconsejar la pastilla en este caso

Si consideramos, por otra parte, el llamado en teología moral principio de doble afecto, creo que se solucionarían muchas dudas personales y conflictos de orden religioso

Me he permitido llamar la atención sobre todos estos aspectos para que se justiprecien mejor las motivaciones de las personas que viven, en carne propia, el problema humano

Quiero aclarar que he entrevistado más de 500 mujeres que utilizan contraceptivos y que, dentro de la psicología femenina, han tenido una gran importancia para su madurez como madres y como esposas.

Si tuviera que seleccionar la respuesta más característicamente reveladora de rutina de "¿Por qué vino usted a la clínica?" sería la de la señora A. R. de 34 años de edad, casada durante 13 años, con seis hijos, quien me dijo: "he venido aquí aun cuando sé que algunos dicen que es contra la naturaleza, pero fue la misma vida la que me hizo pedir las píldoras a pesar de lo que se piense. Un Sacerdote dijo que es un gran pecado evitar los hijos, pero yo creo que es un pecado mayor no poder darles todo lo que necesitan".

Para que puedan darse cuenta que la motivación fundamental es el amor materno, voy a citar otro caso: "La señora A. J. de G. tiene 13 hijos y ella ha tenido dos abortos. Le hice la pregunta acostumbrada y me respondió: "Vine a la Clínica no porque ya no quiera tener familia, sino porque ya tengo muchos y a unos ya los traigo desnudos. Lo que me da mi esposo no es suficiente para tantos gastos. Estamos muy pobres, ya no nos alcanza para darles de comer y pagar renta. Vivimos muy lejos porque por acá por México ya no nos quieren con tanto muchacho. Tengo una niña enferma de parálisis y un niño que además de estar enfermo de los ojos es un retrasado. Tengo que salir a lavar ajeno para tener que darles de comer. Ya van tres a la escuela primaria y usted ya sabe lo caro que es. Piden uniformes y cuotas, sólo por apuntarlos nos pidieron cien pesos. Casi por lo regular mis hijos no conocen los zapatos. A unos los traigo hasta sin calzones"

Siguiendo, más o menos en la misma línea quiero citar el pensamiento de la señora D. C. de G., tiene 35 años, su esposo 33, tiene 9 años de casada y 2 niños. Esta señora es también católica y a mi pregunta de que si lo que estaba haciendo estaba de acuerdo con su religión me respondió: "La religión dice que hay que tener los hijos que

Dios mande, pero mi criterio personal me dice que es mucho más pecado tener hijos que no se pueden educar. Claro que esto ya no lo discutía con ningún sacerdote porque es mi criterio muy personal. Yo creo en la confesión y todo, pero ya no lo he hecho. Además, yo no creo estar en pecado porque creo estar haciendo bien. Yo veo muchas familias que tienen muchos hijos y están casi en la miseria y que nunca van a la iglesia y recurren a ella para justificar tanta familia. Yo creo, realmente, que si cumplieran con la Iglesia no tendrían tanto hijo. Consideran pecado evitar los hijos, en cambio les parece muy normal no cumplir con sus obligaciones de padres de familia. ¿No le parece esto una contradicción?”

El sentimiento personal de estar en lo recto, de haber cumplido con la misión de procrear después de haber tenido un cierto número de hijos es un elemento frecuentemente presente aun cuando no se manifieste de una manera explícita.

Prueba de esto son las respuestas que citamos a continuación. La señora M. E. S. de P.: “Yo creo que al tomar pastillas o pedir un dispositivo intrauterino no estoy haciendo mal, porque estaría peor si estando embarazada lo tirara. EN LA VIDA son tantos los problemas que tenemos que yo creo que Dios no me castigará porque pienso que con 12 ya estuvo bien. ADEMAS QUE CADA UNO SIGA LA VOZ DE SU CONCIENCIA”

“La señora S. Z. de G., de 28 años de edad, casada hace 13 años, con cinco niños, contestó: “Respecto a la píldora, sé que los sacerdotes tienen razón en muchas cosas, pero no me pueden ayudar en mi situación de que tenga hijos que no puedo cuidar ni educar propiamente. De todas maneras, yo ya cumplí. Tengo cinco hijos y mi salud no me permite tener uno más”.

Antes de entrar al problema del aborto quiero llamar la atención de mis lectores a un hecho concreto. Todas las mujeres entrevistadas parten de la vida concreta. Esa vida hecha de carne y hueso que no evade ni la realidad, ni la responsabilidad sino que da la experiencia humana que es capaz de guiar al hombre para que viva una vida más humana.

No me refiero, desde luego a una experiencia impersonal, sino a la que es una vivencia profunda que impulsa a las madres a los mayores sacrificios y renuncias personales.

La señora F. R. de A., me dice: “vine a la Clínica porque tengo una hijita enferma y necesita muchas atenciones. YO CREO QUE NO

PUEDO TENER MAS hijos porque la descuidaría. A veces pienso que la Iglesia no permite tomar pastillas, pero al ver a mi hijita enferma VEO QUE TENGO LA OBLIGACION DE EVITAR LOS HIJOS Que Dios me perdone, pero mi corazón de madre me exige que cuide a mi hijita enferma Tengo que estar constantemente con ella, tomarla de la mano para que camine, darle de comer en la boca, cambiarla... etc. Si tuviera otro hijo, no podría hacer todo esto con ella y ESO SI QUE SERIA MALO”

Tal vez con esta respuesta queden un tanto tranquilos quienes piensan desde sus escritorios que las mujeres toman pastillas porque son egoístas. Pero como pueden darse cuenta, a las madres que sufren les interesa poco que las juzguen como quieran los hombres, si saben que hay un Dios que las ama y que está dispuesto siempre a perdonarlas.

Finalmente, tenemos el grave problema del aborto.

Puedo decir, que de una manera u otra, todas las pacientes entrevistadas estuvieron en contra del aborto porque lo consideran un crimen, un pecado muy grande y un mal para ellas mismas

La señora E L de V, tiene 33 años, su esposo 45, 15 años de casados y 6 niños. Esta señora dice: “Traer muchos al mundo está mal porque es muy triste traerlos encuerados y muertos de hambre” Los abortos son peores que evitarlos El pecado que comete uno porque es un crimen y el mal que se busca una misma.

La señora V. C de O, durante 8 años utilizó el aborto como medio de limitación de la familia. Vive una gran angustia de culpabilidad. Entre otras cosas me dijo lo siguiente: “Dios me perdone por los abortos, pero no podía más Yo creo que las pastillas son mejor que los abortos y por eso vine Ultimamente me he provocado 4 abortos porque ya no quiero familia Ya tengo miedo. El otro día me puse a rezar llorando y lo único que le pude decir a Dios fue “DIOS mío porque será posible que me castigues con otra criatura que no la quiero”.

3—CONCLUSION

El conflicto base de todo lo demás que aparece en casi todas las mujeres con problemas matrimoniales es el de DESPERSONALIZACION que consiste en el sentimiento que experimentan de ya no ser ellas mismas

La vocación a la maternidad que debería ser el principio de integración personal, se convierte en la angustia de estar comprometiéndose su ser en algo que no quieren.

Para entender mejor esta angustia es necesario recordar que en la procreación la mujer compromete todo su ser.

De esta manera el hijo crea una tensión profunda entre la vocación a la maternidad y la realidad concreta. Esa realidad que hemos descrito al dar las respuestas de las pacientes y que toma de tal manera su existencia que las estruja en lo más profundo de su ser.

La esposa vive la exigencia de realizarse pero se siente bloqueada por esa realidad concreta en la que ella misma se siente considerada y tratada como una cosa más que el hombre usa cuando le viene en gana.

Más que una persona se siente una máquina de hacer hijos ya que ni siquiera se le concede el derecho de prepararse para recibirlos.

Se sienten oprimidas no sólo por el marido, sino por las grandes instituciones, llámense Estado o Iglesia.

Viven en la inseguridad constante de quien se sabe y se siente sin garantías. El marido las puede dejar cuando le venga en gana sin tener a quien recurrir en busca de protección humana.

El Estado ha hablado mucho de la promoción de la mujer, pero lo único que ha hecho es dejarla igual que a los países en vías de desarrollo, con un conjunto de exigencias y sin medios para enfrentarse a ellas. Viven en una sociedad que les exige el cumplimiento de sus obligaciones, pero que no les reconoce sus derechos no digamos los positivos, pero ni siquiera los naturales.

Hay un derecho fundamental, que lesiona, si no directamente sí por no crear leyes que la protejan. **ESTE ES EL DERECHO DE SUBSISTIR.**

Cuando el marido las abandona y se ven obligadas por las necesidades a salir a trabajar para alimentarse y alimentar a sus hijos las grandes empresas les cierran las puertas para no comprometer sus intereses.

Hemos visto también el problema de la vivienda. No fácilmente se rentan casas para familias numerosas obligándolas, de esta manera, a vivir en los arrabales cerca de los basureros en una forma inhumana.

Nos escandalizamos de verlos vivir animalmente y calificamos su zona con el nombre del "cinturón del vicio" cuando en realidad y siendo sinceros el vicio se encuentra fuera del cinturón. Precisamente en los que nos decimos virtuosos.

Perdónenme si insisto, pero en el llamado cinturón del vicio hay una gran virtud y es la de luchar para subsistir a pesar de todo y en contra de todos.

Ponemos el grito en el cielo cuando por las estadísticas constatamos que en nuestro católico México el número de abortos es igual al de nacimientos normales, ¿pero por qué no nos sentimos mejor avergonzados de estar exigiendo sin haber dado nada? Queremos luchar en contra de la muerte cuando nosotros mismos les hacemos imposible la vida.

Las pacientes entrevistadas se sienten también defraudadas de la Iglesia porque al recurrir a ella en busca de paz solamente encuentran intranquilidad nacida de las prohibiciones y la condena que les hace más insupportable la realidad concreta.

Se han acercado a ella en busca de comprensión, y, a veces, ni siquiera se les ha concedido el derecho de ser escuchadas.

Cuando se les escucha se les habla de un mundo futuro, pero eso no las convence porque lo que quieren es que se les enseñe cómo se pueden realizar en el presente.

¿Cómo pueden creer en el amor que se les predica si al recurrir en forma concreta a la Institución de amor por excelencia, ni siquiera se les toma en serio?

No es de admirar que su actitud inmediata sea separarse de la Iglesia para refugiarse en Dios que es el amor y la comprensión misma.

Para que se vea toda la profundidad que tiene lo que hemos afirmado voy a citar, en frases cortas, el pensamiento de algunas de ellas.

"Soy católica, pero yo pienso que si Dios me castigara por evitar los hijos me castigaría más si los trajera al mundo para dar lástima".

"Soy católica y sé que la Iglesia prohíbe usar pastillas, algunas me dicen que ya estoy excomulgada, tal vez tengan razón, pero yo sigo mi conciencia. Ese temor ha hecho que no me presente más a la Iglesia".

"La Iglesia sé que no quiere que use esto por eso no había venido antes. Yo creo que está mal tener muchos hijos que no se pueden edu-

caí. Se cumple con la Iglesia, pero se cae en otro mal más grave, descuidar a los hijos”.

“Soy católica, pero yo pienso que es malo tener muchos hijos que no se pueden educar porque eso de traerlos al mundo sólo a sufrir no conviene. Qué es eso de traerlos ni bien comidos, ni bien vestidos ni bien educados”.

“A veces pienso que la Iglesia no permite tomar pastillas, pero al ver a mi hija enferma, veo que tengo la obligación de evitar los hijos”.

“Mi religión es católica y a veces me pongo a pensar que la Iglesia no permite, pero el chiste no está en traer niños, sino en educarlos”.

“Yo creo que es malo evitar los hijos y desde que empecé a venir a que me curaran, no me he confesado para que no me eviten usar pastillas y me regañen. De esto hace ya cuatro años. Yo creo que esto es razón suficiente para usar las pastillas a pesar de todo lo demás”.

“Soy católica y hay veces que pienso que a la mejor estoy haciendo mal por no concebir, pero Dios nos ha de ver con ojos de misericordia, porque El bien sabe que no podemos. Hay veces que mis hijos se despiertan pidiéndome pan y no tengo, tengo que salirme a buscar o a pedir para darles. Dios sabe todo esto, es cierto que nunca nos abandona, pero con qué trabajos podemos darles un pedazo de pan a nuestros hijos. Mis hijos crecen débiles y enfermos porque de señorita trabajé mucho”.

Espero haber contribuido en algo, con estas líneas, para un mayor conocimiento de la realidad, pero sobre todo, para una comprensión profunda de los problemas que el momento histórico que vivimos nos presenta.

No querer reconocer este problema me parece antievangélico y fuera del movimiento de la Iglesia Auténtica.

El aferrarse al pasado es simplemente un modo infantil de justificar la propia incapacidad para vivir el presente con toda la intensidad que nos exige y está defraudando al semejante que espera de nosotros una respuesta positiva.

Condenar el presente es la forma más fácil de evadir la propia responsabilidad y el signo inequívoco de un quietismo y pereza intelectual.

El no comprometer la propia personalidad en busca de un futuro

mejor es el mayor crimen que puede cometer un hombre en la vida porque está bloqueando la tendencia natural del universo entero a la perfección

Si queremos un mundo mejor es necesario AMAR, es decir, ES NECESARIO PONER NUESTRA VIDA AL SERVICIO DEL OTRO.

El ser católico no debe ser jamás una excusa para no comprometerse en nada, sino que el compromiso debe ser el criterio para juzgar si en realidad somos auténticamente cristianos y en qué medida.

Los que se dicen católicos sólo porque se repliegan sobre sí mismos en busca de la propia perfección sin interesarles el mundo que los rodea viven en contradicción hasta con el mismo nombre que se dan porque católico quiere decir universal y el mandato principal en el catolicismo es AMAR AL PROJIMO

Nadie, creyente o no, puede evadir la responsabilidad que como hombre tiene en el momento histórico en que vive. Todos estamos llamados, en carácter de emergencia, a pensar y actuar para dar a los problemas que nos presenta la historia una solución inmediata, segura y humana.

El amor de una madre es tan sublime que merece todo nuestro respeto y exige, de cada uno de nosotros, una actitud sincera y abierta

Juzgar a la mujer-madre basados solamente en principios abstractos y fríos es la prueba inequívoca de que no se tiene el verdadero sentido de la historia y de una deshumanización mayúscula.

Debemos ser conscientes de que la historia ha llevado a la mujer a la conciencia de su propia realidad, de que va saliendo de ese infantilismo que la tenía ligada a normas que violentaban su naturaleza humana y que la reducían a una cosa más que el hombre podía usar a su beneplácito.

La mujer, en la actualidad, es celosa de la maternidad y quiere ser madre pero va siendo consciente de que la maternidad es un valor y no un simple fenómeno anatómico-fisiológico que tiene que soportar por el mero hecho de ser mujer

Quiere liberarse de ese servilismo porque sabe que es persona y que, como tal, tiene derechos inalienables.

La liberación para ella significa llegar a ser persona con todos los derechos que le son debidos en cuanto a tal

Esta revista se terminó de imprimir en los talleres de la Editorial Universitaria "José B Cisneros", el día dos de mayo de mil novecientos sesenta y siete